


MANUEL LACARTA

MADRID



Grabados
VENANCIO ARRIBAS



Digitized by the Internet Archive
in 2024

<https://archive.org/details/madrid0000manu>

MADRID

Manuel Lacarta

MADRID

Grabados
Venancio Arribas

EDICIONES LA LIBRERÍA

*Para Milagros y Presen; cada una, de forma distinta,
me ha tenido en sus brazos.*

“He aquí que hubo un tiempo en que la vida era un romance, y quiso hacerse poesía el vivir y poetas a los vivientes. Los reyes de España, cesares de Indias, tuvieron una corte de encanto y maravilla y Madrid hubo de ser la ciudad de los jardines y de las fuentes.

“Por la parte occidental de la villa bajaba la Cuesta de la Vega umbrátil y frondosa a buscar el río junto al sotillo que se llamó en el siglo XVIII paseo Nuevo de la Corte, y donde el corregidor marqués del Vadillo levantó la ermita de la virgen del Puerto. Y al lado se extendía el bosque del Campo del Moro, y a la otra margen del Manzanares ponía la Casa de Campo un límite fastuoso a la ciudad. La Montaña del Príncipe Pío comenzaba al fin de la calle Nueva, y desde el convento de Gilitos llegaba hasta San Bernardino por un lado, y alcanzaba luego la Florida y la Moncloa. Por la parte meridional terminaba Madrid en las alamedas de la Huerta del Bayo, y por la parte Norte pinares admirables llegaban hasta la misma puerta de Santa Bárbara. Y un límite digno tenía también la capital de España en su costado levantino. Aquel inmenso campo de arte y de placer, que se llamaba el Buen Retiro.”

(Pedro de Répide. “El Buen Retiro”, *La villa de las siete estrellas*, Madrid, 1923)

EXPLICACIÓN DE MADRID

Sobre el mar. Madrid se eleva sobre el nivel del mar 655 metros en su punto medio, la Puerta del Sol. La Puerta del Sol es el centro, además de histórico, supuestamente físico de la capital de España, aunque el centro real de la ciudad hoy en día no se sepa muy bien dónde cae y el geográfico de la Península, el cerro de los Ángeles, se halle a 14 kilómetros de la Villa y Corte.

A mí, de niño, estar sobre el mar y no ver el mar abajo, a mis pies, me llamaba la atención; era como nombrar a Dios, que sabido es resulta invisible a los humanos ojos, y no encontrar a Dios por parte alguna. Por extrañarme, me extrañaba que el Madrid que no tenía mar tuviera playa, aquella Playa de Madrid sobre el Manzanares que se hubo inaugurado en 1932, el año que sufrieron los madrileños ola de frío y estrenaron ley del divorcio, como la primera de España en su género y que me trae resonancias de gaseosas La Casera, o La Revoltosa, y cerveza El Águila en tardes de un temprano calor como de agosto; aunque la Playa de Madrid que yo visité en tiempos, uno o dos kilómetros más abajo, era un remedo franquista de la genuina, que, como tantas cosas, se

tragó la Guerra. Aquello se llamó en 1947 el Parque Sindical Deportivo Puerta de Hierro, y nunca me gustó.

Playa, aunque sólo de nombre, tuvo también el paseo de Recoletos en su acera de los impares, con umbría y sillas de tijera que se alquilaban a los madrileños que venían de oír misa en San Pascual y hacían tiempo para el almuerzo. Ésta no la conozco más que de oídas, pues es asunto ya de hemeroteca; aunque a su altura quedan un falso río y un postizo columnario.

Madrid hay que verlo en agosto, cuando medio Madrid se ausenta y el otro medio duerme la siesta y sólo sale de noche, para cenar en las Vistillas, dejarse caer en las verbenas o airearse la faz de lividez urbana en las terrazas de Castellana arriba. Cada cual donde le corresponde.

La elevación de la ciudad sobre la línea del mar es variable; en sus 605,8 kilómetros cuadrados, unos estamos más altos que otros, y de vivir en Hortaleza, o Chamartín, a hacerlo en Vallecas, o Carabanchel Bajo, la altitud cambia hasta en 70 metros; de otra parte, si en la vega del Tajo andamos en poco más de los 450 metros, en municipios como Santa María de la Alameda o Somosierra, la Comunidad de Madrid se estira hasta los 1420 y 1434 metros, respectivamente; y el pico de Peñalara, la cresta de nuestra Comunidad, alcanza el techo de los 2428 metros.

No hay constancia, sin embargo, de que este hecho de la altitud, tan variable, produzca alteraciones de temperamento a sus moradores, los madrileños; ni a quienes miran a la Sierra, ni a quienes lo hacen a la Meseta. Simplemente, actúa para bien o para mal sobre el clima, que en la capital oscila en unos cuatro o cinco grados de extremo a extremo.

Se dan además otro tipo de alturas más urbanas mejor apreciables, y hay quien, en su día a día, no puede vivir en un ático, azotea o en el colmo de una torre y, al contrario, quien no soporta los bajos, tan a ras del suelo mismo. Ello sí imprime carácter; uno se acostumbra a ver su ciudad desde el balcón de casa.

A mí, mis dos ventanas exteriores de un cuarto piso sin ascensor en el entonces 138 de la calle de Embajadores, me dieron a ver, y recordar, un Madrid ni muy alto ni muy bajo sobre el horizonte antojadizo de mi infancia de niño con achaques del crecimiento; ni alejado de mí en demasía ni apabullantemente próximo, pues yo observaba a mi capricho a los transeúntes, pero se me desdibujaban las caras. Me llegó siempre el bullicio de esa calle todavía ajena al ruido, con vocación nunca cumplida de avenida y un festón de acacias; pero no anduve nunca en las conversaciones, pues, si no las voces, se me escapaba el detalle menudo del discurso.



En aquella posguerra larga, interminable, los adolescentes todavía encontrábamos descampados en que jugar a la taba o a las chapas, hierbajos, piedras y alguna bomba sin explotar de cuando el último asedio de los militares puestos a hacer patria, el del verano del año 36, claro. Yo no lo conocí, pero sí supe muy temprano que la Guerra Civil convirtió a Madrid en otro Madrid, para los vencedores; para los vencidos aún más, y uno hereda, quiéralo o no, la ciudad que le dejaron.

Madrid carece de mar, pero casi todos los mares tienen aquí su calle: el Adriático, el Amarillo, el Báltico, el Caspio, el de Aral, el de Bering, el mar de Japón, el de Kara, el de las Antillas, el de Omán y otros. Incluso, algunos como el Mediterráneo alcanzan distingo de gran avenida; como el de Cristal, a ser glorieta donde los coches logran embocar las arterias rectilíneas de un Madrid penúltimo.

Desde Madrid no se ve el mar; por eso las gentes de los Madriles buscan la costa con afán de acercar Alicante y Valencia cada año un palmo más, a ser posible, a nuestra orilla de meseta anclada en el centro geográfico de todos nosotros.

Los azules cielos tienen, si se quiere, algo de paisaje para el vuelo de las gaviotas, aunque aquí no las hay. En Madrid hay palomas, que, como los madrileños, mudan de barrio de generación en generación o se quedan quietas en las plazuelas de siempre; las hay viajeras o con raigambre castiza. La viejecita que les da pan en el pico, a éstas y a los gorriones, es la misma viejecita un poco pálida, un poco loca, viuda y pensionista, por más señas, que luego de dejarse querer por un centenar de gatos en las ruinas de algún casón vetusto viene también aquí a que le saquen la foto. En Madrid se alternan, pues, las ancianitas, las palomas y los gatos.

Las palomas, a la postre, de tan numerosas se constituyen en “auténtica plaga urbana”. «Taponan los desagües, se quedan en los sumideros y mueren en cualquier parte». Lo dice Miguel Ángel Muñoz Flores, presidente del Colegio de Administradores de Fincas de Madrid en el suplemento Inmobiliario de ABC del 19 de julio de 2002.

Acaso suceda algo parecido con los gatos.

Lo de “gatos” nos viene a los madrileños no se sabe muy bien de qué, aunque lo cierto es que el gato, doméstico no el montés; resulta animal muy urbano. El gato debiera ser el animal heráldico de los madrileños, y no el oso.

De dar crédito a las leyendas, el cardenal Cisneros regaló a *el Gran Capitán* unas botas hechas con la pelambre de un gato montés de nuestras selvas que recordaban a las del mismísimo Carlomagno; aunque lo de “gatos” nos cuelga más bien de la gracia con que los castellanos de Alfonso VI, camino de Toledo, trepaban las murallas de *Magerit* en 1083 para conquistarla a los musulmanes; de resultas de aquello el cristiano

se quedó con el Alcázar, echando al árabe a los confines del mismísimo cerro de las Vis-
tillas. Cuando Toledo era Toledo y *Magerit*, lugar de poca enjundia.

Harina de otro costal sería hablar de *chisperos* y *manolos*, todos ellos majeza de
un Madrid que por querencia no abunda en lo moderno.

No se puede pasar por alto que san Isidro es el patrón de Madrid, el santo San-
tiago del centro de las Españas. De no imperar estas cosas de la devoción y el culto, con
un criterio laicista podrían haberlo sido Lope de Vega, Velázquez o Francisco de Goya;
mejor, Miguel de Cervantes, quien dio a componer a la imprenta madrileña de Juan de
la Cuesta la edición príncipe de su *Don Quijote*, en 1605, cuando el tercer Felipe resi-
día todavía en Valladolid. No fueron santos. Sin embargo, ¿por qué no tener un patrón
que no sea santo, Santo Patrón?

Donde hay patrón no manda marinero, y uno, madrileño de a pie, no debe
andarse con monsergas de minucias municipales.

San Isidro no está solo. La Virgen de Atocha es la patrona de la Corte, no sé si
por ser la Virgen más antigua de Madrid o porque el mismísimo Felipe II iba a cantar
la Salve a Nuestra Señora de Atocha todos los sábados, costumbre pía que sentó tradi-
ción entre los monarcas españoles; y la Virgen de la Almudena, la patrona de Madrid.
Ambas se veneran sin estorbo en la Villa y Corte; también, la Virgen de la Paloma, que,
en esto del culto, no queda postergada. Nuestra Señora de la Paloma, condecorada por
el Ayuntamiento en 1995, es, además, la Virgen de los bomberos de la capital; a ella se
encomiendan *castas*, *susanas* y *manolas* en el parto. Y como donde hay santos hay pec-
adores, Luis Candelas Cagigal, que así se firmaba nuestro Luis Candelas; es el bandido
al que le rinden culto los Madriles.

Decir Madrid es decirlo todo y no decir nada. Pedro Calderón de la Barca acuñó
en el Siglo de Oro el eslogan de “Madrid patria de todos”, Mesonero Romanos le dio
la vuelta al significado de lo “castizo”, Pérez Galdós se sacó de la manga garbancera
el “¡No pasarán!” en sus *Episodios nacionales* y Antonio Machado, que era catedrático
de Instituto además de poeta, lo de “rompeolas de todas las Españas”. Por rizar el
rizo, Ramón Gómez de la Serna, RAMÓN a secas, se inventó un Madrid que no ha
existido ni existirá nunca; lo suyo fue pasar Madrid por el cedazo de la más pura lite-
ratura.

El aire cristalino y la excelencia de las aguas finas son los dos tópicos buenos de
Madrid; por algo *Matrice*, nombre que al parecer está en nuestros remotos anteceden-
tes de patria chica, alude ya en el siglo VII a un casi inagotable manantial, aquí, en este
punto nuestro de la terraza del Manzanares; y san Isidro, antes que a las tareas del



campo, se dedicó a cavar pozos artesianos, cuyas aguas, las aguas del Santo; a la postre, tenían cualidades salutíferas.

Madrid no se explica. Es un mar muy ancho y hondo a varios cientos de metros sobre el Mar.

PARES O NONES. TEORÍA DE MADRID

Madrid está hecho de similitudes y diferencias. Hay calles o plazas que parecen las dobles de otras que dejamos a la espalda y hay plazas, callejones y avenidas que resultan, más que peculiares, únicos, por su singularidad.

Bien mirado, Madrid se produce por parejas, de dos en dos, es verdad; o alcanza al trío, que siempre es meter un ajeno a la discordia. Va hermanándose consigo mismo como puede, lo que admite comparaciones no siempre odiosas. Yo no sé si se debe a simple falta de imaginación o a que la ciudad, según se aleja del centro, se repite más que una puesta de sol. Los hospitales de La Paz, que tiene título de “Ciudad Sanitaria”; el Clínico, el Gregorio Marañón y el Doce de Octubre son todos muy semejantes, por dentro y por fuera, y los centros de salud parecen todos de diseño cubano, o, cuando menos, tropical. Otro tanto pasa con las delegaciones de Hacienda, las sucursales bancarias, las comisarías de policía, los grandes centros comerciales y los supermercados de los barrios más últimos, que se repiten; todo es muy aséptico y funcional.

Ramón Gómez de la Serna opinaba que Madrid está hecho en buena parte de lugares miméticos cuyas orillas se superponen, casi coinciden, y de plazas que se continúan sin disociación. En sus *Nostalgias de Madrid*, se sacó de la manga la ocurrencia de las “plazas siamesas”, la de la Providencia y la de Santa Cruz; y de “las dos calles hermanas”, la del Príncipe y la de la Cruz; y abundó en diferencias y similitudes entre dos calles paralelas, la de Hortaleza y la de Fuencarral. Si queremos, se le puede copiar la receta.

Trátase en su caso, además, de afinar mucho y de haberse estado horas viendo pasar a lo qué pase; dar vueltas a las rotondas, estilográfica o lapicero junto al bloc de notas; subir repechos sin desaliento y torcer en cada codo urbano, o comerse todas las pescadillas de enroscar de los restaurantes económicos de Madrid.

Fuencarral confraterniza sin recato con Gran Vía; la Gran Vía rivaliza por ser más

calle con la calle Mayor, Alcalá y López de Hoyos son casi parientes, en cuanto a longitud; la fuente de Cibeles, como fuente, farda más que la de Neptuno, cotos respectivos, y a la greña, del estropicio de *madridistas* y *atléticos*, cuyos destrozos en estado de euforia debiera pagar su p.m.; y hasta Madrid, en un mismo saco, es Villa y Corte, tiene algo de pueblo grande, lento, pesado, pero cada vez es más monarquía y más ciudad: la gente no se saluda ni en el ascensor de casa.

Por rizar el rizo de la dualidad, hay Presidente de la Comunidad de Madrid, una comunidad uniprovincial, y Alcalde de una ciudad que es, cómo no, mucho Madrid; uno y otro, aunque se lleven bien, es tradición que no se lleven, y, a la hora de mandar, ¿quién manda sobre qué?

Pero si pares son las torres de la plaza de España, los dos rascacielos del Madrid de los años cincuenta, que tanto disgustaron a los inmovilistas del franquismo; las torres de Colón o las mismísimas KIO, si cada calle tiene dos aceras, aunque en la de la derecha, es un decir, haya sombrererías y en la de la izquierda bares y un gimnasio; y en Recoletos, cada año dos ferias de libro usado, antiguo y de ocasión, en mayo y en octubre; cosas hay que se dan de una en una, como el Museo del Prado, o de tres en tres, como los tramos originarios de la Gran Vía, que, a la postre, se convierten en trayecto único.

La pluralidad de Madrid asombra, viniendo de fuera; pero el madrileño de a pie no se extraña de que hasta hace poco tuviéramos dos cosos taurinos, la Monumental de las Ventas y la “chata” de Vista Alegre, que se convirtió en escombros definitivamente en 1995; tengamos tres plazas insignia, la Puerta del Sol, la Plaza Mayor y la plaza de España; tres equipos de fútbol, el Real Madrid, el Atlético y el Rayo; tres periódicos nacionales importantes, el ABC, *El País* y *El Mundo*, y una ciudad tan dual que es macho y hembra en uno, y es que, si de una parte resulta recoleta, acogedora y un pelín capital de provincias, de otra, Madrid es un oso fiera que gruñe y saca las zarpas por nada.

LLEGADA A MADRID

Madrid es la Roma de España; desde todas partes, se viene a él. Se viene a Madrid en coche, en tren, en rápidos autobuses; cada vez más, en avión.

Quienes vienen a Madrid, sabido es que vienen a conquistar la capital; luego, los más se acomodan, pierden carácter de forasteros, hasta la petulancia un poco redicha del señoritismo de provincias con resabios caciquiles o la testarudez hosca y huraña del



agro; aunque lo del “agro” suena mal y un pelín bronco: es casi olvidar nuestro pasado de villa con huertas y a dos zancadas del mismísimo campo. Porque Madrid en sus alrededores se gozó siempre de tener altas sierras con pino, robledales, encinares, hayedos, avellanos, acebos, todo un pulmón de limpios aires; pero está a tiro de piedra también del páramo castellano y la campiña del Tajo.

En la Cava Baja queda aún algo de aquel Madrid de mesones, posadas de enorme portal vetusto y ventanucos desde donde no asomarse, tonelerías huérfanas de toneles, cuyos herederos no siguieron el oficio, y parada de diligencias a la puerta misma de las posadas. Es la vía mayor de un Madrid metido a ser sólo pueblo, un pueblo grande. Ciertamente este honor se lo discute una calle no menos madrileña ni plebeya, la de Toledo; en ella vive como un príncipe, retrepado en un ático, el pintor Alejandro Santamarina.

A esta calle entre dos plazas, Puerta Cerrada y el Humilladero, donde tanto monta la una como la otra en importancia; venían las diligencias de Sur y del Oeste a vaciarse de viajeros que no acababan, sin embargo, de entrar en Madrid, pues raramente se aventuraban a la Plaza Mayor; menos, a la mismísima Puerta del Sol. También la calle de Toledo o, en menor medida, las de Montera, Segovia, San Bernardo, Tudescos, Postas, Alcalá y otras servían de parada y fonda a una Villa y Corte que no cesaba de crecer en número de almas.

En la Cava Baja, al calor de su pasado de foso de aguas residuales, barranco, laguna y alcantarilla en uno; y de puerta de escape en el Madrid a pie de la muralla, se juntaban las muchachas de servicio de los pueblos recién llegadas, los quintos ociosos que les tiraban pellizcos y decían picardías, algún arriero, mujerucas de negro siempre nerviosas, con la tez requemada por el sol en las eras durante media vida; y sinnúmero de labriegos de los alrededores que venían a vender trigo, vinos o chalanear sus mulas.

Eran, los últimos, labrantines que compraban cedazos, semillas, esparto, media docena cada diez años de piezas burdas de tela para sayas o algún palote de golosina; paraban en las tabernas, donde comían callos o tajadas de abadejo y bebían vinos de hasta 18 grados directamente de los odres. Algunos salían a media tarde a escape con sus bultos en carromatos o, mejor, en las diligencias de La Granja, El Escorial, Torreleguana, Villaviciosa de Odón, San Martín de Valdeiglesias, Brunete; otros, porque iban más lejos o por quedarse a la feria de caballerías de los jueves en el mercado del paseo de los Pontones, que antes estuvo en la plaza del Rastro; hacían noche en mesones, paradores y posadas de patios destartados, donde alternaban suciedad, gallinas, mulas y geranios, como acompañándose.

De aquellas mismas puertas de la posada del Dragón, el mesón de los Huevos o el parador de Ocaña partían los ordinarios de Salamanca, Badajoz y Lisboa, Jerez y la Serena. Los suyos eran trayectos incómodos y largos.

Ese Madrid que se nos entraba por la Puente Segoviana, tantas veces calzando zapatillas de esparto, y seguía por la plaza de los Carros, la puerta de Moros y la plaza del Humilladero, ya no existe enteramente así, ni queda asomo alguno de él; los ordinarios dieron paso a los autobuses de posguerra, aquellas destartadas camionetas que morían entre recalentones de motores viejos y reventón de neumáticos recauchutados hasta la saciedad de buscarles las revueltas a las fugas de aire, y, tras éstos y algún intento por regularizar las líneas sin llegar a excesos de modernidad en demasía, el tipismo más pintoresquista ha condenado la Cava Baja de San Francisco, que así se la llamó hasta 1835 en que le quitaron el santo, a ser lugar castizo de tabernas, mesones y alguna excelente casa de comidas.

Llegar a Madrid no significa venir a Madrid de paso sino quedarse, sentarse en los bancos del Retiro como si uno no se fuera nunca a levantar, pasear las calles con afán de guardarse todo en la memoria, para siempre; mirar al cielo de Madrid y toparse con que Madrid tiene mucho que mirar siguiendo la línea de voladizos y tejados.

El ferrocarril es el transporte rey de nuestra capital de las Españas y las estaciones de trenes producen tal melancolía que algunas gentes acuden a ellas a ponerse tristes. Pero desde que los vestíbulos se han separado de los andenes, todo es más aséptico y el trajín previo al viaje se distrae viendo tiendas o en unos asientos que siguen siendo incómodos y provisionales; incluso los viajeros del AVE, el más lujoso de los lujos de la España sobre raíles, pueden entretener su espera en el invernadero tropical de la antigua Atocha, con lo que a veces, en estos paisajes implantados sobre el cadáver de la estación de Mediodía, uno no sabe muy bien por dónde se anda. Mi madre va al jardín, ese pensil florido de la RENFE del arquitecto Rafael Moneo a veinticuatro grados de temperatura estable; pero nunca se acerca a mirar los trenes.

Yo, de niño, veía aquellos trenes y locomotoras de diesel o carbón de mi infancia en la calle de Ferrocarril. Cruzaban por ella muy por debajo de ambas aceras pero a cielo abierto desde la estación de Delicias, despacio en este tramo, como para dejarse contemplar a gusto y a nuestro antojo; eran los mercancías a vapor de nuestra España pobre, una España cuyo primer ferrocarril no se hizo aquí, en la Península, sino que se hubo construido en Cuba mucho antes del Desastre. Pero los estraperlistas enriquecidos de golpe con la paz del Caudillo ya no traían sus bultos en el maletero de los vagones de tercera clase ni dejaban caer sacos de patatas, aceite, tabaco, embutidos y azúcar



en las vías de acceso a Madrid para ganarse un centenar de duros matándonos el hambre; eran ya los primeros empresarios de negocios más potables.

El paisaje de la calle de las Delicias y de Atocha es un paisaje de viajeros humildes, de bares con *bocatas* de tortilla y ración de calamares, sobre el que volveremos; no importa que la estación de Delicias, la más antigua de Madrid, cerrara en 1971 y que la nueva Atocha esté en la avenida Ciudad de Barcelona, que es ya mirar, en vez de a Carlos V, hacia otra parte. Donde hubo, retuvo; el aire guarda un tufo discreto a fritanga y el peatón cruce bajo tierra la Glorieta. El *scalextric*, construido en 1968 y desmontado en 1986, es recuerdo de una España que soñaba en elevarse hasta tocar el techo de Europa con sus humos de imperio sin Carlomagno y de monarquía sin rey. Una España que no había inventado el “botellón” pero que consumía de garrafa y de relleno fácil; donde nadie se rapaba el pelo para ser calvo, pero en la que se andaba ya sin gorra ni sombrero, mayoritariamente, en pleno sol de agosto o con el frío que se entraba en las narices y los huesos. Los niños éramos deficitarios en calcio.

Según se sube hacia Recoletos, Nuevos Ministerios y el tramo final de La Castellana esta sensación provisional de flujo inquieto de gentes un tanto despistadas se difumina y, sin embargo, en el gran eje Norte-Sur del ferrocarril madrileño la estación de Chamartín y las intermedias de Nuevos Ministerios y Recoletos no son menores en importancia que la remozada Atocha; esta última resulta ser la capital del tráfico de cercanías por donde en sus diez vías pasan 800.000 viajeros cada jornada, camino de sus cosas.

Por carretera, Madrid se escapa hacia otros mundos a través de sus cinco autovías nacionales, las autovías de Burgos, Barcelona, Valencia, Andalucía y Extremadura; y una autopista, la de La Coruña, A Coruña ahora en rótulos, indicativos y flechas, no sé por qué. Las M-30, M-40, M-45 y los tramos de la M-50 que ya existen son, sin más, apaños a una ciudad con mucho coche. En la lucha por llegar, raramente irse, las carreteras se quedan con su parte.

El viajero de autocar se privó siempre de la magia de los *wagon-lites* y restaurante, dados a la aventura que uno mismo se inventa al regreso. El suyo, a diferencia de los trenes, es un recorrido al que le faltan historia y un toque de leyenda; acaso un amor con el que nunca se coincide.

La Estación Sur de Autobuses, que desde los años setenta hasta 1997 estuvo en la calle Canarias, tenía mucho de gran cochera del Madrid desarrollista que no acababa de dar el estirón; en menor medida, Auto-Res, La Continental, Empresa Ruiz, La Sepulveda o Larrea sentaban sus reales en la avenida del Mediterráneo, la avenida de Amé-

rica, la ronda de Atocha o en Palos de la Frontera, que entonces se llamaba Palos de Moguer, y los alrededores de la Plaza de España. Por las razones que fueran, sus usuarios, que es término que viene como anillo al dedo, eran menos elegantes; pero más bullangueros y, sin embargo, conformistas. Nadie protestaba por nada, ni por los baches ni por la música de pachanga a todo volumen en los altavoces a gusto del conductor; si se hacía, rozaba el linchamiento, un motín como el de Esquilache pero sin el largo de las capas por medio.

Por lo que toca al tráfico aéreo, hablar de nuestro Aeropuerto son palabras mayores. Se nos ha ido a colocar, ya en los años treinta, en un desierto erosionado tipo los del Chad o Etiopía, en los valladares del mismísimo Barajas, a 12 kilómetros pues del kilómetro cero, la Puerta del Sol; y sus ampliaciones sucesivas van quedando cortas. Sin embargo, comunicar éste con el resto del Madrid capitalino a través del Metro es un acierto democrático que puebla varias líneas de incómodos viajeros intercontinentales dispuestos a darnos con sus maletas y bolsones justo ahí, donde duele. No olvidemos, sin embargo, que Barajas es Madrid con pleno derecho desde 1950; su distrito, el número veintiuno de los veintiuno de la capital de España.

Hoy y siempre, al que llega para quedarse le urge encontrar acomodo en la Villa y Corte; no recurre a cualquiera de los 140 hoteles, 30 apartoteles o 330 hostales registrados en Madrid, pues su estancia prolongada es prohibitiva. Siendo así, cada cual se apaña donde puede.

El forastero que no quiere ser forastero de por vida busca fonda aseada de viajeros estables, pensión, sólo cuarto donde dormir, si come y cena fuera; habitación “con derecho a cocina”, que andar de realquilado era habitual en la posguerra para familias en apuros o recién casados; compartir piso, una fórmula de estudiantes a los que no les prueban colegios mayores ni residencias y señoritas solteras de provincia; o meterse muchos, ni se sabe cuántos, en dónde sea, la solución de los emigrantes ecuatorianos, dominicanos, peruanos, portorriqueños, cubanos o de todos los países del África cuyos nombres uno no sabe enumerar de corrido; también, algún asiático que se oculta en la trastienda del “todo a 60 céntimos de euro” o en los restaurantes con comida china y el polaco, el eslavo, el rumano que ostenta título de europeo, aunque sea del Este; pobres que están cambiando los antiguos barrios céntricos de Madrid en ciudades extrañas a nuestra ciudad. Otro casticismo, éste, que se nos viene encima, ser del foro pero forastero entre quienes, sin ponerle mala voluntad al asunto, nos son extraños. Sin embargo, los madrileños no somos de natural racistas; sólo queremos que nos quieran sirenas rubias con sus ojos tristes.



NUESTROS BARRIOS. NUESTRAS CALLES

Hablar de distritos posiblemente sea una forma fría de ver Madrid, pero suficiente a urbanistas, arquitectos e historiadores para tener en orden las cuadrículas del plano de nuestra ciudad; sobre el papel todo es distinto.

Barrios y barriadas son, sin embargo, los que poseen verdadera identidad, fiestas populares con guirnaldas y mozas que son hijas en cuarta o quinta entrega de un Madrid en que se llevaba el cántaro a la cabeza y la falda con almidón, pero ya no se lleva. También algunas calles tienen su no sé qué de representativo, evocador, mágico con sólo nombrarlas: Embajadores, Toledo, Bailén, Fuencarral, Bravo Murillo, General Ricardos, Santa Engracia, Núñez de Balboa; aunque en casos como las de Alcalá o López de Hoyos la cosa llega a más, una y otra se disputan en secreto el honor de ser la calle más larga de la Villa y Corte; cada tramo de las mismas tiene sentimientos y honrilla propios.

La calle de Alcalá es la calle de Madrid. Rafael Flórez en su libro *Madrid* la llama calle “matrona”, y es que, a la postre, es la calle de la maltratada diosa Cibeles; no importa que la estatua tenga plaza propia.

Alcalá fue la “Gran Vía” del Madrid de los Austrias; rúa de poblachón castellano grande, rica, ancha y sembrada de palacios que hacía sombra a la calle Mayor.

Ésta se llamó durante algunos años en el siglo XIX Duque de las Victorias, en recuerdo de Espartero, cuando el general vivía; entre 1840 y 1843 y desde 1854 a 1856. Recuperado su nombre, lo sigue manteniendo.

Nuestra calle más madrileña brota en la Puerta del Sol y se pierde hasta donde no hace tanto estuvo la Cruz de los Caídos, ya se sabe de qué bando; entre Hermanos García Noblejas y Arturo Soria. En su origen, era la salida de Madrid hacia Alcalá de Henares y, por tener olivar en su primer tramo en tiempos de los Reyes Católicos, se llamó calle de los Olivos; al segundo, que iba de la plaza de Cibeles a la Puerta de Alcalá, calle de Pósito, pues existía almacén de grano; al siguiente, desde la Puerta de Alcalá hasta la Venta del Espíritu Santo, camino de la Venta o, también, carretera de Aragón.

No hablar de ella en un libro de Madrid es delito grave, aunque acaso lo más divertido sea que ya no hay floristas que la transiten ofreciendo nardos ni ovejas cruzando por ella a la carrera entre algunos coches, pues por allí pasa la cañada.

Como López de Hoyos, el antiguo camino de Hortaleza; y a diferencia de otras como Serrano o Velázquez, que parecen tener dueño; la calle de Alcalá es un poco calle de todos, excede a cuanto fueran collaciones, parroquias y cuarteles y hoy son barria-

das, barrios, distritos, poblados marginales, como el Salobral, en Villaverde; y ciudades en la ciudad misma, como AZCA o, cabe, nuestros grandes centros comerciales, que no cito, y hospitales: Ramón y Cajal, La Paz, el Gregorio Marañón, el Clínico.

Madrid, históricamente, se dividió en trece collaciones, o parroquias, en el siglo XVI; en cuarteles, a mediados del siguiente siglo, que, en 1898, pasaron a ser distritos; en la actualidad éstos suman un total de veintidós, que, a su vez, contienen 128 barrios y unas 12.000 calles. Los distritos son: Centro, Arganzuela, Retiro, Salamanca, Chamartín, Tetuán, Chamberí, Fuencarral-El Pardo, Moncloa-Aravaca, Latina, Carabanchel, Usera, Puente de Vallecas, Moratalaz, Ciudad Lineal, Hortaleza, Villaverde, Vallecas Villa, Vicálvaro, San Blas y Barajas, por este orden; pero enumerarlos es letanía que cansa. Lo cierto es que se han acabado por hacer tan nuestros los distritos Centro y Arganzuela como Chamberí, Tetuán o Salamanca, un Madrid este penúltimo ya surgido en la segunda mitad del siglo XIX.

Barrios como Lavapiés, Maravillas, Barquillo, Argüelles, el Madrid de los Austrias o Chamberí son los que el madrileño de siempre entiende por Madrid; los otros, modernos, ruidosos, pero ya con goteras, obligan a “bajar” o “subir” a Madrid.

Según dejamos el centro, la ciudad va perdiendo categoría de ciudad histórica y monumental, surgen otros valores, es decir, la urbanística moderna y periférica, la aglomeración; o son todavía patentes los residuos de cuanto hasta hace poco fuera campo y mundo rural, en Vallecas, Villaverde, Barajas, Hortaleza, Moratalaz. Por el contrario, cuanto más nos metemos en el núcleo madrileño del Madrid ciudad, la Villa y Corte nos muestra sus muñones y huesos rotos con naturalidad que duele.

LA PUERTA DEL SOL

La Puerta del Sol es una puerta falsa; ni se entra ni se sale por ella; ni guarda Madrid ni nos deja fuera. La entrada de esta cerca, la más al Este, dejó de serlo en 1570, nueve años después de que Felipe II hiciera de Madrid su Corte, y la Puerta del Sol quedó sólo en plaza; una plaza, sin embargo, a la que, siéndolo de pleno derecho, no se llama plaza sino puerta, que ya decimos no lo es.

A ella desembocan las calles Mayor, Arenal, Preciados, Carmen, Montera, Carretas, Alcalá, Espoz y Mina, Correo y la Carrera de San Jerónimo. De estas diez, Carmen



y Preciados son calles para recorrer a pie; al abrigo de su carácter peatonal se pasea con su carga de bultos y paquetes todo un elenco de señoras de provincias o madrileñas huérfanas de obligación, que antes repartían sus horas de mañana entre la fenecida Galerías Preciados y El Corte Inglés; dos almacenes con aire de bazar ultramoderno que en los años sesenta no ocultaban su pasado de simple sastrería con posibles de ir a más. Allí, haciendo boca a la calle de los Preciados estuvo posiblemente el primitivo portillo, la primigenia Puerta del Sol; aunque los más sostienen que ésta, documentada no antes de 1478, miraba hacia la Carrera de San Jerónimo, la verdadera calle del sol de Madrid.

En el recinto original, Madrid ostentaba sólo dos puertas, las de la Vega y La Sagra, ambas levantadas en el siglo IX; era, pues, fácil de tener a salvo. A éstas se le fueron sumando las de Valnadú, Guadalajara, Cerrada y Moros, en el Madrid musulmán; del siglo XV son las de Atocha, Santo Domingo, La Latina y la mismísima Puerta del Sol, la primera de ellas con certeza de ser tal, pues muchas puertas y portillos de Madrid fueron derribados, remozados, reedificados y mudados de sitio dos y tres veces; del XVI, las de Antón Martín, Red de San Luis, Segovia y Toledo; de la siguiente centuria, las de Bilbao, Fuencarral, San Bernardo y Recoletos; y las de Hierro, San Vicente y Alcalá corresponden al siglo XIX. Por otra parte, las puertas del Retiro varían siglos unas de otras: la de Felipe IV es de 1690; las de la Independencia, Hernani y de España, del siglo XIX; y, finalmente, la de Madrid, de 1900. Para algunos, la última puerta de nuestra Villa y Corte, la más reciente, es la llamada “Puerta de Europa”, las populares torres gemelas KIO, acabadas en 1996 en medio de la polémica; tampoco es forzoso entender que éstas signifiquen algo en el asunto de las puertas. Llamarlas “Puerta de Europa”, desde luego, no ha hecho fortuna; algo parecido ocurrió con el paseo de Recoletos cuando quisieron llamarle paseo de Calvo Sotelo. A mí, más bien, las KIO me recuerdan las dos orillas de un puente muy a la americana, uno de esos largos puentes metálicos de los de sube y baja que se abren en dos tramos, pero cuyo mecanismo se les averió a mitad de trayecto.

La plaza de la Puerta del Sol es una plaza con historia y pasado comunero; guarda la historia de Madrid y hasta las inconfesables historias. En ella, cuenta Ramón Gómez de la Serna, el cura Merino paró el coche de Fernando VII, para, al grito de «¡Trágala, tirano!», meterle la Constitución de Cádiz por la ventanilla, y murió asesinado el presidente del Consejo de ministros de Alfonso XIII, el ferrolano don José Canalejas, el 12 de noviembre de 1912, cuando ya había resuelto la huelga de los ferroviarios y, como todos las mañanas, se entretenía, luego de hacerlo en otras, en el escaparate de la libre-

ría de San Martín; el Rey, ya muerto, le hizo duque y Benlliure cinceló la placa que pagaron a escote los amigos del tribuno.

La plaza de la Puerta del Sol tuvo niños incluseros en sus aledaños, jaques embozados en las pañosas pardas, curas en domingo con teja y paso rápido, tíos que se arriaman a las mujeres entre el barullo de los tranvías o los autobuses de dos plantas, innúmero de ciegos, rapaces sucios boceando los periódicos, sablistas de oficio buscando un duro de plata de los de don Amadeo, dos pesetas o convite a café con media tostada, aguadores, guardias, grises con gorra de plato firmes a veinte pasos del Kilómetro cero, carteristas de cortesía exagerada, un mendigo dando de su propia hambre comida a las palomas, el señor antiguo con pañuelo en el bolsillo de la americana, el castizo vendedor de perritos, mujeres garbosas, nenas finas como maniqués de escaparate, covachuelas bajo la lonja de San Felipe, cajones de frutas y hortalizas, un local en la tercera planta donde se hacen fotocopias a 2,50 pts., zapaterías que venden zapatos recios pero que aprietan y muchos cafés, tabernas y alojerías —el aloe era refresco de origen árabe compuesto de arroz, miel y especias— que fueron cerrando; hasta un establecimiento de baños públicos que, promediado el siglo XIX, se seguía anunciando en el número 1 de la calle Mayor.

La plaza de la Puerta del Sol tuvo urinarios públicos en 1863, pues los viandantes en apuros solían descargar antes de la reforma contra las verjas de la iglesia del Buen Suceso. Los nuevos mingitorios, éstos ya subterráneos, son del la segunda década del siglo XX. En los años sesenta aún se cobraba dos reales por ir a hacer pis en ellos y la señora de los lavabos daba trozo de papel higiénico con el recibo.

No es malo mezclarlo todo. Si juntamos su ayer con su vuelta usted mañana, la plaza de la Puerta del Sol es la película que recoge todos los asomos a la capital de España.

En la Puerta del Sol se inició el motín de Esquilache, se luchó a vida o muerte en el Dos de Mayo contra los mamelucos, se proclamó en 1931 para toda España la República desde las ventanas de Gobernación y se celebra el Año Nuevo; desde el 31 de diciembre de 1909, tomando las uvas. Hay quien jura por el Niño del Remedio que bajo ella se encuentra una mina de oro que tendría su veta en los adentros de la actual sede de la Comunidad.

En la Puerta del Sol se venden los mejores abanicos, bastones y paraguas, ensaimadas de La Mallorquina, pero ya no los décimos de lotería de la Hermana de Dña. Manolita; el establecimiento no está donde estaba.

En la Puerta del Sol, un Carlos III a caballo y una Mariblanca de pega son estatuas en línea que se nos pierden; pero al Carlos III de bronce le han puesto ruido de



sensores y runrún de megafonía en la tripa del caballo, que ahuyenta a las palomas, y a la Mariblanca, a falta de fuente, un pedestal que la tiene en alto como una diosa, un amorcillo hembra de jardín o la novia de una tarta de bodas.

Tras su reforma de entre 1854 y 1862, pasó de 5069 metros a los 12320 actuales; tenía la modernidad encima. En 1843, circulaban ya los ómnibus tirados por mulas y, en 1871, el primer tranvía de tracción animal, a 12 km/hora con capacidad para 34 viajeros en sus dos alturas, iba del barrio de Salamanca hasta Argüelles, cruzando por Sol. En 1881, se la dotó de farolas eléctricas para vernos de noche las caras y, en 1900, se fueron de ella los aguadores. Todo sana y mejora con el tiempo. Se le quitó la miseria; se limpió su semblante; se riega el coso de la plaza con mimo metódico y hasta está permitido besarse cálido y retozón en ella.

De la Puerta del Sol sólo queda en pie la Casa de Correos, de donde sigue bajando la bola del reloj; la Inclusa cayó en 1800; el convento de San Felipe, cuyas gradas fueron el mentidero de todo Madrid, en 1838, con Mendizábal y la Desamortización; y la iglesia del Buen Suceso, en 1854.

La Casa de Correos es el edificio estrella de la Puerta del Sol. Iba a ser obra de Sabatini, pero por antojo del Rey, Carlos III; se hizo cargo del proyecto Jaime Marquet, acabándola en 1768. Ésta ocupó el hueco de dos manzanas, 36 casas en total; compartió pronto espacio con una compañía de guardias por deseo del conde de Aranda y en 1847 se convirtió, además, en la sede de Gobernación; por aquel Ministerio de Gobernación pasarán un total de 121 ministros en sus 79 años futuros de vida.

En 1854, el reloj un poco tuerto y desmemoriado que daba horas en la iglesia del Buen Suceso coronó su tejado y, en 1866, fue sustituido por el actual; su diseñador, José Rodríguez Losada, tenía establecimiento en la calle Montera. Este José Rodríguez Losada se llamó en realidad José Rodríguez Conejero; pero debió de pensar que no le gustaba apellidarse así. Yo me hubiera cambiado igualmente el apellido. Dos años más tarde, se acabó por construir una torreta con templete de hierro que alojara al reloj, sus cuatro esferas, en vez de tres, y las campanas, que por ser de fundición inglesa suenan solemnes en demasía.

La Casa de Correos fue, decimos, sede del Ministerio de Gobernación y, tras la Guerra Civil, de la Dirección General de Seguridad, Jefatura Superior de Policía y Dirección General de Policía. En 1984, se convirtió en la sede de la Comunidad de Madrid; pero lo cierto es que su arquitectura de piedra de Colmenar y la función que se le asignó durante la Dictadura le confieren aspecto un tanto hosco; uno ignora qué se puede estar cociendo en sus adentros.

Bajo la plaza de la Puerta del Sol, el Metro de Madrid, que inauguró Alfonso XIII en 1919, es un laberinto con forma también de plaza. Todos los túneles del Metro venían también de Sol; pero como la mismísima Puerta, el centro del antiguo Ferrocarril Central Metropolitano de Madrid ha ido quedando desplazado.

Obras grandes sólo se dan en ella y aledaños de una en una a comienzos de cada siglo; por eso la que se nos anuncia ahora, para hacer más Metro el Metro, debiera ser el acabose del siglo en el que estamos, el XXI.

PRADOS, PASEOS, PALACETES Y RASCACIELOS

Es una mentira y una ilusión óptica: Madrid se acaba en el paseo de Recoletos y, dejando la plaza de Colón, se escapa por La Castellana para acceder a otra ciudad, un Nueva York de torres Picasso, KIO y vaya usted a saber qué. A su lado, la calle de Alcalá y la Gran Vía quedan un tanto pasadas de moda y hasta provincianas; sin duda, son el centro de un Madrid que se ha vuelto relamido, resobado y viejo. Cada siglo tuvo su Madrid; éste es el Madrid del siglo XX y un pico del que nos toca ahora.

La Castellana marca, propicia y encuadra un universo urbano rectilíneo de palacetes decimonónicos, casi todos extintos en uso de ser tales, y de rascacielos que son en sí, y cada uno, una babel de muchas almas; colmena, mejor, pues la mayoría de estos edificios altos hasta el cielo son sólo oficinas; no se admite bostezar en ellos. Ésta, como la Gran Vía y la calle de Alcalá en su tiempo, contradice además el axioma de que la Villa y Corte sea una ciudad de plazas.

La Castellana es el gran río humano de Madrid; pero en el paseo del Prado se inicia el verdadero camino forestal del Madrid moderno. Serrano y el barrio de Salamanca no le andan lejos. El paseo del Prado fue antaño una vaguada del Abroñigal; en su hondonada se solazaban los *rinconetes* y *cortadillos* de la Villa hasta que Carlos III decidió que era bueno, el sitio, para crear un “salón cerrado”, al que le puso fuentes: Cibeles, Apolo y Neptuno. Prado con todo derecho era Recoletos, prado de los agustinos, que habían fundado en 1575, un tanto cerca y lejos de sus hermanos de religión, los jerónimos.

La Castellana pillá un tanto retirada, pienso yo, del kilómetro cero de la capital de España; por allí, viniendo de Chamartín, discurría el Alto Abroñigal hacia Atocha y el Prado, siendo éste, con sus 14 kilómetros, uno de los catorce *viajes de agua* más largos de la ciudad; pero, el desarrollo urbano del camino de la Castellana es mucho más



tardío: el primer tramo, sobre lo que fue a un tiempo mixtura entre barranco, camino y vertedero, es del siglo XIX; el último, está por ver todavía.

A mí, que he pasado media vida subiendo y bajando por Delicias y el paseo del Prado hasta Recoletos, La Castellana me da miedo. Me da miedo incluso ahora que vivo mucho más arriba. Si he de penetrar en ella, en su bosque, en su red, su modernidad profusa e hiriente, vacilo al volver a casa y no encuentro el camino ni tirando del hilo del retorno que mi mujer me deja siempre suelto en la chaqueta.

A un tiro de piedra de la glorieta de Atocha, Madrid adquiere su aire casi campestre, como de pradera de san Isidro, si el Santo no tuviera la suya propia donde más le corresponde; pone un pie en El Retiro, que es tan parque madrileño como la Casa de Campo, pero menos bosque; ha bordeado el Jardín Botánico y tiene ya decidida su ruta más señorial, el paseo del Prado. Prados, decimos, fueron el prado de Atocha o de los Jerónimos, el Salón del Prado y el prado de los Agustinos Recoletos, que luego se dio en llamar sin éxito Prado Nuevo, paseo de Copacabana y paseo de Calvo Sotelo, sucesivamente. No importa. El paseo de Recoletos fue siempre Recoletos, a secas. La Castellana no se acostumbró a llamarse paseo de las Delicias de la Princesa o paseo de Isabel II, ni avenida de la Libertad, de la Unión Proletaria o del Generalísimo. A la glorieta de Atocha tampoco le cuadra el nombre de plaza del Emperador Carlos V. Los madrileños con los nombres de nuestras calles, paseos, rotondas y plazas hacemos lo que nos da la gana; lo que la autoridad mande, nos trae al paio.

Plaza de Atocha en adelante, Madrid se anuncia limpio y menos enojoso. En algún momento, la Glorieta pareció querer ser el verdadero centro de la ciudad, y no la Puerta del Sol; con ella competía en bullicio de gentes recién llegadas y hasta en similar ambiente de ágora de todas las provincias. Ahora, como ya no se lleva el *scalextric*, la plaza de Atocha es una plaza despejada; no lo fue entre 1968 y 1986, cuando se montó y se desmontó el paso elevado para coches, que, en 1968, a los madrileños nos pareció una empresa faraónica y la solución al tráfico rodado de Madrid. Eso prometían.

En la plaza de Atocha y la cabeza del paseo de Delicias paran ahora autocares pobres y camionetas que traen al alba y se llevan con las últimas luces de la tarde una multitud sorda de obreros que vienen todos los días a trabajar a la Villa y Corte de lo qué sea, sujetos a peonada mísera; allí, junto a las cariátides del ministerio de Agricultura o la estación de trenes, esperan diciendo piropos a las chicas, comiéndose el bocado, apurando una Fanta o mirando al reloj viejo de la estación.

En Atocha hubo varios hospitales de relumbrón y fama. El primero, y el primero acaso de Madrid, era del siglo XI y en él, además de hospedaje, recibían auxilio musul-

manes, cristianos y judíos, sin distingo. Donde desde finales del siglo XVIII estuvo el Hospital General de San Carlos, antes se levantó el Hospital General y de la Pasión, para hombres y mujeres, por separado. Sabatini proyectó San Carlos mayor en extensión que el Palacio Real, pero no se hizo tan grande; y donde tuvo su sitio el caserón de San Carlos, hoy se halla el Centro de Arte Reina Sofía. San Carlos dejó de funcionar por completo en 1965 y durante quince años la fachada ofreció su aspecto deplorable al transeúnte; allí se refugiaba un centenar de gatos asilvestrados.

En estos prados de las afueras de Madrid, también, tuvo Antonio Pérez, el secretario de Felipe II, su casa de campo; un particular museo donde guardaba tesoros dignos de un príncipe munífico consigo mismo.

Enfilar Prado arriba significa, decimos, dejar atrás Atocha, la cuesta de Moyano con sus tenderetes de libros resobados, andar metido en las verjas del Botánico y, de inmediato, en el Museo del Prado; pero tan museo es el uno como el otro: de plantas vivas, el primero; de pinturas, aunque se construyó para serlo de Ciencias Naturales, el siguiente. El Prado es para Ramón Gómez de la Serna el equivalente madrileño de los Campos Elíseos.

Junto al Museo del Prado se arraciman los turistas yanquis o nipones que, tras la visita, compran en los alrededores carteles de toros con su nombre incluido en la terna de los toreadores, banderillas, castañuelas, un botijo de barro, la muñequita de bailaores flamencos con traje de lunares y una guía plegable de Madrid, por si al correr del tiempo vuelven. Los hay que regresan todos los años.

Cerca, se hallan dos hoteles con figura, para viajeros ricos: el Ritz y el Palace, en el número 5 de la plaza de la Lealtad y en la plaza de Cánovas del Castillo. Uno y otro fueron construidos con apenas dos años de diferencia, en 1910 y 1912, respectivamente; pero el Ritz mira a los Jerónimos y el Palace, al Madrid del Barrio de las Letras.

En la fuente de la Cibeles, Madrid es ya prado y paseo de Recoletos. El nuevo edificio de Correos, “Nuestra Señora de las Comunicaciones”, pues tiene por fuera más pinta de catedral que de industria civil; no choca con el entorno actual. Su construcción data de 1919 y su reloj, como el de la Puerta del Sol, es una referencia para ajustar el minuterio; los carteros han de ser mensajeros puntuales, si les dejan las palomas. Los alrededores de Correos han sido un auténtico palomar de palomas gordas, cebonas, que apenas vuelan.

Las cuatro esquinas de la Plaza las ocupan Correos, donde estuvieron la ermita de San Juan con su huerta y, después, los Jardines del Buen Retiro; los palacios de Linares, actual Casa de América, donde en tiempos se asentó la alhóndiga; y de Buena Vista,



Ministerio del Ejército; y el Banco de España, que fuera, sucesivamente, residencia del marqués de Carpio, los duques de Arión y de Béjar y el marqués de Alcañices; el Banco de España tiene también su reloj donde mirar la hora.

Allí, como haciéndose sitio, la calle de Alcalá se entromete buscando su norte natural, la Puerta, cuya última factura, a manos de Sabatini, es de 1778. Conmemora la llegada de Carlos III a la capital y su cara oeste es la que mira a Cibeles.

En Cibeles, empieza el paseo de Recoletos. El paseo del Prado quedó en anticipo de este Madrid que no se parece en nada al Madrid castizo, aunque, a su modo, siente también cátedra; aquí, de madrileñismo señorial, pudiente y con boquilla para fumar tabaco fino, aunque lo de fumar, hoy, comienza a estar mal visto.

Donde existieron las huertas de Juan Fernández y de La Solana, el pinar de las Gómez o el Pósito de la Villa; después, la Fábrica de la Moneda, el taller de coches o, en 1863, el circo de Rivas, surgieron ensanches, edificios, nuevos propietarios, otro Madrid que tiene, finalmente, mixtura neoyorquina con acento entre festivo, financiero y cultural. Sobre el prado, los jardines y las huertas, tenemos un puñado de sedes bancarias, la Biblioteca Nacional, asentada en los antaño terrenos de la huerta de San Felipe Neri, y, ya en Colón, los Jardines del Descubrimiento que contienen al Centro Cultural de la Villa y, a la otra mano, el Museo de Cera. Más abajo del Museo de Cera, dejamos los ventanales del café Gijón. El café Gijón está donde se inaugurara en 1888, en los bajos de la casa del duque de Medina de las Torres, que tiene siete años más de vida que el establecimiento.

El Gran Café de Gijón es el huérfano de todos los cafés literarios de Madrid; pero uno, que ha pasado más tiempo en él que en su propia domicilio, no va a hacer su apología; tampoco, a contar cómo cada reforma para bien lo deja herido, para mal. Sobre el café Gijón, últimamente escribe todo el mundo, y yo hace muchos años me tengo prometido nunca hacer un libro con él.

Cada ciudad tiene su paseo para dejarse contemplar y querer. La Castellana es el paseo más extenso de Madrid; pronto se le sumarán, a lo que anuncian, 3,5 kilómetros más a su ya largo recorrido; todo un récord. Así pues, La Castellana alcanzará el infinito, de seguir Madrid creciendo, y no sirven obstáculos a ella; pudo con huertas, casas de vacas, terrenos áridos, vertederos y hasta el Hipódromo, que en los años treinta se mudó de sitio para dejar hueco a los Nuevos Ministerios. Hoy amenaza las carreteras de Colmenar y Burgos; pero el tirón de Madrid se acaba. De La Castellana, únicamente desmerece, por escaso, su Museo de Escultura al Aire Libre, bajo el paso elevado de Eduardo Dato con Juan Bravo. Por lo demás todo en ella es magnífico, soberbio, competitivo y sin historia.

Aquí, abundan las prisas y los semáforos cambian de color más rápido, raramente se exhiben ociosos las madrileñas rubias con portafolios de serpiente y los jóvenes ejecutivos con sueldos del millón de los de antes; cierto es que este troteo del macho y de la hembra jóvenes ya no se da avenida arriba y avenida abajo, sino que adquiere un toque sedente, estatuario y de terraza con luces y cubitera de hielo para el *whisky*, donde *caperucitas* con labios que saben a fresa besan a tíos con dentadura perfecta.

La Castellana tiene eso: terrazas modernas en las noches de agosto y residencias con dos siglos en sus fachadas y polilla en las cortinas de sus adentros; de continuar con vida sus dueños, andarían hoy, 23 de agosto, en San Sebastián, que es tan Madrid como Madrid mismo. Pero hoy los dueños son los bancos.

La Castellana difícilmente puede recorrerse a pie. De tan larga, de vez en vez parece estar descansando en las rotondas que ella misma cruza, la glorieta de Emilio Castelar, las plazas del Doctor Marañón, de Lima, de Cuzco, de Castilla, y luego sigue. Por todo eso La Castellana es capítulo largo de Madrid, si es que Madrid cabe darse por capítulos y en apartes.

LAS AGUAS DE MADRID

Las aguas de Madrid son las aguas del río Manzanares, las de sus afluentes y las aguas de manantiales y pozos de lluvia; también, las de sus charcos, cuando Madrid se anegaba con cuatro gotas.

Nuestras aguas “finas”, es decir, dulces o potables, atesoran fama ya de antiguo y, aun cloradas para el consumo humano, no son desagradables de sabor ni huelen a lo que no conviene; cuece en ellas bien la legumbre, por lo que su contribución al plato más madrileño, el cocido, no se debe ningunear; los garbanzos requieren siempre de su toque justo y de la química del agua.

Pero las aguas que bebemos los madrileños no son las aguas del Manzanares sino las del Lozoya; en ese punto convendría darle mérito a quien lo tiene. Tampoco lo eran antes de que el Canal de Isabel II pusiera orden en nuestra sed de río, tan atrasada; y los seis litros que tocaban de ración por cabeza, gota arriba o gota abajo, se entiende; provenían de los *viajes de agua*, sistema de captación para el consumo cuya caída venía en declive desde Fuencarral, Chamartín, Canillejas y Canillas; la construcción de la mayoría de éstos cabe datarse en los reinados de Felipe III y Felipe IV.



Tópico es que nos alaben los foráneos, además del cielo, aguas de calidad que nos llegan tantas veces sin saberlo de manantiales hondos y riachuelos metidos a regañadientes en cauces que no quieren. Eso de meter hasta las aguas en vereda e ir quitando fuentes, para poner otras en su día, resulta hoy machada de metrópoli con pretensiones de andar a la última, y Madrid nos amenaza con amanecer en un repente seco.

El Manzanares es río de ventisquero y nieve madrileños. Desde Navacerrada va bajando y embalsándose hasta entrarnos por el puente de San Fernando; atrás deja, como quíen quiere o no la cosa, los pueblos de Manzanares el Real, Colmenar Viejo, Hoyo de Manzanares y El Pardo, este último ya incluido en el callejero madrileño, y se mete en la ciudad bajo el puente de los Franceses; a la altura de éste, es ya río que podemos titular de urbano. Pero cuando se suma en Vaciamadrid al Jarama tras sus 60 kilómetros de recorrido, el Manzanares deja memoria de río que nos supo a poco.

El río de Madrid se pasea en Madrid bajo desmesurados puentes para tan mermada ración de agua como ha ido rescatando, y, así, el trayecto de sus seis kilómetros en la Villa y Corte, los que median entre Puerta de Hierro y la carretera de Andalucía, tiene algo de marcha nupcial, enamorada y lenta: los puentes del Rey, de Segovia, de Toledo y de Praga son emblemáticos. De estos cuatro, el de Segovia se lleva las siete estrellas a que da derecho ser hijo y nieto de madrileños; los nueve arcos de sus ojos son obra de Juan de Herrera, quien lo remató a un tiempo, cabe, que el monasterio de San Lorenzo del Escorial, en 1584, y lo adornó en los antepechos con sus peculiares bolas, geométricas, perfectas. Los restantes puentes: del reinado de Fernando VII, el del Rey, para juntar el Palacio de Oriente con la Casa de Campo; del siglo XVIII, el de Toledo que hoy conocemos, con sus hornacinas churriguerescas de santa María de la Cabeza y de san Isidro, pues los anteriores puentes se los llevaron las riadas; y reciente, el de Praga, ya que se inauguró como hoy queda en 1952, aunque con el nombre de puente de los Héroes del Alcázar de Toledo, que son ganas de matarle la gracia de puente moderno, que tampoco tiene.

Entre los puentes del Rey y de Toledo se ubicaba el casi centenar de lavaderos con sus siete mil bancas alquiladas, que quitaron la suciedad más epidérmica a telas y lienzos de un Madrid, por lo demás, poco higiénico; este oficio de mujeres pervivió hasta finales de los años veinte, entrado, pues, el siglo; como los aguadores, aquéllas tenían sus días de ajeteo laboral contados. Pero en los oficios del Madrid extinto, no corrieron mejor suerte pregoneros de calle y hombres anuncio, meleros, aceiteros, vendedores de perritos, encargados de billares, serenos, la viuda de la mercería, el niño que bocea los periódicos, la florista o el tío que afila los cuchillos. Junto a los puentes hubo

también numerosos merenderos, con sus broncas de domingo y sus bailongos de horteras, chulos y modistillas.

El Manzanares es río silente; no se hace notar ni cambia en rededor el mundo de la Villa y Corte. Desde que el Lozoya fue embalsado, engarrafado y casi embotellado en el Canal de Isabel II, en 1858, y surtió botijas, baldes, cubos, fuentes y pitorros de grifos, el Manzanares parece menos río de Madrid que antaño. Sólo hubiera tenido partidarios de no seguir afeándole la condición de río insuficiente, de convertirse en cauce navegable; algo así como pedir peras al olmo o buena voluntad a quien no la tiene. El conde de Rhebner, siendo embajador de Rodolfo II en la Corte, «le daba preferencia sobre los demás ríos de Europa por la ventaja de ser navegable ‘en coche y a caballo’ durante tres o cuatro leguas». Lo cuenta Ramón Gómez de la Serna, en *Madrid*, y se hace eco del chiste, también, Pedro de Répide, en *Las calles de Madrid*.

Embarcarse a los pies del Alcázar y llegar a Lisboa sin tocar tierra fue el sueño visionario de Felipe II, quien acaso evocara a Carlos V, su padre, en las travesías por el Rin o el Danubio que le llevaban y traían a sus guerras; pero no se acometió la obra. En tiempos de Carlos III se hizo al fin un canal en la dehesa de la Arganzuela para comunicar el Manzanares con el Jarama, y el Rey puso su empeño regio en ello; pero, una vez construido hasta Vaciamadrid, el canal del Manzanares se mostró cauce artificial impracticable, pues avanzaba cuesta arriba, y sus siete esclusas, cuatro molinos y el embarcadero quedaron en juguete inútil; luego, Fernando VII sacó partido al ingenio creando un paseo como de cartón piedra al que, salvo para el “entierro de la sardina”, no acudían más que madrileños solitarios y suicidas.

Mejor suerte corrió otro proyecto fluvial de Carlos III, el Canal de Castilla, al que, en 1842, casi un siglo después de que se comenzara, se dio visto bueno. Hoy, este canal, hermoso e inútil, riega un paisaje palentino a cuyas presas y saltos de agua el pintor Vicente Mateo me asoma todos los veranos. Ya no existen las balsas que transportaban el mineral y el Canal es sólo parte de un paisaje bello en el páramo de Castilla. Aquéllas son aguas del Pisuerga.

El Manzanares es un río de m. al que todo el mundo le saca punta. «Humilde», le llama Lope de Vega; «arroyo, aprendiz de río», Quevedo; «de menos caudal que nombre», el duque de Rivas. Sin embargo, se temieron sus crecidas y el pueblo de Madrid le tiene cariño; no en vano, el Manzanares es el paseo de la Florida, la pradera, la romería, San Isidro, la ermita de San Antonio y Francisco de Goya quedándose sordo, casi ciego y furioso. Las romerías de Santiago el Verde, San Isidro y San Antonio trajeron siempre de la mano a la primavera, con ellas; las otras verbenas, rinden tributo a calo-



res y estío, y son enteramente urbanas, callejeras, de solar engalanado con guirnaldas y plaza donde el cubalibre y el pelotazo de *whisky* han sustituido al botijo y el agua fina.

Arroyos con nombres de Abroñigal, la Elipa, Matalobos, Meaques, los Pajaritos, los Pinos, la Veguilla o la Zarzuela nos hablan de un Madrid con vocación de río con muchos ríos, que, por desgracia, hemos ido matando, dejando secos. Pero agua son también nuestras quinientas fuentes y las piscinas donde flotamos tardes de canícula panza arriba, como animales muertos.

Pór caer en el dato, Madrid tiene 70 piscinas municipales al aire libre, es decir, descubiertas, por las que entre julio y agosto pasan más de millón y medio de usuarios.

A la Piscina Club Estella, que, por sus trazas, parecía la hermana menor del Club Náutico de San Sebastián, me llevaba en moto sin sidecar mi padre, a regañadientes, para meter los pies en el agua; se inauguró en 1947, aunque tiene más pinta de ser obra de la República, y está en Ciudad Lineal, sigue estándolo. A mí, aquella vaguada, donde pastoreaban ovejas con aire despreocupado, se me antojó de siempre distancia para echar merienda; además, yo, que había salido poeta, prefería pasar las horas en los cafés. En el café Gijón, al que yo concurría, los literatos tenían mesa reservada junto a las ventanas y jarra de agua con hielo.

ESCRIBIR EN MADRID

Madrid ha sabido de siempre lanzar al escritor a la calle, ignorarle cuando está vivo y decir más tarde frente a su estatua: —ése es Valle-Inclán, Quevedo, Lope, Calderón de la Barca—, como si fuera un vecino que se nos ha ido; a veces, a esos bustos incluso les ponen flores.

A Madrid, cuando estaban vivos, no le interesaron *Azorín* de palique con Baroja por el Retiro, *Ciro Bayo* en las tabernas de la calle Ancha de San Bernardo, hablando de sus viajes, ni *Carrère* jugando al billar en el café Varela; tampoco *Juan Ramón Jiménez* paseando por los altos del Hipódromo, *Pedro de Répide* buscando la acera de la sombra en su callejeo de cronista infatigable, *Valle-Inclán* en el *Lyon d'Or* pontificando en su tertulia, *Gómez de la Serna* en Pombo, o *la Pardo Bazán* en su casa.

Para que a uno le quieran hay que recurrir a la *boutade* de llevar siempre bufanda de lana con dos vueltas, paraguas rojo y monóculo, o meterse en pelota en la Cibeles. Siendo así, te reconocen, te saludan; pero no te leen. Hay que echarse con Ángel Cristo

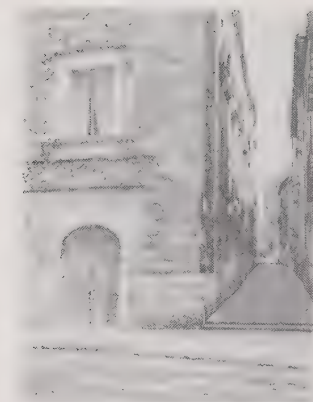
a los leones, tirarse del trapecio con Pinito del Oro o ser un niño extraño y prodigio como el madrileño Jesús Rodríguez Cao, quien en su corta existencia de apenas quince años, vivió entre 1853 y 1868; fue poeta a los cuatro, retratista habilidoso a plumilla y autor de una comedia, *El orgullo castigado*, que le encargaron a los once; sus *Obras completas* ocupan cuatro gruesos tomos en 4º. Son los milagros de la Villa y Corte que a uno le sorprenden.

Donde hubo mentideros, como el de las gradas de San Felipe, esquina con la Puerta del Sol; el de Representantes, en la calle León; o el de las losas de Palacio, éste ya metido en el mismísimo Alcázar; por los que asomaban sus narices Quevedo, Lope, Góngora, Cervantes o Calderón de la Barca, hay ganas de ver fútbol, tomarse una de bravas o beberse un cubata. Ya nadie hace coplas, los ciegos no cantan romances de crímenes famosos y los poetas hemos dejado de leernos en voz alta la tarde de algún jueves.

Desde que la televisión es televisión, plural y democrática, cualquier hijo drogata, o alcohólico, de “familia bien” o el contertulio de un “programa rosa”, puede promocionar sus libros haciendo apostilla a su anterior escándalo o al cotilleo que nos parte el alma; pero insisto, son memorias prematuras, misceláneas, consejillos sobre el largo de la falda o cómo sujetar la cuchara, hasta novelas, que, a la postre, no se leen, aunque se vendan a pares. No importa; a cada cual lo suyo.

Madrid estuvo lleno de escritores que tomaban el café de la tertulia, con más poso que ningún otro café, y la jarra de agua entre todos; acudían a los estrenos teatrales, a las conferencias; se volvían maledicientes, se abrasaban en un brasero de los que atufan bajo la mesa camilla o se dispararon un tiro. Aunque, toda esa bohemia penúltima e improductiva parece haber languidecido de treinta años a esta parte y el rollo de la “movida madrileña”, que queda allá por los ochenta, ha resultado un cuento chino para chinos algo crédulos.

Lope de Vega, prolífico en todo, decía en *Los mártires de Madrid* que «no hay ninguna villa, en cuanto el sol dora y el mar baña, más agradable, hermosa y oportuna»; Góngora nos hablaba de su «zodiaco luciente de la beldad»; Cervantes se despedía de la vida, sus amigos y de Madrid mismo en el prólogo de su póstumo *Persiles*, el conde de Villamediana moría a estoque en plena calle de Arenal, no por ser buen poeta, que lo era excelente, sino por enamorado, se dijo, de la reina Isabel, esposa de Felipe IV; y, ¡cómo pasa el tiempo!, Goya recrea en sus tapices esas cosas de don Ramón de la Cruz que iban a hacer teatro moderno en Arniches o sainete social de posguerra en Lauro Olmo.



Larra y Mesonero Romanos pintaron un Madrid todo crónica, y, mientras que Galdós heredó a Mesonero, los noventayochistas se acostumbraban a llevar florecillas a la tumba de Mariano José, el último romántico, para que quedara en claro que Madrid era, sí, Castilla, ese espejo de las Españas que RAMÓN inventaría en su *Rastro* todavía con los tintes negristas de su amigo Gutiérrez Solana.

Desde la *Insolación*, de la Pardo Bazán, o *La horda*, de Blasco Ibáñez, a la *Lucha por la vida*, la trilogía de Baroja, un apretado mundo busca romper sus desajustes y se hace paisaje algo pinturero de costanilla e inquilinato, esperpento acusador, de callejones y gato, en Valle-Inclán; armonía impresionista y cotidiana, en *Azorín*.

Ramón Gómez de la Serna, inventor cada sábado durante décadas de la tertulia de Pombo, descubrió un Rastro que podía ser de cualquier ciudad y era, sin embargo, el Madrid de las Américas, «un lugar de imágenes» en el que atisbar de cerca la «actitud de las cosas revueltas». Camilo José Cela y Luis Martín-Santos, sin olvidar luego a Francisco Umbral, nos pasearon con *La colmena* y *Tiempo de silencio* por una ciudad alegremente entristecida; Rafael Sánchez Ferlosio quiso ver en *El Jarama* Madrid de lejos, dominguero y junto al río; Antonio Ferres y Juan García Hortelano hicieron realismo militante de cuento para niños maduros, algo tísicos y rapados, metiéndole piqueta a la vida; y gentes hay que están ahora trazando la “novela negra”, nacionalizada, de un Madrid urbano presto a ser acuchillado cada noche, aunque no sean tantos los muertos, o la crónica postlibertaria de las tribus urbanas dándole *grafitti* al rostro de los edificios oficiales y a las tapias del tren.

Madrid nos trae una literatura madrileña y los escritores se inventan Madrid; el huevo a la vez que la gallina. Por rizar el rizo, se ha puesto de moda eso de los “paseos literarios”, que consiste en algo así como ver a Fortunata sin Jacinta o a Silvestre Paradox sin su inseparable perro, pero poniendo mucha alma, corazón y vida, en ello.

De cuanto Madrid va viviendo de la propia vida de sus escritores, la vejez de Cervantes, los amores de Lope de Vega, la juventud turbulenta de Calderón, el suicidio de Larra, la bohemia pertinaz de Joaquín Dicenta y de Alejandro Sawa, el exilio de León Felipe, Max Aub, Domenchina, Manuel Andújar o Herrera Petere, la novela militante de la posguerra o los premios literarios generosamente a dedo, acaso no perdure nada; son huellas sobre arena, resultan un puro efecto, estar vivo. Pero de la literatura de Madrid, quedan sus buenos libros.

PARQUES Y JARDINES. ISLAS DONDE A VECES CRECEN FLORES

Dios nos salve de caer en las calles del centro, las avenidas, las carreteras de circunvalación o la autopista, en horas punta. Ciertamente es que los atascos de Madrid se celebran desde que Madrid tiene memoria y que, como compensación a tanto carruaje loco, simón mal aparcado, taxi montado en el bordillo de la acera, calesa con yegua desbocada y coche de gasolina de 98 octanos yendo a su albedrío, sotos, parterres y arboledas nos hurtan del bullicio, el atropello de tanta gente y los malos humos; traen soledad que nos quita taquicardias. Pero los parques y jardines de Madrid son insuficientes, pese a que la Villa y Corte, estadísticamente, es ciudad muy arbolada; la segunda del mundo después de Tokio.

Los parques de Madrid son, además, una invención muy del gusto romántico del siglo XIX y tan es así que algunos de estos bronquios de la capital se hicieron a veces nutriendo nuestro suelo urbano más chic de jardines de temporada, entre otros: los Campos Elíseos y, en su lugar, los Jardines del Buen Retiro, entre Velázquez, Alcalá, Príncipe de Vergara y Goya; el Elíseo Madrileño, el Jardín de las Delicias y los Jardines del Paraíso, los tres en el paseo de Recoletos; el Recreo de Salamanca, en la calle Ayala haciendo esquina con La Castellana; el Jardín de la Alhambra, en la calle de la Libertad; el Jardín de Apolo, en la glorieta de Bilbao; el Jardín de Argüelles, en Ferraz; el Jardín Botánico de Alfonso XIII, en la avenida de la Complutense; los Jardines del Arquitecto Ribera, en Barceló; y el Parque Rusia, en el Madrid Moderno. En ellos se tomaba el aire, se andaba enredando en laberintos de colegio inglés y hasta hubo festejos taurinos, montaña rusa, patinaje, conciertos, tióvivo y cine, en algunos. Su vida fue efímera; a todos ellos se los embolsó el asfalto, cómo no.

El Retiro es con sus 117 hectáreas el parque urbano de Madrid; el del Oeste, con una superficie de 98, pillas un pelín lejos, según se mire, y siempre en desnivel; y el de Juan Carlos I, con 220 hectáreas, de tan moderno, está a la espera de que Madrid dé otro estirón y se le junte. Además, éste es un parque-recinto atípico donde todo resulta implantado, postizo y como de la Warner; sus praderas son praderas donde a cada poco, se diría, puede asomar un despistado jugador de golf buscando el *green* y uno tiene miedo de no encontrar en todo el parque un árbol copudo que nos ampare, con su sombra. La Dehesa de la Villa, que, sin duda, fuera la verdadera dehesa de Madrid y, más tarde, con Carlos IV un terreno incorporado a El Pardo, resulta, como la conocemos hoy, trazado del siglo XIX; su actual extensión de 72 hectáreas la sitúan entre las gran-



des superficies, aunque, a lo que se sabe, antaño fue mucho mayor. Grande y moderno es el parque Enrique Tierno Galván, que se inauguró en 1987 en el Cerro de la Plata sobre el vertedero por donde corriera un sucio hilillo del Abroñigal regando algunas huertas; allí, al runrún de la M-30 se yergue el Planetario con su cúpula de 17,5 metros de diámetro, que mira a las estrellas.

Por otra parte, el Jardín Botánico es un herbario gigante y más tropical que mediterráneo, donde cada especie tiene su etiqueta pegada al pecho; yo lo he conocido abiertó, cerrado y, en 1981, de nuevo abierto. Siempre creí que, cuando le metieron cerrojo y candados, fue para esconder un secreto. Asociado a él, a mi me queda el recuerdo infantil de que un tío mío paterno, jefe de estación de trenes en Salamanca por más señas, me creyó perdido algunas horas en la vereda de los castaños de indias.

La Casa de Campo, con 1732 hectáreas, resulta masa forestal, un parque de parques y ya algo a trasmano del centro más capitalino, aunque, a lo que se nos dice, es el “pulmón” de Madrid; en ello abunda el monte de El Pardo, una superficie de 14.474 hectáreas que da amparo a jabalíes, gamos y conejos y en la que se desperezan olmos y alcornoques riñendo en altura. A nadie se le ocurra llamar parque a la Casa de Campo o a El Pardo; tampoco, jardines. Son verdaderos bosques, aunque el peso de Madrid se haya hecho notar a la contra en ellos.

Cada bosque, parque o jardín madrileño es deudor de un mundo que le anda detrás; la mayoría de nuestros grandes espacios verdes hoy conservados tiene su origen en los Sitios Reales; su uso restringido a la Familia Real los mantuvo intocados, a salvo. Resulta paradójico.

Así, el Retiro, que hoy es enteramente parque, sólo parque, fue con Felipe IV un “Versalles” madrileño, aunque desordenado y un poco anárquico; se edificó y ajardinó sobre la marcha, día a día, según las necesidades de tener palacio, patio de fiestas, salón de baile, coliseo, estanques, jardines, alguna huerta, cazaderos y ermitas, de las que hubo un total de ocho. Felipe V en el trono, pensó meter mano en este Real Sitio, pues sabido es que el gusto francés no compaginaba con las cosas de España, y el incendio del vetusto Alcázar, en 1743, se prestó a ello, pues forzó al Rey a hacer del Buen Retiro su más inmediata residencia. Carlos III quitó tapias y puso puertas; además, colocó en él la Real Fábrica de Porcelana, heredera directa de la napolitana de Capo di Monte, donde estaba la ermita de San Antonio de los Portugueses y hoy, la plaza del Ángel Caído; Madrid tiene su monumento al Diablo.

De los primeros años del reinado de Carlos IV es el Observatorio Astronómico,

aunque fuera idea del Rey anterior; pero el Observatorio, que se reconstruyó con Fernando VII, hoy es un edificio inútil, al que se sube tomando carrerilla por la ladera del cerrillo de San Blas, de hecho dentro del perímetro del parque.

En 1883, se construyó el Palacio de Velázquez y, en 1887, el edificio del Palacio de Cristal, ambos para sede de exposiciones, que hoy se mantienen en pie; pero, del antiguo Retiro, sin embargo, apenas quedan la remozada Casa de Vacas, el gabinete de la Casa del Pescador, el inamovible Estanque con sus barcas de remo, para las que hay que sacar tíquet; el Casón del Buen Retiro y el Salón de Reinos; uno y otro, curiosamente, se hallan fuera del parque, un parque que, en lugar de crecer, ha ido mermando, malvendiéndose para construir Madrid, y al que, en 1868, se le convirtió en madrileño, pues pasó del Patrimonio Real al Ayuntamiento.

Por no dejar nada en su sitio más que el Gran Estanque y los dos palacios, en 1972 se llevaron la Casa de Fieras a la Casa de Campo; al calor de la memoria ya un tanto lejana, yo juro que en el Retiro vi hogaño osos polares en verano, una pareja de leones, una hiena que no se ríe, una familia de monos y algunas jaulas con pájaros. Al Retiro también se asomaron un breve instante en mi retina el último barquillero y el fotógrafo ambulante con su baratillo de retratista: la cámara de época, de las de campaña, y el trípode.

Algo hay, si se quiere, que relaciona la Casa de Campo actual con el actual Retiro: desde el Lago se ve también un Madrid del que asoma la cresta de sus edificios más altos, como en un puzzle, recortados y a trozos; y en el Lago hay también barcas dominigueras y quioscos con horchata. Pero las torres que se otean desde el Retiro son, sin duda, más señoriales que las de Batán, Campamento o Aluche, barrios en los años sesenta distantes, a donde el Metro llegó a cielo raso; tomar el Suburbano exigía billete de suplemento.

De otra parte, en la Casa de Campo todo parece menos urbanizado, pensado; como si Madrid dudara aún a la hora de metérsele dentro, aunque esto sea una verdad, o una mentira, a medias. Los paseantes, aquí, tienen otra pinta menos ciudadana, de excursionistas con mochila o funcionarios de provincia pequeña en horas de asueto, y, puestos a respirar aire más puro, los tíos que hacen *footing* son deportistas de elite; vienen a entrenarse.

La Casa de Campo y El Pardo fueron sendos cazaderos de Felipe II, que, en 1749, Fernando VI unificó y tapió; El Pardo ya lo era con Enrique III, quien se hizo edificar palacio. Siempre, pese a que tuvieran palacete, casas, reservados, estanque y hasta “leo-nera”, la Casa de Campo; han sido, una y otro, mixtura entre bosque de encinas y



madriguera de conejos; los guardas tiraban a dar contra los furtivos o, en tiempos recientes, a poner multazo a las parejas que no guardan compostura.

El Pardo conserva ese aire de monte regio y recinto campestre que le hermana a distancia con Aranjuez, La Granja o Riofrío y le separa de una Casa de Campo que no termina de perder su aire primitivo de villa suburbana junto al Alcázar. Imposible resulta, por ejemplo, pensar en él instalaciones como el Recinto Ferial, que, en la avenida de Portugal, reunía nuestros mejores sueños agrarios para ser vistos en la ciudad que se vanagloriaba en 1947 de moderna e imperial en uno.

No pudo Franco hacer arraigar en El Pardo su estilo de campamento para una guardia personal que yo recuerdo mora y a caballo desfilando por Madrid, o de residencia de mandamás venido del cuartelazo, aunque las casas para militares sigan ahí, dando sombra al propio río, y de los moros del Caudillo ni se sabe.

Frente a los anteriores, el parque del Oeste es un parque moderno, sin llegar a ser último. Se lo inventó, en 1899, Cecilio Rodríguez, a la sazón Jardinero Mayor de la Villa, sobre los terrenos del arroyo de San Bernardo y de Moncloa, dentro de un estilo de naturalismo muy a lo inglés, y, en 1906, lo inauguró el alcalde Alberto Aguilera.

El parque del Oeste tiene acera con el paseo del Pintor Rosales, donde hay chiringuitos y quioscos de bebidas ya un poco abandonados, *malgré moi*, pues han acabado pudiéndoles la batalla en la otra acera terrazas de pub, *restaurant* y heladería, todas ellas con marcha para pijos y elegantes; y en su interior estatuas de “sudacas”, Artigas, Bolívar, San Martín, Hidalgo, lo que, sumado a las de nuestros reyes del Retiro y de la Plaza de Oriente, da una culturilla, si ponemos curiosidad en ello; todas llevan su placa.

Su teleférico, no inaugurado hasta 1969, une el paseo de Rosales con la Casa de Campo, por aire, ya que su cabina anda a 40 metros sobre el suelo; era un proyecto de 1935 para la Exposición Internacional de Madrid del año 41, que no tuvo lugar.

El parque del Oeste fue el parque de Madrid más castigado por la Guerra. Cuando se quiso recomponer, las bombas sin estallar causaban baja entre los jardineiros; en sus altos todavía quedan búnkers y alguna tapia con arañazos de obús, pero hoy los niños que le dan a la pelota o los universitarios de los colegios mayores, que andan cerca, no saben de la misa a la media de aquel Madrid.

Para no hablar de muertos, de heridos, de mutilados y de prisioneros, es mejor ponerse a contar pétalos a un centenar de flores. La rosaleda del parque del Oeste es la madre de todas las rosas madrileñas; la más rumbosa, pero no la decano de la Villa y Corte. Cecilio Rodríguez realizó la del Retiro, en 1915, en el antiguo invernadero del marqués de Salamanca, junto al paseo de Coches; esta segunda, con alrededor de dos

hectáreas, qué ya es darles gusto a los floricultores, se inauguró en 1957 y se llama Rosaleda Internacional de Ramón Ortiz; no en vano este señor puso en marcha el concurso anual de rosas.

Otros parques y jardines tiene Madrid más recogidos, que no son grandes superficies; resultan éstos algo así como las tiendecillas de barrio frente al hipermercado. El Campo del Moro, abierto al público en 1978, y los Jardines de Sabatini con su aire de parterre un tanto grave y escurialense, diseñados en 1932, se hallan ligados al Alcázar, del que fueran huerta antes que parque, y las Caballerizas Reales, respectivamente. La Alameda de Osuna, conocida popularmente como el Capricho, era finca de recreo en el siglo XVIII, un parque del Retiro en pequeño, sin reyes pero con nobleza de muchos cuarteles; para la biblioteca y el gabinete de su palacio pintó Goya los *Caprichos* y *La pradera de San Isidro*. El parque de la Arganzuela, que roza las 8 hectáreas, se inauguró en 1969 sobre la antigua dehesa, junto a Legazpi, y se remodeló en los años noventa; a mí, como el Juan Carlos I, me resulta, en pequeño, un parque de diseño, que me causa sensación de frío; será por eso que le han puesto invernadero. El verano del 2002, el Alcalde inauguró jardín temático dedicado a las dalias, flor que con los gladiolos, la violeta y el nardo compite por ser la más madrileña.

LA GRAN VÍA

Su construcción amenazó con salvar a Madrid de sí mismo. Se quería poner en limpio la ciudad desde el reborde costal de lo más céntrico, arrancando de la calle de San Miguel, y Alfonso XIII, caballero en un andamio alfombrado, delante del “todo Madrid” dio el pistoletazo de salida el 4 de abril de 1910 metiéndole el zapapico, aunque de oro, hasta dos veces a la mampostería de la “casa del cura”; ésta era la vivienda del párroco de San José, no otra cosa, y estaba al lado izquierdo de la iglesia, resto aquella, a su vez, del convento de San Hermenegildo, sobre parte de cuyo solar se levantó el teatro Apolo, hoy Banco Bilbao-Vizcaya-Argentaria, que tanto mandan: Bilbao, Vizcaya, Argentaria.

Hay que visitar la iglesia de San José día en que pille, además, mendigo en las escalinatas; junto con la portada del Hospicio, en la calle Fuencarral; la iglesia de Montserrat, en San Bernardo; y el frontal del Conde Duque, nos deja buen sabor a barroco madrileño.



La Gran Vía era el comienzo “fin de siglo” de un sueño de zarzuela y fachadas con mucha escayola, hormigón y cemento; de ambas cosas hubo, la zarzuela con música de Chueca y Valverde es de 1886, cuando ya se había aprobado el proyecto pero le faltaba una veintena larga de años para ponerse en pie, y en cuanto a la escayola y el cemento, basta levantar la vista a donde conviene.

Para hacerla cayeron un montón de manzanas de casas, y en el recuerdo quedan, además de San Miguel, donde la piqueta comenzó su obra, nombres de otras que no están: las calles del Carbón, Eguiluz, Federico Balart, Hilario Peñasco, Leones, Parada, Peralta, San Cipriano, y Santa Margarita, parte de otras como Ceres, Jacometrezo o de la Parada, las travesías de Altamira, Desengaño y Moriana o el callejón del Perro; éste, un pasadizo angosto de poco más de dos metros de ancho.

Su construcción iba a durar veintiún años, quitando y desplazando calles, derribando un total de 319 casas y ocupando 43 solares; quedaron a salvo las iglesias de San José y de San Francisco de Borja, la segunda desaparecida en 1931, al ser incendiada; y el Oratorio del Caballero de Gracia, lo que mató la rectitud al trazado.

Su primer tramo, Alcalá-Red de San Luis, se llamó Conde de Peñalver, pues durante su tercer mandato en el Ayuntamiento, entre 1907 y 1909, aquél tomó a su cargo los enojosos preliminares del asunto, no de todos bien visto, ya que la popular mejora de la Villa y Corte gozó de sus detractores.

La Gran Vía se hizo en 1910 Alcalá abajo y no Red de San Luis arriba; marcaba un rumbo: de afuera hacia dentro, y la Gran Vía, a lo que se vio, estaba destinada a metérsenos en el viejo Madrid, no a salir de él como la calle de Alcalá o La Castellana.

El señor Alcalde don Nicolás Peñalver Zamora tuvo, pues, “su” Gran Vía; no fueron menos, después, Pi y Margall, presidente de la I República, a quien se le dedicó la parte de las obras de entre 1917 y 1922, Red de San Luis-Callao; y Eduardo Dato, el Presidente de Gobierno asesinado en 1921, a quien le correspondió el tramo abierto entre 1925 y 1929, Callao-Plaza de España. Así, Nicolás de Peñalver, Francisco Pi y Margall y Eduardo Dato dan en origen título a la Gran Vía 1., la Gran Vía 2. y la Gran Vía 3. No nos extrañe que, siendo una sola, mantenga sobre el papel algo del misterio urbano de una fingida trinidad. Pero la Gran Vía ha sido siempre la Gran Vía y tampoco se impuso popularmente que llamaran a sus tramos avenida de la Unión Soviética, avenida de la CNT y avenida de México, durante la Guerra, o, a toda ella, avenida de José Antonio, entre 1941 y 1980. Por lo que toca a Peñalver y Eduardo Dato tienen ambos su calles en otra parte; al Presidente de la I República justo será que se la pongan.

La Gran Vía quiso ser original y cosmopolita, pero quedó en petulante, despersonalizada y un tanto a la catalana, con sus edificios demasiado blancos.

Se ha dicho que es parisina en su arranque, pero tiene un aire falsamente colonial y en ella se da cita el quiero y no puedo de todos los fingimientos arquitectónicos, el neoplateresco, el neobarroco, el estilo regionalista; en los dos siguientes trancos, los más concurridos, se dice que se asemeja más a una visión neoyorquina, pero carece de grandiosidad, de dispendio, de capacidad sorpresiva y hasta de gigantismo, quedando en doméstica.

Para juzgar qué hay o no de cierto en cuanto afirmamos, habría que quitarle guiños que nos hace el sol y anuncios luminosos cada noche, y, aún así, la Gran Vía, más que sus plantas verticales en altura, la corona distinta de sus edificios y el sinnúmero de los escaparates, es el latido de quienes van a sus gestiones bancarias, a tiendas, cines, teatros, o cruzan este Madrid de parte a parte para llevar un paquete al que no es discreto mirarle el contenido.

A espaldas de sus dos aceras, que, pese a semáforos, no se comunican como un todo en uno, queda oculto, y tajado en dos orillas, un Madrid al que la ciudad parece haber tapado, metido en otras calles y hasta concedido el alivio de algún callejón angosto, alguna plazuela, el reventón de la estrechez y la fatiga de las cuestas. En estas bocas el paisaje ha variado; son lo que queda a un lado.

La Gran Vía es el edificio de la aseguradora La Estrella, La Casa del Libro, la Telefónica, el fantasma de los almacenes SEPU, con cara congelada de cerrar y darnos su adiós; el Palacio de la Prensa, el edificio del Fénix, Los Sótanos, el bar de Chicote y un montón de bancos, cines y hasta hamburgueserías, tiendas de discos y vaya usted a saber qué.

A ella íbamos como a rara avis endomingados a ver cine de estreno en el Avenida, el Coliseum o el Palacio de la Música, antes de que los multicines estuvieran en todas partes, y no es que no hubiera cines en Madrid. En el paseo de las Delicias recuerdo el América, el Lusarreta y el Pizarro; en Embajadores, ya hacia Legazpi, el Montecarlo. Pero estos cines, y otros, humildes y de barrio, con NODO, pipas y sesión doble, son los cines a los que la competitividad empresarial y el monopolio pusieron candado y siete llaves. Yo lo siento como una afrenta personal.

En alguna medida, la plaza del Callao, que es anterior a la Gran Vía, pues se abrió en 1866; es la “Puerta del Sol” de este Madrid moderno hoy ya gastado; la de España, con sus dos rascacielos, su “Plaza Mayor” misma; y la calle de la Princesa, aunque no se llame Gran Vía, es el cuarto tramo de este Madrid que va, pues, hasta la Moncloa.



Pero, a la postre, toda comparación ofende. La Gran Vía es un Madrid moderno al que aún le quedan carteleras de cine que cubren toda una fachada al edificio, terrazas para turistas y limpiabotas. Dejémoslo ahí.

EL RASTRO

El Rastro es una estampa madrileña, foto en blanco y negro, si se quiere; construida sobre la realidad de veintinueve calles y tres plazas. Así al menos contabiliza María Isabel Gea en su *Diccionario enciclopédico de Madrid*.

El Rastro nace en la plaza de Cascorro, que antes se llamó Nicolás de Salmerón, al que sin duda se le adeuda más que a Eloy Gonzalo, *El héroe de Cascorro*, incluso el hijo de Madrid que hizo su guerra en Cuba; sigue a ambos lados de la Ribera de Curtidores, antiguamente llamada calle de las Tenerías, y acaba en la ronda de Toledo, formando una prolongación natural en las Américas, el apéndice pobrísimo del Rastro, que quedaba entre la ronda de Toledo y el paseo de las Acacias, en la parte más baja de la Ribera de Curtidores; allí estuvo hasta 1979 el genuino Bazar de las Américas.

El Rastro forma un triángulo entre San Millán, la acera de los pares de Embajadores y los impares de la Ronda, al que le han sacado punta Goya, que pintó *Los cartones de ciego*, el *Cacharrero* y los *Chicos de la cometa*; Arniches, con su sainete *El Rastro por la mañana*; Ramón Gómez de la Serna, que le dedicó libro entero; y otros como Gutiérrez Solana, Azorín o Cela, que le conceden página.

Sobre su origen todo el mundo concuerda en que el Rastro fue matadero público del pueblo de Madrid; de ahí que tenga calles tan suyas como la Ribera de Curtidores, la calle del Carnero, o Cabestreros; sin embargo, no deja de tener su miga que se dijera, también, el “rastros de la Corte” allí a donde acababa la jurisdicción de los alcaldes y alguaciles, a una legua en contorno; es decir, fuera un detente, que hasta aquí y luego no me pillas. Lo cuenta con otras palabras, pero de esta guisa, en *El antiguo Madrid* Ramón de Mesonero Romanos, cronista matritense excelso de nuestro siglo XIX para quien el Rastro no es otra cosa que un universo de simples covachas y tinglados de mauleros.

De ser así, sólo así, que no parece; éste sería poco más o menos que un lugar sin mucho orden municipal, ninguno; un Madrid ya fuera de Madrid, donde jaques, perdonavidas y bravucones se andarían trapicheando, dándole al naipe, a la frasca de mora-

pio o, si se terciá, a la navaja; eran los “cacos” que asomaban a Puerta Cerrada y otras estrecheces para desvalijar lindos y paseantes en corte. Pero, mejor juntar ambas verdades a medias, para hacer una que sea buena, y concluir que aquí donde se mataron simples porcinos o desollaron y curtieron reses de vacuno, la Corte andaba lejos y la Villa acababa por cerrar puertas y portillos a un caserío de distrito humilde y con vocación de andarse cuesta abajo.

Desde Cascorro se desciende al Rastro, cuya calle mayor, su arteria principal, no es otra que la Ribera de Curtidores; a ambos lados de ésta, se pierde en tiendas que acaso sean las más auténticas de lo que queda hoy en día, por recónditas y menos resobadas, aunque sabido es que los cazadores de gangas y tesoros meten las narices en todas partes, a ver si sale un bargueño, algún jarrón chino con marca de su dinastía, un cuadro de Murillo, la cama de hierro tirada de precio o un brasero de cobre de los de época; quieren el milagro que nunca verán sus ojos.

En la Ribera de Curtidores proliferaron chatarrerías, almacenes de traperos, corrales habilitados para meter basuras y algún bazar. Se ignora históricamente desde cuando carnes rojas, asaduras y despojos de animal fueron sustituidos por trajes resobados, correajes de militar, cacerolas, forjas y mueblaje de toda laña, aunque probablemente el origen de este comercio moderno esté en las tiendecillas de ropa vieja y muebles de pino que existían en las calles de los Estudios, Cuervo y San Dámaso, el “tapón del Rastro”, que, al abrirse, sólo ha dejado en pie a la calle de los Estudios, cabe el primer tramo de las anteriores; el otro tapón se abrió, con anterioridad, por la parte baja a la Ronda a través del campillo del Mundo Nuevo.

Lo cierto es que los mataderos de Madrid anduvieron por la zona, que sepamos, desde el siglo XV, en que se levantó el primero en la calle de Toledo, y el del cerrillo del Rastro, que medio siglo más tarde acabaría destinado sólo a la matanza de cerdos, es de 1650. Su reguero de sangre corría escaleras abajo y, de ahí, por gran parte de la Ribera de Curtidores, no toda, pues el Cerrillo, actual plaza del General Vara del Rey, cae hacia el promedio de la Ribera, no su cabeza; éste y no otro es el Rastro que conocemos como tal.

En la Ribera de Curtidores hubo bazares algo sucios, o con mucha mugre y telaraña, como el de las Américas, también llamado el Bazar Federal; el del Médico, conocido igualmente como las Grandiosas Américas; o el de la Casiana, al que un cohete de la verbena de San Cayetano le metió fuego, sin intención, en 1943; mezcolanza entre almacén, depósito de chatarra y cochera de cuadrúpedos, que ahora son tiendas de anticuario y almoneda que ignoran los viejos corralones y vetustos patios, formando galerías aseadas, con aire de seriedad profesional y reclamo de escaparate: las Bayón, situa-



das en el número 35, hoy desaparecidas; las Piquer, de las que fue copropietaria Concha Piquer, que se inauguraron en 1950 con bloque de viviendas incluido y marcado estilo escurialense, en el número 29; las Nuevas Galerías, que se abrieron dos años después en la otra acera, la de los pares, en el nº 12; y las Galerías Ribera, obra de 1964, que ocupa las tres plantas de nuevo cuño del número 15 de Curtidores.

Entre aquellos bazares y estas galerías, da la sensación de que el negocio de las cosas viejas ha cambiado de manos, que a traperos, quincalleros y otras alhajas se los han llevádopresos los municipales para poner en su lugar a dignos comerciantes de los que expenden factura detallada del producto, en casos hasta con IVA. Además, de nuevo surgen los solares incontinentes y se anuncian bloques de viviendas a ambos lados; eso sí, tímidamente.

Si el Rastro ya no queda a trasmano de la Villa y Corte, camino de la ronda de Toledo, que era ya marcharse fuera; y sus bazares son otra cosa, ¿qué sigue vivo, pues, de ese distrito de la Arganzuela por donde Madrid amenaza caerse cuesta abajo, sin un respiro?

El Rastro, sin embargo, se transforma en otro mundo los domingos por la mañana; sus tiendas y galerías de tiendas de dudoso porvenir se asoman cuanto pueden al gran zoco que son la Ribera de Curtidores y sus adyacentes. Como quien no quiere, las aceras y la calzada se han llenado de toldos de lona que cubren tenderetes, de puestecillos en el suelo y del reclamo de voces; incluso un *Mesías* modesto va entre los grupos sin mucha megafonía, y repite: “sed buenos”.

Aquí se pueden adquirir plantas, bolsos, medias, calcetines, chupas de cuero, o no; gafas de sol, perfumes, abanicos, monedas, billetes, juguetes, marroquinería..., y en calles como San Cayetano o Fray Ceferino González parece haber llegado la especialización: en la primera son los cuadros, feos, sin ninguna gracia, los que lo ocupan todo; en la segunda, jaulas para pájaros, alpiste, trino de jilgueros, canarios, y el carraspeo de algún periquito nos conducen, si cerramos los ojos, muellemente entre las apreturas.

Según la mañana avanza, toda la Ribera de Curtidores se atasca y congestiona; es el pulmón en triple y cuádruple fila de la mercadería que no sorprende, ¡la hemos visto idéntica en tantos sitios!; es la misma de nuestros mercadillos de la sierra o de ciudades como Valencia, cuyo “rastros” tampoco es chico.

Entre el gentío, un cochecito para niño nos mete rueda en el tobillo, o algún carterista huye con un bolso, y la gente se toca la cartera, por si acaso. En la acera de los pares, preferentemente, se pinta todavía en pizarra a la puerta de los bares el precio de una tapa de caracoles, callos, mollejas o zarajos; ya en euros.

Pero si Ribera de Curtidores abajo y arriba el Rastro es tópico y pobre en cuanto a descubrimientos, aunque multicolor, bullanguero; en la plaza del General Vara del Rey, donde estuvo el matadero, y la calle de Carlos Arniches, donde vivió, en efecto, el dramaturgo; con tan sólo haber andado unos cientos de pasos, se da uno de bruces con un universo que, aún guardando cierto paralelismo simétrico, gemelar, nos sorprende: hemos dado con el Rastro de Madrid, el mercado fetén de los domingos donde hay loza vieja, jarrones que merecían ser antiguos, mejor que copia moderna; y hasta libros. Todo, en la plaza, su calle en desnivel, las mismas adyacentes que conducen a la asfixia de la Ribera de Curtidores, pero parecen no saberlo.

Por Carlos Arniches desembocamos a capricho en la Ronda, donde hay mercancía de coleccionables, también libros, y un montón de chiquillos con sus padres rasgando el envoltorio de los sobrecitos minúsculos de los cromos repetidos.

Hasta la mismísima glorieta de Embajadores no para el Rastro; pero en su último tramo de la acera de los impares de la Ronda de Toledo, ha vuelto a ser el consabido mercadillo de ropa y cosas varias que ya conocemos; ya metido en la glorieta, un tío grande y con las barbas sucias está vendiendo fruta.

EL PINTOR DE MADRID

Velázquez es el pintor de Madrid; pero no como la gente lo entiende: no cultivó el paisajismo documental. Así, Madrid no nos entra por los ojos en sus cuadros; está ahí, pero no está.

Los cielos velazqueños son nuestros cielos profundos y claros del Guadarrama, nadie lo duda; o a la inversa: los cielos de Madrid ningún otro ha sabido hacerlos suyos como Velázquez, y los fondos de sus cuadros son tantas veces los mismos alrededores grises y azulados de El Pardo, donde el Rey practica la caza.

Pero Velázquez no retrató Madrid a pie de calle porque Madrid no era la Venecia de Carpaccio, los Bellini o Paris Bordone, un gran escenario de agua y arquitectura; tampoco él, como aquéllos. Por lo demás, su obra está exenta del boato de la pintura flamenca a lo Rubens, a quien admiró y sirvió de cicerone en su segundo viaje a España, en 1628; y cuando, hacia la mitad de su vida, da con su peculiar sello personal, que el aire se convierta en algo táctil entre los cuerpos, qué duda cabe, es la atmósfera de Madrid la que anda metida por medio en densidades.



Diego Rodríguez de Silva y Velázquez nació en 1599 en la populosa Sevilla, hijo de padres andaluces pero nieto por parte paterna de gente portuguesa. Con diez años fue alumno de Herrera *el Viejo*, aunque sólo meses, pues no congeniaron; y durante seis años, aprendiz en el taller de Francisco Pacheco, de donde salió examinado para ingresar ya en el gremio de pintores de Sevilla, con licencia para ejercer el oficio. A poco, casó con Juana Pacheco, la hija de su maestro, y en 1619 nació Francisca; en 1621, Ignacia. Por entonces, Velázquez es autor de asuntos religiosos y ha sentado alguna fama en él retrato y los bodegones; pero Sevilla se le queda chica y pequeña.

Por primera vez, viene a Madrid en abril de 1622, seguido de su discípulo Diego de Melgar; acude a ver El Escorial y a estudiar sus posibilidades de quedarse en la Corte. Recomendado por Pacheco, cae bien a personajillos como los hermanos Alcázar, don Luis y don Melchor, y al sumiller de cortina de Su Majestad, don Juan Fonseca; retrata a Góngora, pero no consigue aún que Felipe IV se deje pintar.

En el verano del año siguiente, de nuevo en Madrid, esta vez con su suegro y su criado y discípulo Juan de Pareja, la suerte cambia: ahora le favorece don Gaspar de Guzmán y Pimentel, el luego conde-duque de Olivares, al que retrata después de que su suegro lo haya hecho doce años atrás en Sevilla; y Velázquez pinta al Rey y pinta al príncipe de Gales, de paso por la ciudad; el 6 de octubre es nombrado “pintor de cámara” y la familia al completo se viene con él. Su retrato de Felipe IV a caballo se mostró en la calle Mayor frente a las gradas de San Felipe; su primer y acaso único baño de multitudes.

Velázquez vivió en el Alcázar desde que tuvo veinticuatro años hasta su muerte, a los sesenta y uno; hay que exceptuar sus dos viajes a Italia, en 1629 y en 1648, ausencias que sumadas no duran cinco años, y algún otro menor, acompañando a Felipe IV a la corona de Aragón, en 1642, y a Fraga, al año siguiente, o a preparar el alojamiento de Su Majestad en Fuenterrabía, en 1660, con motivo de los esponsales de María Teresa con Luis XV de Francia; su última salida de Palacio.

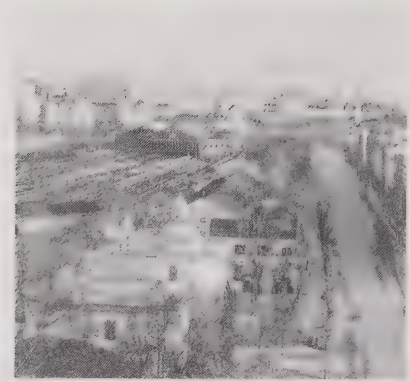
Posiblemente, a Velázquez no se le viera si no rara vez en las calles de Madrid, en aquel Madrid de los Austrias que se mueve entre el Alcázar y la Puerta del Sol, pasando por la calle Mayor, su “gran vía”, y se demora en la Plaza Mayor, nueva, reluciente, como tirada a cordel. Desde su *atelier* en el Alcázar, el obrador de pintores de Cámara, observaría como mejor distracción el Manzanares, la Casa de Campo, la pradera de San Isidro y El Pardo; al fondo, los montes del Guadarrama. Todo eso parece “verse” en *Las Meninas*, la obra que Lucas Jordán consideró como «la teología de la Pintura».

La realidad de su vida como artista se complementa siempre con el hecho antepuesto a todo lo demás de que fue en la Corte de Felipe IV un servidor de Palacio que ascendió en escalafón hasta puestos como los de “ayuda de cámara” y “superintendente de Obras Reales”, en 1643; “ayuda de cámara con oficio” y “veedor y contador de obras de la Pieza ochavada de Palacio”, en 1647; o “aposentador de Palacio”, en 1652; no alcanzó a más, aunque lo cierto es que si su salario mensual era de veinte ducados, en 1623, cinco lustros en adelante su asignación se estipuló por el propio Rey en setecientos. En 1658, se le hizo Caballero de Santiago, su gran sueño; no olvidemos que Diego Rodríguez de Silva y Velázquez vino a la Corte a ser pintor y a ennoblecerse; dos tareas en una.

Dedicado a amueblar y decorar estancias, comprar cuadros para el Rey en sus dos únicos viajes a Italia, a un tercero Su Majestad no le dejó ir; aprender de los grandes maestros, los del Renacimiento, y pintar sus lienzos propios, huyó de rencillas, comadreos y camarillas, como si no tuviera tiempo de disputas de covachuelistas y alcahuetes de antecámara; aunque, sin comerlo ni beberlo, se atrajo a su llegada él mismo inevitables antipatías como la de Vincenzo Carducho, pintor del Rey en la Corte antes que él, y cabe la sospecha de que tampoco congeniara con Calderón, el escritor palaciego que más brilló en su tiempo.

Gentilhombre de vida regular, criado y pintor del Rey, éste acapara para sí el tópico de impersonal, impasible, distante y amigo de no hacerse notar. Ello es también receta en su pintura, donde la genialidad y la maestría tienen tras de sí un tesón a prueba de bombas y las muchas horas frente al caballete buscando una solución para que cada cosa quede en su sitio; nada, descolocado. En ocasiones, pintaba y repintaba el mismo cuadro; así el retrato ecuestre de Felipe IV que hizo en 1628, lo retomó en 1634 y en 1640, hasta dejarlo a su gusto.

La pintura velazqueña es pintura de alto estilo y una pintura que, sin ser lenta de ejecución, no gustaba prodigarse; además, era ajena al mundo de la Villa y sus avatares. Si en algún momento pareció tener que ver algo con la gente de a pie en obras como *Los borrachos*, *La fragua de Vulcano*, *Las hilanderas*, *Menipo* y *Esopo*, telas a las que siempre asiste algún pretexto clásico; o el *Busto de un hombre*, cuadro de pequeño formato pintado hacia 1560, que se halla en una colección particular en Nueva York; el resto de sus retratados, salvo su *Venus*, son reyes, príncipes o sus familiares, es decir, criados de sus Casas; algún cardenal de la Iglesia o el Papa, Inocencio X. En gran medida, su novedad más fácil no es otra que la de haber juntado a la *maniera grande* de los italianos la cotidianidad flamenca propia de una instantánea como de foto; por eso, la suya es una



pintura seria, donde serias son también las cosas intrascendentes, o bobas, a tomar a broma.

Velázquez, decimos, pintó la Corte de Madrid, una Corte esplendorosa en horas bajas; lo hizo de forma harto elocuente, sin parar mientes en nada, y, así, trató por el mismo rasero a personajes y a personajillos, al Rey que a sus bufones; y si pintó pasmados, hidrocefalos, hombrecillos e idiotas, no creemos fuera por capricho si no por imperativo de Su Majestad. Todos sus temas y modelos se circunscriben al mundo de la Corte, excepción obras de juventud como *Los borrachos* y unos pocos cuadros más; ese era su oficio, uno de sus empleos, y a ello se puso con una fría pero sensible objetividad. Su momento histórico no es el de Goya, el otro gran pintor de Madrid, éste más metido entre el gentío y más caprichosamente popular y humano; tampoco, su libertad.

Diego Rodríguez de Silva y Velázquez vivió en el Alcázar y murió el viernes 6 de agosto de 1660 en su mismo entorno, la plaza de Oriente; siete días después, lo hizo su esposa, Juana Pacheco. El maestro estuvo enterrado en la iglesia de San Juan, que era la parroquia de Palacio; luego, José I la echó abajo y se perdieron sus restos; el Ayuntamiento los estuvo buscando hace unos pocos años entre las obras de lo que es un aparcamiento para coches.

Velázquez tuvo calle entre la plaza de Ramales y la calle de Carlos III, pero se la quitaron en 1870 para darle otra en el barrio entonces más nuevo de Madrid, el barrio de Salamanca; en el cruce con Juan Bravo en 1991 le han puesto estatua.

LA PLAZA MAYOR

La Plaza Mayor es una plaza con solera madrileña, suelo adoquinado sobre un piso sin desniveles que se noten y cierto señorío capitalino; compite con la Puerta del Sol misma, y, si vamos a ver cuál de las dos plazas es más representativa, se quedan en empate, aunque la Plaza Mayor que hoy conocemos tiene a sus espaldas más ringo-rango de monarquía de reyes a caballo trotón haciendo la cabriola y fiestas de Corte. Cuando en 1590 Pedro Tamayo proyectó la primera división de la ciudad, en seis cuarteles, lo hizo radialmente a partir de la Plaza Mayor; ésta era, pues, el centro de Madrid, el kilómetro cero de nuestra Villa y Corte a tener en cuenta.

La Plaza Mayor ha cambiado algunas veces de nombre, y, si antes de ser Plaza Mayor, lo fue, simplemente, del Arrabal; lo cierto es que en el siglo XIX se la denominó

plaza de la Constitución, plaza Real, plaza de la República y plaza de la República Federal; Plaza Mayor volvió a serlo desde 1939.

Todo cuanto ha querido ser la Puerta del Sol de abierta, popular, irregular y desordenada, la Plaza Mayor lo tiene desde el siglo XVII de coso cerrado, casi taurino; de apaño arquitectónico para lucimiento de Felipe III, y los que vengan, y de lugar peatonal, lo que la preserva un tanto aislada.

Puestos a buscar caprichos a cada plaza, a mí se me antoja que la Plaza Mayor es más monárquica; la Puerta del Sol, republicana, la plaza de la Villa, simplemente municipal, y la plaza de España tiene un toque intelectual, libre de perjuicios y hasta libertario.

Querámoslo o no, a la Plaza Mayor, aunque en ella se vendan belenes, artículos de broma, petardos y abetos con cepellón en Navidad; se larguen pregones desde la Casa de la Panadería, se lancen los estudiantes a celebrar a tumba abierta penúltimas borracheras, pese a guardias municipales, prohibiciones y registros de mochila buscando el calimocho de contrabando; y los veranos sea un mar de toldos y terrazas donde los turistas se remansan con sangría siguiendo el movimiento del Sol, no se le va el aire severo, la frialdad de la piedra y el empaque de plaza de provincia grande a visitar con guía.

A mí, ir a ella siempre me ha sonado demasiado solemne; sus arcadas me parecen un tanto claustrofóbicas; sus “bocas”, de tan angostas, todo menos entradas y salidas libres para ir y venir en paz de Dios por los Madriles.

Por no ser, no es plaza ni multitudinaria en exceso ni recoleta como para dar de comer a gatos y palomas; si te sientas al pie de una de sus farolas, en seguida te invade la sensación de estar allí demás, ser un estorbo al turista que de verdad necesita de ese asueto, o estarle quitando sitio a uno de esos pintores que apoya allí la buena voluntad de sus retratos y caricaturas.

La Plaza Mayor fue antaño una laguna de los Luján del Arrabal, no de los Luján de la Villa; que, desecada en tiempos de Enrique III o de Juan II, se convirtió en explanada y, luego, en la plaza del Arrabal madrileño; estaba, pues, fuera de las murallas, en la puerta de Guadalajara, y allí se mercadeaba por libre sin pagar portazgo.

Su lado Norte se fue poblando de casas que daban al camino de Guadalajara, lo que hoy es la calle Mayor; y en los comienzos del siglo XV, la parte Oeste, que da a Puerta Cerrada, hubo completado su curva ciñéndose al terreno de la cava. Cubiertos sus lados Sur y Este ya avanzado el siglo, la Plaza era ya plaza, aunque escasamente urbanizada, y los vendedores se quejaban del “¡agua va!” de los vecinos de aquellas casas que malamente la circuyen; éstos acabaron pidiendo a la reina Isabel permiso para



poner toldo a sus tenderetes y salvarse así, amén de la lluvia, de aquellas aguas menores y mayores que les hacían destrozo.

Con los Reyes Católicos, la plaza del Arrabal se ha convertido de hecho en centro del Madrid moderno, el de su tiempo, claro. En ella, se celebra mercado los martes, quitándole protagonismo a la plaza del Salvador, la actual plaza de la Villa; y pronto, antes de acabar siglo, habrá portales de frutas y verduras, pescaderías y carnicería; más adelante, el primer mercado de Madrid, la Casa del Arrabal, se levantará frente a lo que en la última década de la siguiente centuria será la Casa de la Panadería; en ésta tenían habitaciones los Reyes.

Desde 1532 se la menciona ya como la Plaza Mayor y se conocen corridas de toros en su ruedo; pero no es hasta 1590, durante los últimos años del reinado de Felipe II, el momento en que decididamente se mete mano en ella: se comienza y acaba de levantar la Casa de la Panadería y, en 1591, el Ayuntamiento ordena a los propietarios de sus portales sustituir los pilares de madera por pilares de piedra. Pero la Plaza Mayor todavía dista mucho de cobrar prestancia apropiada para Plaza Mayor de la Villa y Corte; ésto sólo se logra cuando Felipe III, vista ya la Plaza Mayor de Valladolid durante su traslado vallisoletano de la Corte, decida que Madrid necesita de igual espacio urbano ordenado, y, en 1608, Francisco de Mora, a la sazón Maestro Mayor de la Villa, se puso a ello siguiendo sobre el papel lo comenzado por Herrera, el maestro de dos generaciones largas de arquitectos.

Fue, sin embargo, su sobrino, Juan Gómez de Mora, quien, entre 1617 y 1619, acometió la tarea de dar una nueva Plaza Mayor; la labor, en vez de remodelar lo existente, consistió, tras su allanamiento y nivelación, en meter piqueta a tapias y muros viejos, de lo que quedaron a salvo la Casa de la Panadería y la más modesta de la Carnicería.

Su construcción a la carrera hizo posible en tiempo récord unas casas de cinco pisos, sesenta y ocho en total, que sobresalían sobre las demás de la Villa, éstas de dos o, a lo sumo, tres plantas; donde no había jardines, patios ni huertos, pero se hacinaban tres mil setecientos vecinos en una plaza rectangular, casi perfecta, cuyas dimensiones de 120 x 94 metros no son pequeñas; por sus soportales podía pasar la gente incluso a caballo. En jornadas solemnes, el aforo de la Plaza Mayor de Madrid era de cincuenta mil espectadores; y el 30 de junio de 1620 se puso precio al alquiler de los balcones, tasa que en las fiestas reales era como se sigue: doce ducados, para los primeros; ocho, para los segundos; seis, para los terceros; y cuatro, para los cuartos. No era raro que los inquilinos perdieran el disfrute temporal de sus casas a la hora de cele-

brarse un sarao por la venida de un príncipe, un Auto de fe, o las fiestas ordinarias de san Isidro, san Juan y santa Ana, en que siempre se corrían toros.

La Plaza Mayor se hubo inaugurado el viernes 15 de mayo de 1620 para festejar la beatificación de san Isidro, seis meses después de que Gómez de Mora le pusiera fin; ya en ese día, un castillo de fuegos causó al quemarse daños de cuatro mil ducados. Lo cuenta León Pinelo en sus *Anales de Madrid*.

Parecía destinada a los incendios. Los de 1631, 1672 y 1790, que fueron devastadores. En el primero, el del 7 de julio de 1631, que duró tres días, murieron trece personas y se salvaron de la quema ocho casas; a raíz de aquello, se substituyó el plomo de los tejados. En el segundo, el del 20 de agosto de 1672, fallecieron veinticuatro personas y desapareció la Casa de la Panadería, de la que se salvó la primera planta, siendo ésta reedificada en diecisiete meses. En el tercero, el del 16 de agosto de 1790, que duró diez días, un tercio de la Plaza acabó en cenizas; su reconstrucción, que pasó sucesivamente por las manos de Villanueva, López Aguado y Custodio Moreno, no finalizaría hasta 1854.

En la Plaza Mayor hubo procesión para beatificar a san Isidro y, dos años después, para celebrar que lo canonizaban. El 2 de mayo se levantaron pendones por el nuevo Rey, Felipe IV, y el 21 de octubre se decapitó a Rodrigo Calderón, el ministro facineroso de Felipe III. Entre 1624 y 1680, hubo cuatro Autos de fe y un degollamiento, el del general Padilla y el marqués de la Vega, por conspirar.

En la Plaza Mayor se celebraron durante casi medio año los festejos por la visita del príncipe de Gales, que vino a casarse y se fue sin casar; o las llegadas de Mariana de Austria y de María Luisa de Orleans, a ser reinas.

Con el cambio de dinastía, mermó en grandeza y en ocasiones de solemnidad, quedando en mercadillo, que se quitó en 1790, tras el tercer incendio; aunque se siguieron con fiestas de proclamación, coronaciones y juras. El 7 de julio de 1822 los absolutistas de la Guardia Real y los constitucionalistas de la Milicia Nacional se batieron allí, además de en otras partes, y, en 1833, fue proclamada Isabel II; ella hizo traer a la Plaza la estatua de Felipe III a caballo, obra de Felipe de Borgoña, que estaba en la Casa de Campo, un poco perdida entre el gentío de otros bronce y piedras.

Con Isabel II la Plaza Mayor recuperó bríos e importancia. Su última reconstrucción, la de Villanueva, le confiere el aspecto que le conocemos: con fachadas uniformes, cuatro alturas, en vez de cinco, y un aire neoclásico que no desentona tampoco de su pasado herreriano. En 1880 se restauró la Casa de la Panadería, que lo será de nuevo en 1914, y, entre 1865 y 1935, la Plaza Mayor tuvo quiosco de música y jardines



en el centro. Desde 1927 se celebra bajo sus soportales el mercadillo de sellos; allí me llevó alguna vez mi padre en aquella posguerra de un Madrid de tonos grises, cuando yo era niño a no soltar de la mano.

La Plaza Mayor en mi última visita, ésta de una tarde de septiembre en que las mujeres se arrebuja en las primeras rebecas, sigue siendo feudo de cafés con terrazas, oficina de turismo, alguna librería sin libros, pero con monedas de colección y billetes en desuso en el escaparate; tiendas de *souvenirs* pegadas como lapas unas a otras, el bazar *Mádríd*, una cuchillería toledana y perfumería, en un solo negocio; los sombreros y gorras de la Favorita, el Gran Bazar, la tienda de efectos militares y las lanas de El Gato Negro, que cubren fachada y esquinazo.

Sus diez salidas nos arrojan al juego de un Madrid diverso a cada una de ellas; a mí, me recuerdan a las bocas de Metro, que nos asoman a paisajes inesperados de un Madrid con cascabel un tanto alocado de monumentos, casas y rascacielos. Pero, qué duda cabe, las calles de Gerona, Botoneras, Toledo, Escalerilla de Piedra, Ciudad Rodrigo, 7 de Julio, Arco de Triunfo, Felipe III, La Sal y Zaragoza son entre sí distintas; si he de preferir alguna, me quedo con la primera, calle breve que se llamó antaño de las Vidrieras, portales de la Seda y portal de Santa Cruz. ¡Tantos nombres!

EL METRO

El Metro de Madrid son los bajos de una ciudad que no posee alcantarillas visitables. Por lo general, su ambiente subterráneo enlaza con lo que se da arriba, aunque no siempre. Cada tramo tiene su particular viajero “tipo”, pero abundan los intrusos que rompen el modelo; cada hora del día o de la noche, una concurrencia de personas diferentes, que va desde el obrero matutino que bosteza hasta el mozo quinceañero trasnochador de los viernes metido en la jarana de la plaza con “botellón” Dios sabe dónde. Sabido es, de todas formas, que los escenarios históricos del “botellón” son Alonso Martínez, Barceló y Dos de Mayo.

La señora de Goya, Serrano o Arturo Soria es señora poco viajera en Metro; la de Aluche, Marqués de Vadillo, Carpetana o Buenos Aires, busca asiento, pues hace trayecto largo; Buenos Aires es, también, estación de nuestro ferrocarril metropolitano.

El Metro de Madrid abre a las seis de la mañana y no cierra hasta la 1:30 de la madrugada, cuando los últimos que pululan por trenes y pasillos mueren devorados por

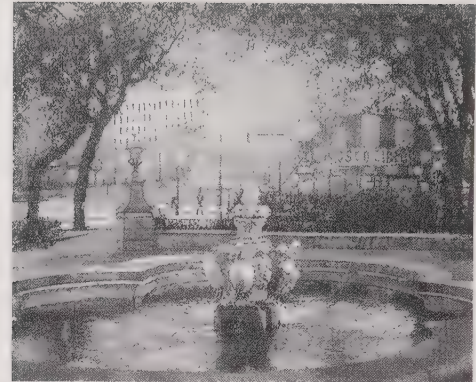
el sueño y siempre hay alguien que pilla el último convoy por los pelos, o quien mira atrás a ver si le siguen.

Desde 1919, ha ido abriendo tramos y estaciones; pero pese a su medio millón de viajeros, tiene fama de poco rentable. Acaso por eso, en 1986 el Ayuntamiento y la Comunidad madrileños se hicieron cargo de la empresa, que era del Gobierno, y el Consorcio Regional de Transportes se ha lanzado a construir desde 1995 desaforadamente túneles, vías, estaciones y kilómetros; si al comenzar la segunda década del pasado siglo había una sola línea con ocho estaciones, en el año 2003 hay, si la cuenta me sale, 156 estaciones en doce líneas y un ramal, por donde el Metro “vuele”; lo de volar es uno de sus eslóganes. A su red se ha sumado finalmente el Mestrosur.

En el Metro de Madrid hay pasillos a donde han metido bares, quioscos de prensa con libros, y revistas, y pequeñas tiendas de ropa, o de “chuches”, televisión en algunos andenes y vagones, los más modernos; cámaras de vigilancia en el control de las taquillas, máquinas automáticas que te sueltan el billete, tornos de acceso que algunos contrarios a pagar pasaje saltan con una cabriola desafiante, publicidad en las paredes, esculturas en algún vestíbulo, unos versos de un poema de José Hierro en Argüelles, una *Tauromaquia* de Goya en la estación de Goya, que el tiempo ha ido afeando, y un mural cerámico de Mingote, que tiene gracia, en Retiro. Ahí, poco más o menos, queda todo, y la Sala de Exposiciones de Retiro, que está en la estación de Retiro, y pareció una propuesta en origen interesante, carece de política artística que la identifique; por lo general, anda vacía e incontinente, a la espera de lo que le traigan.

En el Metro está prohibido fumar en toda la red, por eso han acabado por quitar los ceniceros, que hacían pareja funcional con las papeleras; pero el viajero fumador, excepto en los vagones, fuma a ojos mismos de los empleados metropolitanos, de los que unos fuman y otros, no; a nadie se le ocurra llamarle la atención, puede resultar una aventura peligrosa.

En el Metro de Madrid hay estaciones en curva, averías repentinas que nos anuncian por megafonía, aunque rara es la vez que se les entiende más de lo de “señores viajeros: Metro de Madrid informa”; 145 kilómetros de túneles, muchos pasillos, guardas jurado de distintas empresas, que no acaban de dar con un mismo uniforme de guarda jurado, mendigos que recitan la receta de su letanía profesionalmente, poniendo jeta de circunstancia y exhibiendo fotocopias y certificados de incurable; vendedores de pañuelos, o de CD. piratas, y músicos ambulantes que tocan con permiso, o no, en los vagones. Yo prefiero a uno que va con violín y tiene cara de húngaro triste; pero mi mujer le da medio euro a un trío que me recuerda a los Panchos.



Existen aquí líneas que nadie ha recorrido de principio a donde pone la palabra fin y estaciones por las que uno pasa de dos a cuatro veces cada día durante ochenta y algún años, que es la esperanza media de vida para un mortal de medio pelo en la Villa y Corte.

En el Metro de Madrid no hay lavabos públicos, papeleras suficientes ni azafatas que nos orienten en la discordia de los pasillos. No hay contacto entre los empleados y los viajeros más parlanchines ni acceso para minusválidos, “personas con movilidad reducida”, excepto en la parte moderna, lo más chic de un Madrid que llega hasta el aeropuerto sin soltar maleta y líneas como Ciudad Universitaria-Congosto, o Metropolitano-Pitis. Si se levanta una huelga de limpieza, las cucarachas andan por los vagones y las ratas asoman morro desde el túnel. Pero los túneles de hoy no son aquellos túneles de la Guerra donde Madrid se ponía a salvo de los bombardeos de los sublevados sobre población civil.

En el Metro cada andén tiene una luz distinta, y yo recuerdo la tristeza de Palos de la Frontera, entonces Palos de Moguer, que nos ponía la tensión bajo mínimos en la línea Legazpi-Argüelles; el alma, a los pies de la estatua de Colón, que tanto ha ido cambiando de sitio. Claro es que cuando yo empecé a correr Madrid de punta a punta el alumbrado era a base de bombillas y fluorescentes; no con estas luces frías que lo vuelven todo irreal y como de ciudad futura sumergida bajo el agua o alzada miles de palmos en el Cielo.

Cuando uno sale a la superficie, sorprende darse de golpe con un esquinazo inesperado de Madrid; las bocas del Metro son en esto traicioneras; también, escaleras arriba puede entrarnos un resfrío, por lo del cambio brusco de temperatura. Mi padre siempre me decía eso de «niño, ¡tápate la boca con la bufanda!»; con aquello estaba ya cumplido.

Los pasajeros del Metro caminan por los pasillos más frecuentados a mucha más velocidad que los que lo hacen calle arriba, calle abajo, en superficie, y los conductores de los trenes cierran las puertas de los convoyes a veces con un brazo o pierna fuera de alguien que no llegó del todo; pero ellos jamás tienen la culpa: tocan el silbato y nunca le dan al dispositivo sin mirar, dicen.

Aquí, tu vecino de asiento puede ser un lector de periódico, un niño que pone las botas donde más molesta, un señor con cartera, una nena con escote y la música sonándole en las orejas, un viajero de Malasia, aunque no es frecuente; o alguien con quien tuviste un litigio judicial hace diez años. Pero el Metro carece de la poética de las despedidas y los encuentros a que tan bien se prestan los ferrocarriles, excepto el AVE, que éste ha entrado ya en el mundo ultimísimo de lo más moderno.

FINAL

No se puede visitar Madrid con plano; lo mejor es perderse y no preguntar a nadie, pues uno acaba por salir del atolladero, del laberinto urbano, de las calles estrechas del centro, que tienen algo de secreto inconfesable y olor peculiar a puchero, de cerrazón castiza tal que son como pequeños pueblos enquistados y ropa oreándose, que es la misma o parecida ropa cada martes.

En Madrid, hay vestíbulos de hoteles que merecerían vivir siempre en ellos, ventanas de hospital desde donde se ven jardines o cuánto tuvo Madrid de prado y alameda hermosos, plazuelas por donde el tiempo no transcurre, nadie molesta; y, por el contrario, calles a las que es mejor no volver ni para un recado urgente.

Para tener que irse, mejor no haber llegado, pues tampoco se puede haber nacido en Madrid y un día de viento abandonar la ciudad a su propia suerte de cornisas de casas que se caen y copas de chopos que se duelen.

Si uno mira a la ciudad, la ciudad te mira. Yo tengo la certeza de que el niño que fui perdura junto a un balcón en que mi madre me acunaba para que viera las acacias y que el muchacho que se fumaba los primeros cigarrillos a la entrada de los cines que ya no existen ha quedado, si no en foto, retratado en la memoria íntima de su ciudad, de algún modo, como uno más de tantos madrileños.

Madrid era más Madrid cuando había vacas y lecherías en los entresuelos, trapeeros, puestos de horchata y vecinos que te llamaban por tu nombre. Pero la higiene del progreso nos ha salvado de las cucarachas, de los cortes de luz habituales y de la polio-mielitis.

Ser madrileño obliga a morir con la nostalgia de Madrid, tras haberlo maldecido en vida, y a saber que la ciudad es tan grande que debe de haber docenas de tíos muriéndose al tiempo que te mueres tú.

Madrid es una ciudad que siempre anda de inauguraciones y de mudanzas. Si “Madrid limpio es capital”, nuestro Madrid sucio es la lección de cada día. Pero Madrid es la Villa de las siete estrellas y cada madrileño tocamos a un átomo por cabeza de su polvo cósmico.

GRABADOS













5 MUSEO DEL PRADO



6 EL PRADO Y EL HOTEL RITZ



















14 PASEO DE LA CASTELLANA



15 PALACIO DE LINARES



16 CALLE ALCALÁ



17 SAN FRANCISCO EL GRANDE

































32 CUESTA DE MOYANO



33 PALACIO REAL



34 EL RETIRO



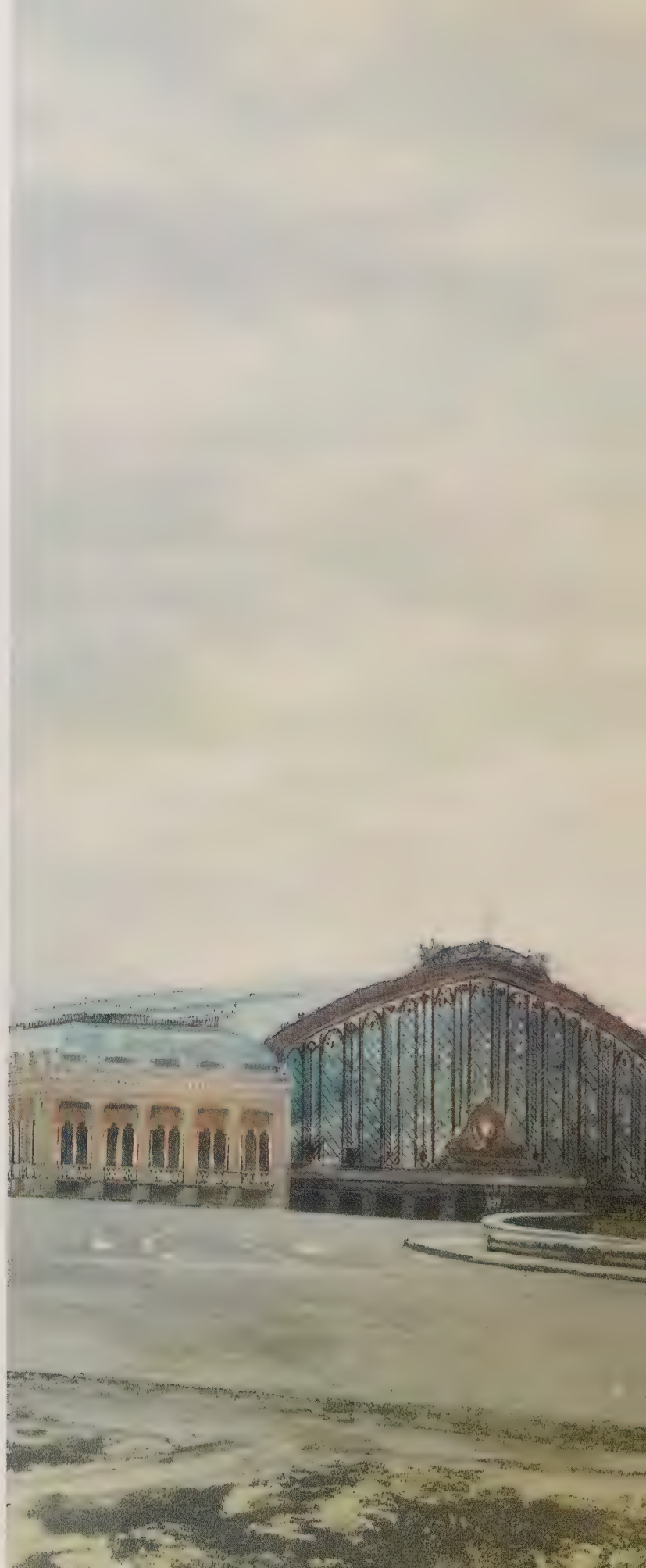
35 EL RETIRO. PARTERRE



























47 ESTACIÓN DE PRÍNCIPE PÍO



48 CALLE BAILÉN. JARDINES DE SABATINI



49 EL RETIRO. ESTANQUE



50 PASEO DEL PRADO. CIBELES























ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Los grabados que aparecen reproducidos en este libro fueron estampados, bajo la dirección del artista, por Juana Ortega, Juan Carlos Arribas y Begoña Ortega. Todas las ediciones han sido limitadas, numeradas y firmadas por el autor y fueron publicadas por Intaglio Obra Gráfica Original, entre los años 1985 y el verano de 2003.



1 ESTACIÓN DE PRÍNCIPE PÍO
Aguatinta y punta seca sobre
dos planchas.
Carpeta: *LA TARDE*



6 EL PRADO Y EL HOTEL RITZ
Aguatinta y punta seca sobre
dos planchas de cobre.
Carpeta: *CIUDAD I*



2 PALACIO REAL
Aguatinta y punta seca sobre
dos planchas de cobre.
Carpeta: *MAGERIT II*



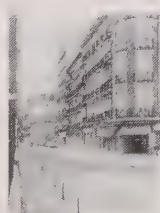
7 HOTEL RITZ
Aguatinta y punta seca sobre
dos planchas de cobre.
Carpeta: *ÁMBITO*



**3 PANORÁMICA DESDE LA
MONTAÑA DE PRÍNCIPE PÍO**
Aguatinta y punta seca sobre
dos planchas de cobre.
Carpeta: *MAGERIT II*



8 EL RETIRO
Punta seca sobre una plancha
de cobre.
Carpeta: *ÁMBITO*



4 CALLE BARQUILLO
Aguatinta y punta seca sobre
dos planchas de cobre.
Carpeta: *MAGERIT III*



9 EL RETIRO
Punta seca sobre una plancha
de cobre.
Carpeta: *ÁMBITO*



5 MUSEO DEL PRADO
Aguatinta y punta seca sobre
dos planchas de cobre.
Carpeta: *CIUDAD I*



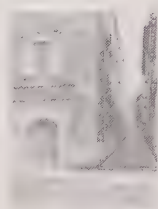
10 CUESTA DE MOYANO
Aguatinta y punta seca sobre
dos planchas de cobre.
Carpeta: *LA TARDE*



11 ESCUELAS PÍAS
Aguatinta y punta seca sobre
dos planchas de cobre.
Libro: *MIRAR MADRID* (1992)



12 PLAZUELA DE SAN JAVIER
Aguatinta sobre dos planchas
de cobre.
Carpeta: *MEDIODÍA*



**13 CASA DE CISNEROS. CALLE
SACRAMENTO**
Aguatinta sobre dos planchas
de cobre.
Carpeta: *MAGERIT III*



14 PASEO DE LA CASTELLANA
Aguatinta sobre un plancha de
cobre.
Carpeta: *CIUDAD XII*



15 PALACIO DE LINARES
Aguatinta sobre una plancha
de cobre.
Libro: *MIRAR MADRID* (1992)



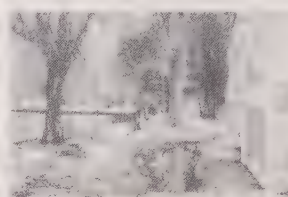
16 CALLE ALCALÁ
Aguatinta sobre una plancha
de cobre.
Libro: *MIRAR MADRID* (1992)



**17 SAN FRANCISCO EL
GRANDE**
Aguatinta y punta seca sobre
una plancha de cobre.
Libro: *MIRAR MADRID* (1992)



18 CUESTA DE LOS CIEGOS
Punta seca sobre dos planchas
de cobre.
Carpeta: *ÁMBITO II*



**19 EL RETIRO. FUENTE
EGIPCIACA**
Aguatinta y punta seca sobre
dos planchas de cobre.
Carpeta: *MAGERIT II*



20 EL RETIRO
Aguatinta sobre tres planchas
de cobre.
Carpeta: *MAGERIT IV*



21 PASEO DE RECOLETOS
Punta seca sobre dos planchas
de cobre.
Carpeta: *MAGERIT*



22 PLAZA DE LA CIBELES
Punta seca sobre dos planchas
de cobre.
Edición especial



23 PASEO DEL PRADO.
CIBELES
Punta seca sobre dos planchas
de cobre.
Carpeta: *ÁMBITO II*



24 EL RETIRO
Punta seca sobre dos planchas
de cobre.
Carpeta: *ÁMBITO II*



25 PLAZA DE CANALEJAS
Aguatinta sobre dos planchas
de cobre.
Edición especial



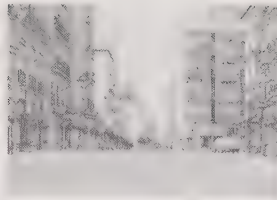
26 HOTEL PALACE
Aguatinta sobre dos planchas
de cobre.
Carpeta: *CIUDAD II*



27 CALLE ANTONIO MAURA
Punta seca sobre una plancha
de cobre.
Carpeta: *ÁMBITO*



28 CALLE ANTONIO MAURA
Punta seca sobre una plancha
de cobre.
Edición especial



29 CALLE MAYOR
Aguatinta sobre tres planchas
de cobre.
Carpeta: *MAGERIT VI*



30 PANORÁMICA DESDE EL
PASEO DE LA FLORIDA
Aguatinta y punta seca sobre
dos planchas de cobre.
Libro: *MIRAR MADRID (1992)*



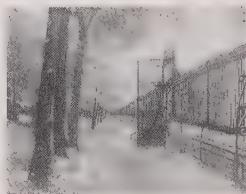
31 ERMITA DE SAN ANTONIO
DE LA FLORIDA
Aguatinta y punta seca sobre
dos planchas de cobre.
Libro: *MIRAR MADRID (1992)*



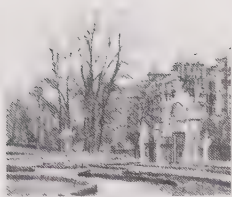
32 CUESTA DE MOYANO
Punta seca sobre una plancha
de cobre.
Libro: *MIRAR MADRID (1992)*



33 PALACIO REAL
Punta seca sobre una plancha
de cobre.
Libro: *MIRAR MADRID (1992)*



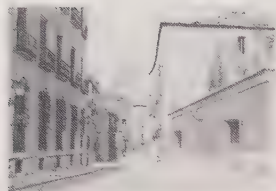
34 EL RETIRO
Aguatinta sobre una plancha
de cobre.
Carpeta: *CIUDAD XII*



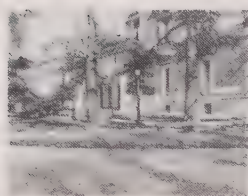
35 EL RETIRO. PARTERRE
Punta seca sobre una plancha de cobre.
Libro: *MIRAR MADRID* (1992)



36 CUESTA DE MOYANO
Punta seca sobre dos planchas de cobre.
Carpeta: *AMBITO II*



37 CALLE SACRAMENTO
Aguatinta sobre dos planchas de cobre.
Carpeta: *MEDIODÍA*



38 MUSEO DEL PRADO
Aguatinta sobre tres planchas de cobre.
Carpeta: *MAGERIT IV*



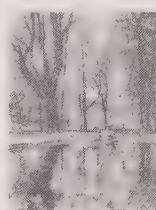
39 ESTACIÓN DE PRÍNCIPE PÍO. VÍAS Y CASETA
Aguatinta sobre tres planchas de cobre.
Carpeta: *CAMINOS II*



40 PALACIO REAL
Punta seca sobre dos planchas de cobre.
Edición especial



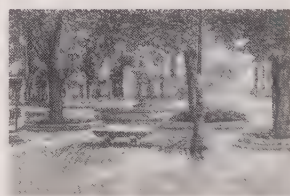
41 PASEO DE LA CASTELLANA
Punta seca sobre dos planchas de cobre.
Carpeta: *MAGERIT*



42 EL RETIRO
Aguafuerte y aguatinta sobre una plancha de cobre.
EDICIÓN ESPECIAL



43 GLORIETA DE CARLOS V. ATOCHA
Aguatinta y punta seca sobre dos planchas de cobre.
Libro: *MIRAR MADRID* (1992)



44 PASEO DEL PRADO. CUATRO FUENTES
Aguatinta sobre una plancha de cobre.
Carpeta: *MAGERIT II*



45 CATEDRAL Y VIADUCTO DESDE LAS VISTILLAS
Aguatinta y punta seca sobre dos planchas de cobre.
Libro: *MIRAR MADRID* (1992)



46 LA CORRALA
Punta seca sobre una plancha de cobre.
Edición especial: *ARTELEMA*



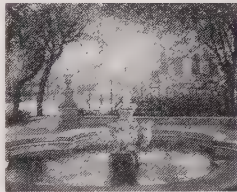
47 ESTACIÓN DE PRÍNCIPE PÍO
Aguatinta sobre una plancha de cobre.
Carpeta: CIUDAD XII



48 CALLE BAILÉN. JARDINES DE SABATINI
Aguatinta y punta seca sobre una plancha de cobre.
Libro: MIRAR MADRID (1992)



49 EL RETIRO. ESTANQUE
Aguatinta y punta seca sobre una plancha de cobre.
Libro: MIRAR MADRID (1992)



50 PASEO DEL PRADO. CIBELES
Aguatinta sobre una plancha de cobre.
Carpeta: CIUDAD XII



51 VIADUCTO
Aguatinta y punta seca sobre dos planchas de cobre.
Carpeta: VISTAS DESDE EL PARQUE



52 RÍO MANZANARES
Aguatinta sobre dos planchas de cobre.
Carpeta: CIUDAD II



53 PASEO DEL PRADO
Aguatinta y punta seca sobre dos planchas de cobre.
Carpeta: CIUDAD I



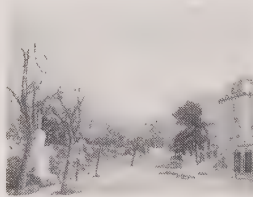
54 FUENTE DE APOLO
Aguatinta sobre una plancha de cobre.
Edición especial: BANCO DE CRÉDITO LOCAL



55 RÍO MANZANARES
Aguatinta y punta seca sobre dos planchas de cobre.
Carpeta: CIUDAD I



56 MUSEO DEL PRADO
Aguatinta sobre tres planchas de cobre.
Carpeta: MAGERIT VI



57 MUSEO DEL PRADO
Aguatinta sobre tres planchas de cobre.
Carpeta: MAGERIT VIII



58 EL RETIRO. ESTANQUE
Aguatinta sobre tres planchas de cobre.
Carpeta: MAGERIT VIII

MADRID

"There was a time when life itself was a romance, when living and poetry aspired to be one and men to be poets. The courts of the Spanish monarchs, lords of the Indies, were laden with delights and marvels, and Madrid was the city of gardens and fountains.

"Shady and leafy, the Cuesta de la Vega plunged down the western part of the city to meet the river by the little copse which, in the eighteenth century was called the Paseo Nuevo de la Corte, and where the Virgen del Puerto chapel was raised at the behest of the Marquis del Vadillo. Alongside stretched the wooded Campo del Moro while, on the opposite bank of the Manzanares, the Casa de Campo formed a sumptuous boundary to the city. The Príncipe Pío hill began at the end of Calle Nueva and, from the Gilitos convent, reached as far as San Bernardino on the one hand and then the Florida and Moncloa. The poplar groves of the Huerta del Bayo marked the southern edge of Madrid while, to the north, splendid pine woods came even as far as the Santa Bárbara gate. The eastern side likewise provided the capital of Spain with a worthy boundary, namely that huge park of art and pleasure known as the Buen Retiro."

(Pedro de Répide. "The Buen Retiro", *The City of the Seven Stars*, Madrid, 1923)

AN EXPLANATION FOR MADRID

Madrid rises 2,150 feet above sea level at its mid point, the Puerta del Sol. Apart from being the historical centre of the Spanish capital, the Puerta del Sol is supposedly its physical centre though no one knows where the city's actual centre is to be found nowadays while the geographical centre of the peninsula, the Cerro de los Ángeles, lies eight and a half miles from the city.

When I was a child I was struck by the fact of being over the sea and not seeing it down there at my feet. It was like naming God who, as we know, is invisible to human eyes and not being able to find God anywhere. What really did seem odd to me was that Madrid, despite not having a sea, nevertheless had a beach, that Madrid Beach alongside the Manzanares and which had been opened in 1932, the year in which the "madrileños" suffered a spell of bitterly cold weather and were presented with the divorce law, the first of its kind

in Spain and which brings back memories of the gassy drinks La Casera or La Revoltosa and El Águila beer in evenings which seemed to herald the mid-summer heat, although the Madrid Beach that I visited in days gone by was a Francoist imitation of the genuine article which, like so many other things, had been swallowed up by the Civil War. In 1947 it was called the Iron Gate Sports Union Park, and I never liked it.

There was also a beach, though by name only, on the odd numbers side of the Paseo de Recoletos with shady trees and folding chairs that were hired out to the "madrileños" who came to hear Mass at St. Pascual's church and had time to kill before lunch. I only know this one by hearsay since it has long been consigned to the newspaper libraries, although on the site there remain a false river and a line of fake columns.

Madrid should be seen in August when half of the city is away and the other half is having a siesta, only coming out at night to dine in Las Vistillas, pay a visit to

the fairgrounds or to freshen up their livid urban complexions on the café terraces up the Castellana, wherever it suits them.

The height of the city over sea level is variable. Parts of its 234 square miles are higher than others, and between living in Hortaleza or Chamartín and living in Vallecas or Carabanchel Bajo the altitude varies by as much as 230 feet. Furthermore, although we are at an altitude of just over 1,455 feet on the Tagus plain, in villages such as Santa María de la Alameda or Somosierra the Madrid region climbs to 4,659 and 4,705 feet respectively, while the highest point in the Madrid region, Peñalara Peak, reaches a height of 7,966 feet.

However there is no record of such a variable altitude having caused fluctuations of temperament in those who live in Madrid, or in those who look towards the Sierra or in those who look towards the Meseta. It simply has a good or bad effect on the climate which, in the city itself, varies by about four or five degrees Celsius from one end to the other.

There is, moreover, another kind of height of a more urban and noticeable nature in that some people are unable to live in an attic, on a top floor or high up in a tower block while, on the other hand, there are others who cannot stand the bottom floors down there at ground level. This does give character, one becomes accustomed to gazing upon the city from the balcony of one's home.

As far as I was concerned, my two outside windows in a fourth-floor flat with no lift at what was then number 138 Calle de Embajadores allowed me to see, and remember, Madrid from a vantage point that was neither too high nor too low with regard to the capricious horizon of a childhood spent in growing pains. It was neither too far away nor overwhelmingly close, since I could observe the passers-by as I pleased while their faces were blurred. I would pick up the bustle of that acacia-festooned street, which is still a stranger to noise with its unfulfilled aspiration to be an avenue, but I never delved into the conversations because, although the voices reached me, the finer details remained inaudible.

During that long, interminable post-war period we youngsters could still find open spaces in which to play at knucklebones or tossing coins and there were still weeds, stones and the odd unexploded bomb left over

from the last assault by the military bent on saving the country, I mean of course the one that took place the summer of 1936. I hadn't been acquainted with it, but I did find out at an early age that the Civil War had turned Madrid into a different Madrid, a city for the winners, and even more so for the losers and, whether you want to or not, you inherit the city that has been bequeathed to you.

Madrid hasn't got a sea but nearly every sea has its name here: the Adriatic, the Yellow Sea, the Baltic, the Caspian, the Aral Sea, the Bering Sea, the Sea of Japan, the Kara Sea, the Caribbean, the Gulf of Oman, among others. Like the Mediterranean, some even attain the status of a major avenue while others, such as the Crystal Sea become roundabouts where cars manage to squeeze into the rectilinear arteries of the latest version of Madrid.

You can't see the sea from Madrid, which is why the people from hereabouts are so keen to bring Alicante and Valencia a shade closer every year to the edge of our high plain anchored in the geographical centre of all of us.

Blue skies may well be something of a landscape for the flight of seagulls, although there aren't any here. Madrid has got pigeons which, just like the "madrileños" themselves, change their district from generation to generation or else stay put in the same old squares. There are travelling pigeons or pigeons rooted to their surroundings. The little old lady that feeds them and the sparrows is the same little old lady –somewhat pale, somewhat crazy, and a widow and pensioner to be exact– who, after arousing the affection of a hundred or so cats in the ruins of some big old house, also comes here to have her photo taken. Madrid, after all, is a meeting place for little old dears, pigeons and cats.

In actual fact, the pigeons are so numerous that they have become a "real urban plague". «They block the drains, get stuck in the pipes and die anywhere», said Miguel Ángel Muñoz Flores, chairman of the Madrid Association of Estate Managers, in the ABC Housing Supplement on 19 July 2002.

Perhaps something similar is happening with the cats.

No one really knows why we "madrileños" have been tagged with the nickname of "cats" though it's true that the cat –I mean the domestic puss not the wild variety–

is very much an urban animal. Madrid's heraldic animal ought to be the cat not the bear.

If we are to believe the legends, Cardinal Cisneros gave the *Gran Capitán* a pair of boots made from the skin of a Spanish wild cat and which were reminiscent of those worn by Charlemagne himself. Nonetheless, we get the "cats" nickname rather from the grace with which Alphonse VI's Castilians climbed the walls of *Magerit* in 1083 in order to take it from the Moors, as a result of which the Alcázar fell to the Christians who threw the Arabs out even as far as the Vistillas hill itself. This was when Toledo was Toledo and *Magerit* a somewhat insubstantial place.

It would be a different kettle of fish to talk about "chisperos" and "manolos", the smart guys of a Madrid that doesn't really go in for modernity.

We cannot overlook the fact that San Isidro is the patron saint of Madrid and Saint James the patron saint of the centre of all the Spains. Had these devotional and religious criteria not prevailed, then a lay outlook might have chosen Lope de Vega, Velázquez or Francisco de Goya; or better still Miguel de Cervantes who, in 1605, gave the first edition of his *Don Quixote* to Juan de la Cuesta's Madrid printing press at a time when Philip III still resided in Valladolid. They were not saints and yet, why can't we have a patron saint who is not actually a saint?

Ours not to reason why, and we "madrileños" shouldn't involve ourselves with such municipal trifles.

San Isidro is not alone. The Virgin of Atocha is the patron saint of the Court, though I don't know if this is due to her being Madrid's oldest Virgin or because Philip II himself went to sing the Salve to Our Lady of Atocha every Saturday, a pious custom that created a tradition among the Spanish monarchs. We also have the Virgin of the Almudena, the female patron saint of Madrid, and both of them are revered in the Town and Court as Madrid is popularly termed. Then there is the Virgin of the Dove who is certainly no slouch as far as worship is concerned. Our Lady of the Dove, who was decorated by the Madrid City Council in 1995, is also the patron saint of the city's firemen while the good lasses of Madrid place themselves in her hands during childbirth. Where there are saints there are sinners and Luis Candelas Cagigal, which was how our Luis Candelas used to sign, is the bandit worshipped in these parts.

To say Madrid is to say everything and to say nothing. During the Spanish Golden Age, Pedro Calderón de la Barca coined the slogan "Madrid, the home of everyone"; Mesonero Romanos gave a new meaning to the term "castizo"; Pérez Galdós, in his *National Episodes*, came up with the famous rallying cry of "No pasarán!" and Antonio Machado, who was a teacher as well as a poet, called it "the breakwater of all Spain". Then, to loop the loop, Ramón Gómez de la Serna, or simply RAMON, invented a Madrid that has never existed and never will exist; what he did was to put Madrid through the sieve of literature in its purest state.

The crystalline air and excellent water are the two good clichés attached to Madrid. Not for nothing did Matrice, a name to be found in our remote beginnings, refer in the seventh century to an almost inexhaustible spring just here on the banks of the Manzanares and, before undertaking agricultural work, San Isidro set about digging artesian wells whose waters, the Saint's waters, were found to have wholesome qualities.

Madrid cannot be explained. It is a very wide and deep sea many hundred feet above sea level.

ODD OR EVEN NUMBERS. A THEORY FOR MADRID

Madrid is made up of similarities and differences. There are streets or squares that appear to be the doubles of others we have just passed, while there are squares, alleys and avenues whose singularity, rather than peculiar, makes them unique.

If we look closely it is true that Madrid occurs in pairs, two by two, or attains a threesome which always means bringing an outsider into the dispute. It joins up with itself as best it can, thus allowing comparisons which are not always odious. I don't know whether this is due to a mere lack of imagination or to the fact that the city, as it moves away from the centre, repeats itself more than a sunset. The "La Paz" hospital, which sports the title of "Health City", and the Clínico, Gregorio Marañón and Doce de Octubre hospitals are all very similar both inside and out, and the health centres all appear to be designed in a Cuban, or at least tropical, style. The same thing happens with the Inland Revenue

offices, banks, police stations, big shopping centres and supermarkets in the newest districts, which are repeated over and over. It's all very aseptic and functional.

Ramón Gómez de la Serna was of the opinion that Madrid is largely made up of mimetic places whose edges overlap, almost coinciding, and of squares that repeat themselves without interruption. In his *Madrid Nostalgia* he came up with the expression "Siamese squares" to describe Plaza de la Provincia and Plaza Santa Cruz, and the term "the two sister streets" in reference to Calle del Príncipe and Calle de la Cruz, as well as abounding in the differences and similarities between the two parallel streets Hortaleza and Fuencarral. If we wish, we can take a leaf out of his book.

In his case, moreover, it was a question of being very observant and of spending hours watching the world go by, strolling around the squares with pen or pencil at the ready alongside his notebook, of climbing the steep slopes without losing heart and slipping round every street corner, not to mention of eating all the little coiled fish on offer in the city's cheap restaurants.

Fuencarral fraternises easily with Gran Vía which, in its turn is the rival of Calle Mayor in the big street stakes. Alcalá and López de Hoyos are almost alike as regards length; the Cibeles fountain is smarter than Neptune fountain, and they have respectively become opposing playgrounds for the hooliganism of Real Madrid and Atlético fans whose destructive penchant when in a state of euphoria ought to be paid for by their parents, dam it all! Madrid, taken as a whole, is indeed a Town and Court, it has something of a big, slow heavy village though it is all the time getting more monarchic and more of a city. People don't say hello to each other - not even in the lift in their housing block.

Looping the loop of duality there is a President of the Madrid Regional Assembly which governs this single-province region, and then there is a Mayor of this big city Madrid. The two of them traditionally don't mix even though they might get on well together and, when it comes to governing, who's responsible for what?

But if the high-rise blocks in the Plaza de España, Madrid's two nineteen-fifties skyscrapers which the Franco regime stick-in-the-muds found so offensive, those in Columbus Square or the KIO towers themselves come in pairs, if each street has two pavements, even

though the right-hand side might be lined, let's say, with hatters and the left-hand side with bars and a gymnasium; and if every year in Recoletos there are two old and second-hand book fairs, in May and October, there are things that only come in ones, such as the Prado Museum, or in threes, such as the original sections of the Gran Vía and which end up becoming a single length.

Madrid's plurality is astonishing for those who come from outside but the average "madrileño" is not surprised that, until recently, we had two bull-rings, the Monumental de las Ventas and the "little one" at Vista Alegre which was finally converted into rubble in 1995; that we have three flagship squares, namely the Puerta del Sol, the Plaza Mayor and the Plaza de España; three football teams, Real Madrid, Atlético and Rayo Vallecano; three big national newspapers, ABC, *El País* and *El Mundo*, and a city with such a dual nature that it is both male and female rolled into one. The fact is that, on the one hand, Madrid is retiring, welcoming and somewhat reminiscent of a provincial capital while, on the other hand, is a fearsome bear that growls and shows its claws for no reason whatsoever.

ARRIVING IN MADRID

Madrid is the Spanish Rome: all roads lead to it. One arrives in Madrid by car, by train, by express coach and, more and more frequently, by plane.

Those who come to Madrid clearly arrive with the aim of conquering the capital, then most of them settle down and lose their alien characteristics, even the somewhat uppish petulance of the bossy provincial landowner or the rustic's coarse, surly stubbornness; although "rustic" is an unpleasant and rather rough term which almost makes us forget the time when ours was a farming town only a short walk from the countryside. Indeed, Madrid always boasted of being surrounded by a mountain landscape with pine trees, oak and beech groves, hazel trees and holly that ensure a good supply of oxygen, but the city is also but a stone's throw away from the high Castilian plateau and the flatlands of the Tagus basin.

In the Cava Baja there still remains something of the old Madrid with its taverns and inns with their ancient

doorways and poky little windows not to be looked through, coopers' shops devoid of barrels because the heirs didn't follow the trade, and stagecoach stops at the very doors of the inns. This is the main street of a Madrid whose aim was to be only a village, albeit a big one. However, it competes for this honour with a street that is no less typical or plebeian, namely the Calle de Toledo where the painter Alejandro Santamarina lives like a leisurely prince up in his attic.

This street between two squares, Puerta Cerrada and the Humilladero, neither of which outdoes the other in importance, was where the stagecoaches from the south and west used to unload their passengers, who did not actually enter Madrid since rarely did they venture as far as the Plaza Mayor, not to mention the Puerta del Sol. In addition the Calle de Toledo, and to a lesser extent Montera, Segovia, San Bernardo, Tudescos, Postas, Alcalá and other streets, provided board and lodging facilities for a town with an ever growing population.

The Cava Baja, once a ditch for waste water, ravine, pond and sewer in one, as well as Madrid's outlet at the foot of its walls, was where the servant girls fresh from the villages used to congregate, along with idling soldiers who would pinch them and make naughty remarks; the odd muleteer; wiry, black-clad old women whose complexions, burnt by the sun, reflected half a life spent on the threshing floors, as well as innumerable peasants from the outlying lands who would come to sell wheat, wine or trade their mules.

These latter were two-bit farmers who came to purchase sieves, seeds, esparto, a stick of sweets or, every ten years, half a dozen coarse pieces of cloth to make skirts. They would stop at the inns where they would eat tripe or slices of cod and drink wine of up to 18 degrees proof straight from the skin. Some of them would leave with their loads in the early evening in covered wagons or, better still, in the stagecoaches that served La Granja, El Escorial, Torrelaguna, Villaviciosa de Odón, San Martín de Valdeiglesias or Brunete while others, because they had to go further, or in order to stay for the Thursday horse fair at the market in the Paseo de los Pontones and which had formerly been held at the Rastro square, would spend the night in taverns or inns accompanied by grime, chickens, mules and geraniums.

The regular stagecoaches for Salamanca, Badajoz and Lisbon, Jerez and La Serena used to leave from the very

doors of the Dragon inn, Eggs tavern or Ocaña lodging house. These were long and uncomfortable journeys.

This Madrid, so often wearing esparto sandals, that used to come in over the Segoviana Bridge and continue through the Plaza de los Carros, the Puerta de Moros and the Plaza del Humilladero has disappeared without leaving any trace. The stagecoaches gave way to the post-war buses, those ramshackle trucks that expired among ancient, overheated engines and burst tyres that had been retreaded over and over again in an attempt to stop the air leaking out, then after these and one or two attempts to improve the services without, however, going too far in the pursuit of modernity, local colour of the most picturesque kind has condemned the Cava Baja de San Francisco, as it was called until 1835 when it was shorn of its saint, to fulfil the role of a street full of typical taverns and inns with one or two excellent restaurants.

Arriving in Madrid does not mean passing through but to stay, to sit on the benches in the Retiro as though one were never going to get up again, to wander the streets with the aim of remembering every detail for ever, to gaze at the Madrid sky and to find that there is a lot to see in Madrid by following the line of cornices and roofs.

The railway is the number one form of transport in the Spanish capital, and the train stations bring about such a state of melancholy that some people go there just to be miserable. However, now that the halls are separate from the platforms everything is more aseptic, and people can spend the pre-journey time looking at shops or sitting on seats that are still uncomfortable and provisional. Even those travelling on the AVE, the most luxurious luxury among Spanish trains, are able to spend their waiting time in the tropical hothouse of the old Atocha with the result that, sometimes, in this landscape implanted over the corpse of the southern station, you don't really know where you are. My mother goes to this exuberant floral garden designed for RENFE by the architect Rafael Moneo and kept at a stable temperature of twenty-four degrees centigrade, but she never goes to watch the trains.

When I was a child I used to watch the trains and Diesel or coal-fired locomotives in Railway Street. They would cross it far below the two pavements, but in the open air, as they came from Delicias station, slowly at

this point as if they wanted us to gaze upon them at our leisure. These were the steam goods trains of the poor Spain, a Spain whose first railway was not built here, on the Peninsula, but in Cuba long before the Disaster. But the blackmarketeers, who had suddenly become rich under Franco's peace, no longer transported their wares in the luggage holds of third-class carriages, nor did they drop sacks of potatoes, oil, tobacco, sausage and sugar on the roads leading into Madrid in order to earn a few coppers by calming our hunger. They were now the first entrepreneurs devoted to more palatable forms of business.

The atmosphere around Calle Delicias and Calle Atocha is one of modest travellers, bars offering Spanish omelettes and portions of squid, which we'll come back to later. No matter that Delicias station, the oldest in Madrid, closed in 1971 and that the new Atocha is in Avenida Ciudad de Barcelona, which means looking elsewhere instead of towards Charles V Square. What was still is, and the air still retains a discrete smell of fried grub while pedestrians cross under the square. The Scalextric flyover that was built in 1968 and pulled down in 1986 recalls a Spain which dreamt of rising up to touch the roof of Europe with its airs of an empire without Charlemagne and of a monarchy without a king. A Spain that had not yet invented the "botellón" or street binge drinking, but which consumed its wine out of carafes that were easy to fill up again, a Spain where no one shaved their head in order to be bald, but where most people went about capless or hatless under the burning August sun or in winter weather that froze you to the bone. We children were deficient in calcium.

As one goes up towards Recoletos, Nuevos Ministerios and the final section of the Castellana, that provisional sensation of a restless flow of somewhat absentminded people gradually disappears, and yet, on the big north-south axis of Madrid's railway system, Chamartín station and the intermediate Nuevos Ministerios and Recoletos stations are no less important than the refurbished Atocha. This latter station has become the capital for the local trains with 800,000 commuters a day using its ten platforms on their way to whatever they do.

By road, the people of Madrid escape to other worlds by means of its five major dual-carriageways leading to Burgos, Barcelona, Valencia, Andalusia and Extremadura,

and one motorway which goes to La Coruña, now A Coruña on the road signs, though I don't know why. The ring roads M-30, M-40, M-45 and the sections of the M-50 that have been constructed are no more than patches sewn onto a city with a lot of cars. In the fight to arrive, rarely to go away, the roads take their toll.

Coach travellers always did without the magic of sleeping cars and restaurants, eager for the adventure that each one invents upon returning. Unlike rail travel, theirs are journeys lacking in history and a touch of legend; perhaps a love with whom one never coincides.

The Southern Bus Station which, as from the nineteen-seventies, was in Calle Canarias, was very much the big depot of an up-and-coming Madrid that never made the final leap. To a lesser extent, the companies Auto-Res, La Continental, Empresa Ruiz, la Sepulvedana or Larrea set up their stalls in the Avenida del Mediterráneo, the Avenida de América, the Ronda de Atocha, Palos de la Frontera, which was then called Palos de Moguer, and around the Plaza de España. For whatever reason their users –a term that fits like a glove– were less elegant, but noisier and yet conformist. No one complained about anything, not even about the potholes or the rowdy music blaring through the loudspeakers to please the driver. If they did there would be almost a lynching, a mutiny like that of the Marquis of Esquilache though without any long cloaks.

As far as air traffic is concerned, talking about our airport is to say a lot. It was planted, back in the nineteen-thirties, in an eroded desert like in Chad or Ethiopia but right on the edge of the town of Barajas, in other words seven and a half miles from the Puerta del Sol, and the successive extensions to it are proving insufficient. However, constructing an underground rail link between the airport and the rest of the capital has been one of the success stories of democracy, and now several lines are full of uncomfortable intercontinental travellers ready to hit us with their bags and suitcases right where it hurts. Let's not forget, however, that Barajas has officially belonged to Madrid since 1950, being district number twenty-one of the twenty-one that make up the capital of Spain.

Today, as always, those arriving in the capital are in urgent need of finding accommodation, but don't have recourse to just any of the 140 hotels, 30 hotel apartment blocks or 330 hostels registered in Madrid

because the cost of a lengthy stay there is prohibitive. Things being as they are, everyone does as best they can.

Outsiders who don't want to spend a lifetime being outsiders seek a tidy accommodation for stable travellers, board, just a bedroom if they have lunch and dinner out; a room "with cooking rights". In the post-war period renting was common practice for hard-up families or newly-weds; flat sharing, a student formula for those unsuited to halls of residence as well as for young, unmarried provincial ladies; the recourse of putting a lot –nobody knows how many– into wherever, which is the solution favoured by immigrants from Ecuador, the Dominican Republic, Peru, Puerto Rico, Cuba and from all the countries of Africa whose names I can't rhyme off. Then there are the Asians who hide in the back rooms of "everything for 60 cents" shops or Chinese restaurants; the Poles, Russians and Rumanians who glory under the name of Europeans, albeit the eastern variety; poor people 'who' are changing Madrid's old central districts into towns alien to our city. We're going to be saddled with another typical trait, that of being insiders yet strangers among those who, without being bloody-minded about it, are strangers to us. However, we "madrileños" are not racists by nature, we just want to be loved by droopy-eyed blonde mermaids.

OUR DISTRICTS. OUR STREETS

To talk about districts is perhaps a cold and clinical way of viewing Madrid, though sufficient for urban planners, architects and historians to keep the map of our city in order. Everything is different on paper.

The local districts and "barrios", however, are what possess true identity, popular fiestas with garlands and wenches who are the daughters four or five generations down of a Madrid in which the women carried pitchers on their heads and wore starched skirts. The very names of some streets also suggest something representative, evocative and magical: Embajadores, Toledo, Bailén, Fuencarral, Bravo Murillo, General Ricardos, Santa Engracia, Núñez de Balboa although, as far as Alcalá or López de Hoyos are concerned, the thing acquires bigger connotations as both of them secretly dispute the honour of being the longest street in Madrid, and every section of them has its own sentiments and local pride.

The Calle de Alcalá is the Madrid street. Rafael Flórez, in his book *Madrid*, calls it the "matron" street and, after all, it is indeed the street with the thoroughly abused goddess Cybele despite the fact of the statue having its own square.

Alcalá was the "Gran Vía" of Hapsburg Madrid, a street typical of a big Castilian town, rich, wide and lined with sumptuous mansions that put the Calle Mayor in the shade.

For a few years in the nineteenth century this latter was called Duque de las Victorias in honour of General Espartero during his lifetime, between 1840 and 1843 and from 1854 to 1856. It then recovered its former name never more to lose it.

Madrid's most representative street begins in the Puerta del Sol and extends as far as where the Cross of the Fallen –we don't really know from which side– stood until not very long ago, between Hermanos García Noblejas and Arturo Soria. It was originally the way out of Madrid towards Alcalá de Henares and, because there was an olive grove in its first section during the time of the Catholic Monarchs, this was called Calle de los Olivos. The second section, which went from Cibeles Square to the Puerta de Alcalá was called Calle de Pósito, or Granary Street, owing to there having been a grain warehouse there. The next section, from the Puerta de Alcalá to the Venta del Espíritu Santo was the Venta or Aragon road.

Failing to mention it in a book on Madrid would be a serious crime, though perhaps the most amusing thing is that it is no longer the haunt of flower girls offering spikenards, or of sheep running about among the cars as this is part of the transhumance route.

Like López de Hoyos, the former Hortaleza road, but unlike other streets such as Serrano or Velázquez which seem to have an owner, the Calle de Alcalá is everybody's street. It goes beyond what used to be parishes and quarters and which today are "barriadas", "barrios", districts and marginal townships such as el Salobral in Villaverde; and cities within the city like AZCA or even our begin commercial centres, which I won't mention by name, and hospitals: Ramón y Cajal, la Paz, Gregorio Marañón, the Clínico.

Madrid, historically, was divided into three parishes in the sixteenth century, into quarters midway through seventeenth and these, in 1898, became districts. At the

present time there are twenty-one of these and, in their turn, they contain 128 “barrios” and about 12,000 streets. The districts are: Centro, Arganzuela, Retiro, Salamanca, Chamartín, Tetúan, Chamberí, Fuencarral-El Pardo, Moncloa-Aravaca, Latina, Carabanchel, Usera, Puente de Vallecas, Moratalaz, Ciudad Lineal, Hortaleza, Villaverde, Vallecas Villa, Vicálvaro, San Blas and Barajas, in that order, although it’s irksome to rhyme them all off. The truth is that the districts Centro and Arganzuela have eventually become so much a part of us as Chamberí, Tetuán or Salamanca, the latter a modernish Madrid that appeared in the second half of the nineteenth century.

“Barrios” such as Lavapiés, Maravillas, Barquillo, Argüelles, the Madrid of the Hapsburgs or Chamberí are the ones which the true “madrileño” understands as Madrid whereas from the others –modern, noisy and already letting water in– one has to “go down” or “go up” to Madrid.

As we leave the centre, Madrid gradually loses its character as a historical, monumental city and other values start to appear, in other words modern, peripheral urban planning and agglomerations, or the remains of what until recently used to be countryside or a rural environment are still to be seen in Vallecas, Villaverde, Barajas Hortaleza and Moratalaz. On the other hand, the deeper we go into the core of Madrid, the city shows us its stumps and broken bones with painful naturalness.

THE PUERTA DEL SOL

The Puerta del Sol or Sun Gate is a false gate through which one neither enters nor leaves, neither does it protect Madrid or keep people out. The entrance by this, most easterly, edge ceased to have this function in 1570, nine years after Philip II made Madrid his Court, and the Puerta del Sol remained only a square, though one which is not called a square but a gate which, as we have said, it isn’t.

It is served by ten streets, namely Mayor, Arenal, Preciados, Carmen, Montera, Carretas, Alcalá, Espoz y Mina, Correo and Carrera de San Jerónimo. Of these, Carmen and Preciados are pedestrian-only streets used by a whole variety of parcel-laden provincial ladies or “madrileñas” with no obligations and who would

formerly share their morning leisure hours between the defunct Galerías Preciados and El Corte Inglés, two department stores with the air of ultramodern bazaars and which, in the nineteen-sixties, did not conceal their backgrounds as simple tailors’ with possibilities of getting on in life. It was there, facing the Calle Preciados, that the original gate possibly stood, the primeval Puerta del Sol; although the majority opinion maintains that this gate, not recorded before 1478, faced the Carrera de San Jerónimo, Madrid’s true sun street.

As it stood originally Madrid boasted only two gates, the Vega and Sagra gates, both of which were put up in the ninth century, and so it was easy to protect. These were later joined by the Valnadú, Guadalajara, Cerrada and Moros gates, in Muslim Madrid. Then, in the fifteenth century, were added the Atocha, Santo Domingo, La Latina and the Puerta del Sol itself, the first of them to be definitely one since many of Madrid’s gates were knocked down, altered, rebuilt and moved two or three times. The Antón Martín, Red de San Luis, Segovia and Toledo gates date from the sixteenth century, while the Bilbao, Fuencarral, San Bernardo and Recoletos gates are the seventeenth century’s representatives, and the Hierro, San Vicente and Alcalá gates correspond to the nineteenth. Furthermore, the gates to the Retiro Park belong to several different centuries. The Philip IV gate dates from 1690, the Independencia, Hernani and España gates from the nineteenth century and, lastly, the Madrid Gate was put up in 1900. Some people consider that Madrid’s latest gate is the so-called “Puerta de Europa”, the popular twin KIO towers which were finished in 1996 amid controversy. It isn’t of course necessary to suppose that these towers have any significance as far as gates are concerned. The name “Puerta de Europa” has not been successful and something similar happened to the Paseo de Recoletos when there was an attempt to call it Paseo de Calvo Sotelo, the KIO towers remind me rather of the two sides of an American-style bridge, one of those long metal bridges which go up and down and open in two sections but whose mechanism has broken down half way through.

The Puerta del Sol is a square with a great deal of history, it is the guardian of Madrid’s past and even of its unconfessable stories. It was here, according to Ramón Gómez de la Serna, that the priest Merino stopped the

coach carrying Ferdinand VI and, to the cry of «Swallow it, you tyrant», thrust the Cadiz Constitution through the window, and it was he that Alphonse XIII's Prime Minister, José Canalejas, was assassinated on November 12th 1912 when he had already sorted out the rail strike and was passing the time, as he did every morning, gazing at the window of the San Martín book shop. After his death, the King made him a duke and Benlliure chiselled the plaque of the worthy statesman whose friends all chipped in to pay for it.

The area round the Puerta del Sol was the haunt of foundlings; black-cloaked ruffians; swift-stepping, shovel-hatted priests; fellows who pressed close to women amid the bustle of the trams or double-decker buses; countless blind men; grubby, lolling newsboys; professional scroungers in search of a King Amadeus silver coin, a couple of pesetas or an invitation to coffee with half a piece of toast; water-bearers; policemen with their plate-like caps standing to attention twenty paces from the kilometre zero point; over-polite pickpockets; a beggar feeding the pigeons out of his own dearth; the old-fashioned gent with a handkerchief in his jacket pocket; the perky hot-dog seller; graceful women; well-bred young lasses like shop models; post offices under the San Felipe Commodity Exchange; boxes of fruit and vegetables; a third-floor room where they did photocopies for two pesetas fifty cents; shoe shops selling sturdy but tight-fitting shoes, and lots of cafés, taverns and “alojeras” — “aloja” was a soft drink of Arab origin made of rice, honey and spices — which closed down; there even used to be a public baths which, halfway through the nineteenth century was still in business at number 1 Calle Mayor.

The Puerta del Sol had public urinals in 1863 as, prior to the reform, those in desperate need used to relieve themselves against the gates of the Buen Suceso church. The new public lavatories, now concealed underground, date from the second decade of the twentieth century. In the nineteen-sixties people were still charged two “reales” to use them and the lady on the door used to hand over pieces of toilet paper along with the receipt.

It's not a bad thing to mix everything together. If we put its past alongside its “come back tomorrow”, the Puerta del Sol is a film that takes in all the facets of the Spanish capital.

It was in the Puerta del Sol that the Esquilache mutiny began; where the fight to the death against Napoleon's troops took place on the May 2nd uprising; where the Republic of all Spain was proclaimed from the windows of the Ministry of the Interior and where, since 31 December 1909, people have been seeing in the New Year by eating the traditional twelve grapes. There are even people who swear by the Child Jesus of the Remedio that, below the square, there is a gold mine whose vein goes into the present-day seat of the Madrid Regional Government.

The best fans, walking-sticks and umbrellas as well as the “ensaimadas” of La Mallorquina are sold in the Puerta del Sol, though Doña Manolita's Sister's lottery establishment is no longer there.

The statues of a mounted Charles III and a sham Mariblanca are lost in the Puerta del Sol, but the bronze Charles III has been fitted with sensors and a loud-speakers system in the horse's belly in order to make a noise that will frighten off the pigeons while the Mariblanca, for want of a fountain, has been given a pedestal that holds her on high like a goddess, a female garden cupid or the bride on a wedding cake.

Following the reforms carried out between 1854 and 1862, its former 5,069 metres became the 12,320 of today. The modern world had arrived. By 1843 the first mule-drawn omnibuses were on the streets and, in 1871, the first animal-powered tram with a capacity for 34 people on its two decks began to shuttle at a speed of a little over 7 miles per hour between the Barrio de Salamanca and Argüelles, via Sol. In 1881 it was equipped with electric lanterns so that we could see each others' faces at night and, in 1900 the water-bearers left the square. Everything heals and improves with time. Its misery was removed, it was given a face-lift and now it is watered with methodical care; and kissing and cuddling is even allowed there.

Of the old Puerta del Sol there remains only the Casa de Correos where the clock still chimes. The Foundling Home came down in 1800; the San Felipe Convent, whose altar steps were Madrid's gossip shop, in 1838 under Mendizábal and his Disentailment, while the Buen Suceso church was demolished in 1854.

The Casa de Correos is the star of the Puerta del Sol. It was going to be the work of the architect Sabatini but, upon a royal whim of Charles III, the project was taken

over by Jaime Marquet who finished it in 1768. It filled the hole left by two blocks, 36 houses in all, and was soon sharing space with a company of guards at the wish of the Count of Aranda. Then, in 1847, it became the seat of the Ministry of the Interior and 121 ministers were to pass through there during its 79 years of life.

In 1854 its roof was crowned by the somewhat twisted and absentminded clock that had told the time in the Buen Suceso church and, in 1866, the clock was replaced by the one there now. Its designer, José Rodríguez Losada, had an establishment in the Calle Montera. This José Rodríguez Losada was really called José Rodríguez Conejero but he must have thought it wasn't nice to have a surname meaning "rabbit breeder", and so he changed it. I would have done the same. Two years later a kind of turret with an iron niche was built to house the clock, its four dials, instead of three, and the bells which, having been cast in England, sound too solemn.

As we have said, the Casa de Correos was the seat of the Ministry of the Interior and, after the Civil War, it became General Department of Security, Police Headquarters and General Police Department. In 1984 it was turned into the seat of the Madrid Regional Government but the truth is that its Colmenar-stone architecture and the purpose to which it was put during the Dictatorship give it a somewhat surly appearance. One never knows what might be cooking inside it.

Below the Puerta del Sol, the Madrid Underground, which was opened by Alphonse XIII in 1919, is a labyrinth that likewise has the form of a square. All the underground tunnels also had their origin at Sol but, just like the Gate itself, the former Madrid Metropolitan Railway has been displaced.

Large-scale works only take place in and around the Puerta del Sol one by one at the beginning of each century and so the one looming over us now, to make the Underground into an even bigger Underground, ought to be the be all and end all of the 21st.

MEADOWS, WALKS, MANSIONS AND SKYSCRAPERS

It isn't true, it's an optical illusion. Madrid ends at the Paseo de Recoletos and, leaving behind Columbus Square, escapes up the Castellana in order to reach

another city, a New York of Picasso and KIO towers and God knows what else. Alongside these the Calle de Alcalá and the Gran Vía appear a little *démodé* and even provincial, although they're doubtless the centre of a Madrid that has become affected, hackneyed and old. Every century had its Madrid, the one coming up now is the Madrid of the twentieth century and a bit.

The Castellana fosters and frames a rectilinear urban universe made up of nineteenth-century mansions, nearly all of which are no longer used as such, and of skyscrapers each of which is a Tower of Babel containing many souls, though a beehive would be a better description since most of these high-rise buildings are only offices where yawning is not allowed. The Castellana, like the Gran Vía and the Calle de Alcalá before it, belies the axiom that Madrid is a city of squares.

The Castellana is Madrid's great human river but the Paseo del Prado is where modern Madrid's real forest trail begins, while Serrano and the Barrio de Salamanca are not far behind. The Paseo del Prado was once part of the course along which the Abroñigal stream ran, as well as a frolicking ground for the city's petty thieving classes until Charles III decided that it was a good place to create a "closed sloop" to which he added fountains: Cibeles, Apollo and Neptune. Recoletos was a meadow in the true sense of the word, a meadow belonging to the Augustinian order who had founded it in 1575, both close to and yet far from their brothers in religion, the Hieronymites.

I think the Castellana is a little too far from the capital's kilometre-zero point. The Upper Abroñigal flowed down here from Chamartín towards Atocha and the Prado and, with a length of just under 9 miles, was one of the city's longest watercourses. However, the urban development of the Castellana is a much later event. The first section, built over what was once a cross between a ravine and a rubbish dump, dates from the nineteenth century, while the final section has yet to be seen.

After half a life spent going up and down Delicias and the Paseo del Prado to Recoletos, I myself find the Castellana frightening. It frightens me even now that I live further up. If I have to penetrate its forest, its net, its profuse, glaring modernity, I hesitate when returning home and am unable to find the way even by pulling on

the thread that my wife always leaves hanging from my jacket.

Only a stone's throw away from the Glorieta de Atocha, Madrid takes on almost a rural atmosphere at the San Isidro meadow. If the saint didn't have his own meadow where it's most appropriate, he puts a foot in the Retiro which is just as much a Madrid park as the Casa de Campo, though less of a wood; he's skirted the Botanical Garden and has already decided his noblest route, the Paseo del Prado. Other meadows, which is what "prado" means, were that of Atocha or the Jerónimos, the Salón del Prado and the meadow of the Agustinos Recoletos which later began, unsuccessfully, to be called Paseo de Copacabana and Paseo de Calvo Sotelo successively. No matter. The Paseo de Recoletos was always plain Recoletos. The Casellina could not get used to being called Paseo de las Delicias de la Princesa or Paseo de Isabel II, Avenida de la Libertad, Avenida de la Unión Proletaria or Avenida del Centésimo. The name of Emperor Charles V Square does not really suit the Glorieta de Atocha either. We "madileños" do what we want with the names of our streets, walks and squares, and we couldn't give a brass fathoming for what the powers that be might say.

Having passed the Plaza de Atocha Madrid appears clean and less irksome. There was a time when Atocha seemed eager to be the real centre of the city instead of the Puerta del Sol. It competed with the latter in terms of the bustle of people just arriving, and even had a similar atmosphere of melting-pot of all the provinces. Now, devoid of its Scalextric flyover, Atocha is a clear, open square unlike between 1968 and 1986 when the flyover was put up and pulled down. In 1968 it seemed like a titanic undertaking and the solution for Madrid's traffic. Well, that's what they said.

The Plaza de Atocha and the head of the Paseo de Delicias are now the stopping points for shabby coaches and vans that arrive at dawn and leave at nightfall with crowds of workers who come every day to work in the capital, to do whatever job for a wetted pay-packet. There they wait, next to the Caryatids of the Ministry of Agriculture or the railway station, lining up with the passing girls, eating their "bocadillos" finishing off a bottle of Fanta or staring at the old station clock.

Atocha used to have several fancy and smart hospitals. The first, and perhaps the best in all Madrid,

was the one built in the eleventh century and which, apart from lodging, provided aid to Muslims, Christians and Jews without distinction. On the site which was occupied by the San Carlos General Hospital from the end of the eighteenth century, there formerly stood the Hospital General y de la Pasión with separate areas for men and women. The architect Sabatini planned San Carlos to be greater in extension than the Royal Palace but it turned out not to be so big, and today the Queen Sofia Art Centre stands where the main building of San Carlos used to be. San Carlos ceased to function entirely in 1965 and, for the next fifteen years, its façade offered a deplorable aspect. It had become home to about a hundred street cats.

Antonio Pérez, secretary to Philip II, had his country house in these meadows on the outskirts of Madrid. It was a private museum where he kept treasures worthy of a prince munificent to himself.

Going up the Paseo del Prado means leaving behind Atocha and the Cuesta de Moyano with its second-hand book stalls, passing through the Botanical Gardens and then the Prado Museum, both of which are museums in their own way, the former a museum of living plants and the latter a museum of paintings although it was built to be a natural science museum. Ramón Gómez de la Serna regards the Prado as Madrid's equivalent of the Champs-Élysées.

The Prado Museum is where the American and Japanese tourists bunch together and, after their visit, descend upon the nearby stalls to buy bullfight posters with their names printed on as one of the three toreadors, banderillas, castanets, an earthenware pitcher, flamenco-dancer dolls with suits of lights and a folding guide to Madrid in case they return at some future date. Some of them come back every year.

Nearby there are two sumptuous hotels for wealthy travellers, the Ritz and the Palace, at number 5 Plaza de la Lealtad and Plaza de Cánovas del Castillo. They were built with a difference of barely two years between them, in 1910 and 1912 respectively, but the Ritz faces the Jerónimos while the Palace looks towards the Madrid of the Barrio de las Letras. At the Cibeles fountain Madrid has become a meadow and the Paseo de Recoletos. The new Post Office building, or "Our Lady of Communications" since from the outside it looks more like a cathedral than a civil building, does not clash with

the present-day surroundings. It dates from 1919 and its clock, like that in the Puerta del Sol, serves as a reference to put your minute finger right because postmen have to be punctual; if the pigeons let them. The area around the Post Office building has been a real pigeon-cote full of huge fat specimens barely able to fly.

The four corners of the square are occupied by the Post Office building, on the site of what used to be St. John's chapel with its orchard and later the Retiro Gardens; the Palacio de Linares, currently the House of America and formerly the corn exchange; the Palacio de Buenavista, which now houses the Army Ministry and, finally, the Bank of Spain which had successively been the residence of the Marquis of Carpio, the Dukes of Arión and Béjar and the Marquis of Alcañices. The Bank of Spain also has a clock which gives you the right time.

There, as if making room for itself, the Calle de Alcalá goes off in search of its natural goal, the Puerta de Alcalá, the last touches to which were made in 1778 by Sabatini. It commemorates Charles III's arrival in the capital and its western side faces Cibeles.

Cibeles is where the Paseo de Recoletos begins. The Paseo del Prado was a forerunner of this Madrid which is quite unlike the "castizo" Madrid although in its own way it also sets a tone, this time of a lordly, wealthy Madrid with its cigarette-holders through which to smoke fine tobacco though, nowadays, smoking is frowned upon.

Here where the orchards of Juan Fernández and La Solana stood, along with the Gómez pine grove or the city's grain warehouse, and later the Mint, the coach repair shop or, in 1863, the Rivas Circus, there appeared wide streets, buildings and new owners, another Madrid which has finally become a New-Yorkish mixture with a festive, financial and cultural accent. On what used to be the meadow, the gardens and the orchards we now have a handful of bank headquarters; the National Library, which stands on the former land of the San Felipe Neri orchard and, in Columbus Square, the Discovery Gardens which contain the City Cultural Centre and, on the other side, the Wax Museum. Lower down from the Wax Museum we come across the large windows of the Café Gijón. The Café Gijón is still where it was when it was opened in 1888, on the ground floor of the house of the Duke of Medina de las Torres which is seven years older than the café.

The Gran Café Gijón is the last-remaining of all the literary cafés in Madrid but yours truly, who has spent more time there than in his own home, isn't going to sing its praises, neither is he going to tell of how each alteration to improve it leaves it badly wounded. Everyone's been writing about the Café Gijón lately, and I promised myself many years ago that I would never write a book about it.

Every city has its avenue where one can go to be seen and admired. The Castellana is Madrid's most extensive avenue and, according to reports, a further 2 miles are going to be added to its length to smash all records. So, if Madrid were to keep on growing, the Castellana would reach infinity and no obstacles would hinder it. It was able to overcome orchards, cow-sheds, waste land, rubbish dumps, and even the Racecourse which was moved in the nineteen-thirties in order to give way to the Nuevos Ministerios. Now it's threatening the Colmenar and Burgos roads, but Madrid's growth is coming to an end. The only false note on the Castellana is its Open Air Sculpture Museum below the flyover linking Eduardo Dato and Juan Bravo, which is too scanty. All the rest is magnificent, superb, competitive and devoid of history.

Here there's a lot of rushing and the traffic-lights change colour more quickly. The blonde "madrileñas" with their snake-skin briefcases, and the young executives earning a million of what used to be pesetas are rarely to be seen strolling leisurely around. Indeed, flirting between young males and females no longer takes place up and down the avenue, but has taken on a sedentary, statue-like, café-terrace nature with lights and an ice-bucket for the whisky, where little red riding-hoods with lips tasting of strawberry kiss blokes sporting a perfect set of teeth.

That's what the Castellana has: modern café terraces on August evenings, and residences with two centuries on their façades and noths inside on their curtains. If their owners were still alive today, 23rd of August, they would be in San Sebastián, which is as much Madrid as Madrid itself. But today's owners are the banks.

One can hardly do the whole of the Castellana on foot. It's so long that, from time to time, it seems to stop for a rest on the squares it crosses, Emilio Castelar; Doctor Marañón, in Cuzco, Castilla, and then carry on. That's why the Castellana is a long chapter in the

story of Madrid, if Madrid really can be divided into chapters and paragraphs.

MADRID'S WATERS

Madrid's waters are the waters of the River Manzanares, those of its tributaries and the spring waters and rain-catchment wells. Then there are the puddles when a couple of drops of rain used to cause Madrid to flood.

Our "fine" waters, in other words fresh or drinking water, were famous even in ancient times and, even now that they are chlorinated for human consumption they are not unpleasant to the taste buds, neither do they smell of what they ought not to smell of. They're good for cooking vegetables in, and so their contribution to that most typical of Madrid dishes, the "cocido", mustn't be underestimated. Chick-peas always require just the right touch and the right water chemistry.

But, and let's not neglect to give praise where praise is due, the waters we "madrileños" drink are not from the Manzanares but from the Lozoya. Neither were they from the Manzanares before the water company, the Canal de Isabel II, sorted out our river-fed, backlogged thirst, and the six litres, give or take a drop of course, that were rationed to each person came from the water courses, a catchment system for consumption that came down from Fuencarral, Chamartín, Sanlejas and Canillas. Most of these were constructed during the reigns of Philip III and Philip IV.

It's a cliché that outsiders, apart from praising our sky, also praise our quality waters that catch us, so often without our realising it, from deep springs and streams reluctantly forced into channels they don't want. This business of harnessing waters and running fountains, only to put others there sometime later is nowadays the big-shot act of a metropolis with aspirations of being at the cutting-edge of technology, and Madrid is threatening to wake up one morning suddenly dry.

The Manzanares is a river born of the blizzards and snow in the mountains of Madrid. It comes down from Navacerrada, spreading out in reservoirs, and enters the city under the San Fernando bridge being casually left behind the towns of Manzanares el Real, Colmenar Viejo, Hoyo de Manzanares and El Pardo, before actually included on the Madrid street map. It goes further into

the city under the Franceses bridge where it becomes what we can definitely call an urban river. However, when in Vaciámadrid it joins the Jarama after flowing for just over 37 miles, the Manzanares leaves us with the memory of a river that failed to fill us.

Madrid's river crosses the city under bridges that are far too grand for such a scanty ration of water, and so its four-mile journey through the Spanish capital, the distance between Puerta de Hierro and the Andalusia road, is reminiscent of a wedding march –slow and loving–. The King's bridge and the Segovia, Toledo and Prague bridges are emblematic. Of the four, the Segovia bridge is the only one to bear the seven stars to which being the child and grandchild of "madrileños" entitles one. Its nine arches are the work of Juan de Herrera who finished it off at the same time, almost, as the monastery of San Lorenzo del Escorial in 1584, and adorned its parapets with his peculiar, perfect, geometrical balls. Of the other bridges, the King's bridge dates from the reign of Ferdinand VII who wanted to link the Royal Palace to the Casa de Campo; the Toledo bridge we know today was built in the eighteenth century, with its churrigueresque niches from the Santa María de la Cabeza and San Isidro churches, as the former bridges had been washed away by floods; and recently, the Prague bridge was opened in 1952, although under the name of Héroes of the Alcázar of Toledo bridge which is certainly a way of killing off its modern-bridge charm –which it hasn't got anyway–.

Between the King's bridge and Toledo bridge were to be found the hundred or so washing places with their seven thousand rented stands that removed the most superficial grime from the cloth and linen of a Madrid that wasn't very hygienic in any case. This woman's chore survived until the nineteen-twenties. Like those of the water-bearer, the washerwoman's days were numbered. Indeed, the trades of a bygone Madrid were no more fortunate: street-criers and sandwich-men, honey-sellers, olive sellers, hot-dog sellers, billiard-hall attendants, "serenos", the widow in the haberdashery, the newsboys, the florist or the knife-sharpener. Close to the bridges there were also a lot of picnic spots with their Sunday brawls and their dances where shop assistants, smart guys and dressmakers used to make merry.

The Manzanares is a silent river, it doesn't make its presence felt nor does it alter the world of the capital

around it. Since the Lozoya was dammed and almost bottled in the Canal de Isabel II in 1858, and supplied pitchers, buckets, pails, fountains and tap spouts, the Manzanares seems less than before to be Madrid's river. There would only have been people in favour of ceasing to belittle it as an insufficient river had it become a navigable watercourse, but this would have been like getting blood from a stone, or good will from those without it. The Count of Rhebner, when he was Rudolph II's ambassador to the Court, «gave it preference over all the other rivers in Europe owing to the advantage it offered of being navigable “by coach and on horseback” for three or four leagues». This story is told by Ramón Gómez de la Serna in *Madrid*, and Pedro de Répide takes up the joke in his *The Streets of Madrid*.

To embark at the foot of the Alcázar and reach Lisbon without setting foot on dry land was the visionary dream of Philip II, who was perhaps thinking of his father, Charles V, who used to sail up and down the Rhine or the Danube on his way to and from his wars; but the work was never undertaken. During the time of Charles III a canal was eventually constructed across the Arganzuela meadow in order to link the Manzanares with the Jarama, and the king put all his royal effort into the task. However, once it had been built as far as Vaciamadrid, this artificial watercourse proved to be impracticable due to the fact that it went uphill; and its seven locks, four water mills and the landing stage remained as useless toys. Then, Ferdinand VII came up with the ingenious idea of creating a walkway made of what appeared to be papier-mâché and which, apart from the “burial of the sardine”, was only used by solitary and suicidal “madrileños”.

Another river project of Carlos III, namely the Castile Canal to which approval was given in 1842 almost a century after it had been begun, had a better fate. Today, this beautiful but useless canal irrigates a Palencia countryside to whose reservoirs and waterfalls I'm taken every summer by the painter Vicente Mateo. The barges that transported the mineral no longer exist and the Canal is merely part of a lovely landscape on the Castilian plateau. The water, by the way, is from the Pisuerga.

The Manzanares is a lousy river which everyone has a go at. «Humble» was what Lope de Vega called it; «stream, apprentice river» were the words used by

Quevedo while the Duke de Rivas «remarked that its volume was shorter than its name». Nevertheless, its spates were feared and the people of Madrid are fond of it, and for a good reason. The Manzanares means the Paseo de la Florida, the meadow, popular processions, San Isidro, the San Antonio Chapel and Francisco de Goya going deaf, almost blind and raging. The processions of Santiago el Verde, San Isidro and San Antonio always meant the arrival of spring, while the other festivals pay tribute to the heat and the summer and are of an entirely urban and street nature with garland-wreathed fargrounds and squares where Cuba libres and whisky have replaced the pitcher and fine water.

Streams with names like Abroñigal, la Elipa, Matalobos, Meaques, los Pajaritos, los Pinos, la Veguilla or la Zarzuela speak of a Madrid with ambitions to have a river yet with a lot of rivers but which, unfortunately, we have killed off and left to dry up. However, water means our five hundred fountains and the swimming-pools where we loathe hot afternoons, belly-up like dead animals.

Statistics-wise, Madrid has 70 open-air municipal swimming-pools which are used by over a million and a half people during the months of July and August.

My father used to take a reluctant me on the pillion of his motorbike so that I could dip my feet in the water of the Estrella Club Pool which looked like the younger brother of the San Sebastián Nautical Club. It was, and still is, in Ciudad Lineal and was inaugurated in 1947 though it gives the impression rather of being from the time of the Republic. For me that watercourse, where shepherds nonchalantly grazed their sheep, always seemed the right distance away to have a picnic. Moreover, because I'd turned out to have a poetic vein, I preferred to spend my time in the cafés. At the Café Gijón, where I used to go, the literati had a table reserved by the window and a jug of iced water.

WRITING IN MADRID

Madrid has always been able to launch a writer onto the street, ignore him during his lifetime and then later to say –in front of his statue– this is Valle-Inclán, Quevedo, Lope de Vega or Calderón de la Barca, as if he were a

neighbour that had passed away. Sometimes, flowers are even placed at the foot of these statues.

When they were alive, Madrid wasn't interested in Azorín chatting away with Baroja in the Retiro; or Baroja in the taverns of the Calle Ancha de San Bernardo, or Carrère playing billiards in the Café Varela. Neither had it any time for Juan Ramón Jiménez strolling around the Racecourse hills; Pedro de Répide looking for the shady side of the street on his tireless chronicler's wanderings; Valle-Inclán pontificating to his circle at the Lyon d'Or; Gómez de la Serna at Pombo, or Emilia Pardo Bazán at home.

To be loved and appreciated you must have recourse to the "boutade" of always wearing a woollen scarf wrapped twice around your neck, along with a red umbrella and monocle, or else jump starters into the Cibeles fountain, in which case you'll be recognised and greeted, but you won't be read. You have to throw yourself to the lions with Ángel Criso, dive off the trapeze with Pinito del Oro, or be a strange child prodigy like the Madrid-born Jesús Rodríguez Cao who, in his short existence of barely fifteen years between 1853 and 1868 was a poet at the age of four, a skilful portrait artist in ink and the author of a comedy, "Punished Pride", which he was commissioned to write at the age of eleven. His Complete Works take up four thick quarto-size volumes. These are the miracles of the capital that leave one amazed.

Where there once were gossip shops—such as the altar steps at Saint Philip's on the corner of the Puerta del Sol; Representantes in the Calle León, or the Palace floors inside the Alcázar itself—where Quevedo, Lope, Góngora, Cervantes or Calderón de la Barca used to poke their noses, there's now an appetite for football, a plate of "patatas bravas" or a Cuba Libre. No one writes verse any more, the blind no longer sing romances of famous crimes and we poets have stopped reading our work aloud on a Thursday evening.

Now that television is television I mean plural and democratic, any drug-addict or alcoholic son of a "good family" or a guest on a chat show can promote his books by adding an appendage to his former sandal or to the gossip that's breaking our hearts, but they're really nothing more than miscellaneous, penitence memories, tips on the length of a skirt or on how to hold a spoon, and even novels which are never actually read even

though they sell like hot cakes. No matter, everyone to their own taste.

Madrid used to be full of writers who had coffee in their circle, with more grounds than any other coffee, and the jug of water for all of them. They would attend theatre first-nights and lectures, become evil-tongued, burn themselves on one of those braziers that cause a stench under the table, or else shoot themselves. Nonetheless, all this late unproductive Bohemian lifestyle seems to have been languishing for the last thirty years and the "movida madrileña", or swinging Madrid back in the eighties, has turned out to be just a cock-and-bull story.

Lope de Vega, who was prolific in everything, said in *The Martyrs of Madrid* that «there is no town, gilded by the sun or bathed by the sea, more pleasant, comely and appropriate»; Góngora spoke of its «shining zodiac of beauty»; Cervantes took leave of life, his friends and Madrid itself in the prologue of his posthumous *Persiles*; the Count of Villamediana died from a sword thrust in the middle of Calle Arenal not because he was a good poet—which he was, an excellent one in fact—but because he was said to be in love with Queen Isabella, consort of Philip IV and, how time passes!, Goya recreates on his tapestries those Don Ramón de la Cruz things that would make modern theatre in Arniches or post-war social farces in Lauro Olmo.

Larra and Mesonero Romanos painted a Madrid in chronicle colours and, while Galdós took over from Mesonero, the writers of the '98 generation were wont to bear flowers to the grave of Mariano José Larra, the last romantic, so that there would be no doubt that Madrid was definitely Castile, the mirror of the Spains that RAMÓN was to invent in his *Rastro* still with the dark touches of his friend Gutiérrez Solana.

From *Sunstroke* by Pardo Bazán, or *The Horde* by Blasco Ibáñez to Baroja's trilogy *The Struggle for Life* a tightly-packed world seeks to overcome its inequalities and becomes a somewhat gaudy scenario of steep little streets and tenant blocks, finger-pointing absurdity, alleyways and cats in Valle-Inclán; impressionist, day-to-day harmony in Azorín.

Ramón Gómez de la Serna, who every Saturday for decades was master of ceremonies at the Pombo "tertulia", discovered a Rastro that might belong to any city and yet was the Madrid of the Americas, «a place of

images» in which to catch a glance at close range of «the attitude of jumbled things». Camilo José Cela and Luis Martín-Santos, without forgetting Francisco Umbral subsequently, took us round a cheerfully saddened city in the novels *The Beehive* and *Time of Silence*. Rafael Sánchez Ferlosio, in *The Jarama*, saw from a distance a Sunday-revelling Madrid on the riverside. Antonio Ferres and Juan García Hortelano created stories of militant realism for mature, somewhat consumptive and shaven-headed children, sticking a pickaxe into life. Then there are those who are now into a domestic kind of “whodunit” about a Madrid ready to be stabbed every night, though the death rate is not that high, or a post-libertarian chronicle of the urban gangs painting the faces of official buildings and railway walls with graffiti.

Madrid brings us a Madrid literature and the writers invent the city; the egg at the same time as the chicken. In order to loop the loop, there's a new fashion of “literary walks” which consist in something like seeing Fortunata without Jacinta, or Silvestre Paradox without his inseparable dog, although a good deal of heart and soul does go into the thing.

Perhaps nothing will remain of how much Madrid lives off the actual lives of its writers: Cervantes' old age; Lope de Vega's loves; Calderón's turbulent youth; Larra's suicide; the obstinate Bohemian lives of Joaquín Dicenta and Alejandro Sawa; the exile of León Felipe, Max Aub, Doménchina, Manuel Andújar or Herrera Petere; the post-war militant novel or the generously hand-picked winners of the literary prizes. These are but tracks on the sand, pure effect. But the good books of Madrid's literature will endure.

PARKS AND GARDENS. ISLANDS WHERE FLOWERS SOMETIMES GROW

God forbid that we find ourselves on the city-centre streets, the avenues, the ring-roads or motorway at the rush-hour. It's true that Madrid's snarl-ups have been famous since time immemorial and that, as compensation for so many crazy carriages, badly-parked hackneys, taxis on the pavements, buggies with runaway mares and 98-octane motor cars doing as they please, we can bring our pulse rate down by escaping from the bustle, the crowds and the fumes to the city's groves,

flower-beds and copses. But there aren't enough parks and gardens despite the fact that Madrid is statistically a very wooded city; the second in the world after Tokyo.

Moreover, Madrid's parks are an invention very much to the romantic taste of the nineteenth century, so much so that some of the capital's oxygen supplies were sometimes made by providing our smartest urban land with seasonal gardens, among others the Campos Eliseos and, in their place, the Jardines del Buen Retiro between Velázquez, Alcalá, Príncipe de Vergara and Goya; the Madrid Élysée, the Jardín de las Delicias and Jardines del Paraíso, all three of which are in the Paseo de Recoletos; the Recreo de Salamanca in Calle Ayala on the corner of the Castellana; the Alhambra Gardens in Calle de la Libertad; the Apollo Garden in the Glorieta de Bilbao; the Argüelles Garden in Ferraz; Alphonse XIII's Botanical Garden on the Avenida de la Complutense; the Architect Ribera Gardens in Barceló and the Russia Park in modern Madrid. People went to them to breathe fresh air and lose themselves in mazes worthy of an English school. Some of them even had bullfights, scenic railways, skating, concerts, merry-go-rounds and cinema but they had an ephemeral life: all of them were swallowed up by asphalt of course.

With its 117 hectares the Retiro is Madrid's urban park; the Parque del Oeste, covering a surface area of 98 hectares is a little bit far away, depending on how you look at it, and away on a slope; while the Juan Carlos I Park, with its 210 hectares, is so modern that it's still waiting for Madrid to grow a bit more to catch up with it. Furthermore this park-cum-enclosure is odd in that everything is implanted and artificial just like at the Warner Bros. Park; its meadows are meadows where one keeps expecting to see an absentminded golf player looking for the green, and one is afraid of not finding the shade of a single leafy tree in the whole of the park. The Dehesa de la Vía was doubtless Madrid's true pasture land (which is what *dehesa* means) and later, under Charles IV, it was attached to El Pardo. In its present form it dates from the nineteenth century, and its 72 hectares make it one of the city's large areas of park land although, as far as we know, it was once much bigger. A big, modern park is the Parque Enrique Tierno Galván which was opened on the Cerro de la Plata in 1987, over the rubbish dump where the Abroñigal flowed in a grimy thread to irrigate a few market gardens. There, to

the background murmur of the M-30, the Planetarium stands gazing at the stars with its dome measuring fifty-seven and a half feet across.

On the other hand, the Botanical Garden is a gigantic herbarium, and more tropical than Mediterranean, where each species has its label stuck to its chest. I've known it to be open, closed and then, in 1981, open again. When they put a padlock on it, I always used to think it was to conceal a secret. I retain a childhood memory of a paternal uncle of mine, the station master in Salamanca, who thought that I'd got lost for a few hours on the horse-chestnut path.

The Casa de Campo, which covers 1,732 hectares, is a park of parks, a forest really, and is a bit far away from the city centre though we're told that it's Madrid's "lung". It shares this honour with the Pardo forest whose 14,474 hectares are the refuge of wild boars, fallow deer and rabbits, and where elms and cork oaks fight to grow the highest. No one would think of using the terms "park" or "garden" in reference to the Casa de Campo or El Pardo. They are true forests, although the influence of Madrid weighs heavily upon them.

Each one of Madrid's woods, parks or gardens owes its existence to a world that went before. Most of the large green areas still preserved in the city have their origins in the Royal Residences, and being restricted to the Royal Family kept them safe and intact. A paradox really.

Thus the Retiro, which is entirely a park today only because, under Philip IV, it was a Madrid "Versailles" albeit disordered and somewhat anarchic. It was built and landscaped as they went along, on a day-to-day basis according to the requirements of having a palace, a recreation court, a ballroom, a coliseum, ponds, gardens, an orchard, hunting grounds and chapels, of which there were eight in all. When Philip V came to the throne he decided to bring some order to this Royal Residence, since it's a well-known fact that French taste did not mix with things Spanish, and the burning of the old Alcázar in 1743 paved the way because it forced the King to make the Buen Retiro his first residence. Charles III removed walls and built gates there, and also the Royal Porcelain Factory, the direct heir of the Napolitan Capo di Monte. It stood where the San Antonio de los Portugueses chapel had once been, and where the statue of the Fallen Angel is now. Madrid has a monument to the Devil.

The Astronomical Observatory dates from the early years of the reign of Charles III, though it had been the idea of the former king. However, the Observatory, which was rebuilt under Ferdinand VII, is now a useless building that one gets to by taking a run up the side of the San Blas hill, which is actually within the perimeter of the park.

The Velázquez Palace was built in 1883 and the Crystal Palace in 1887, both of them to house exhibitions, and both of them are still standing, but from the old Retiro there barely remain the refurbished Casa de Vacas; the study of the Casa del Pescador; the irremovable Lake with its rowing boats for which one has to buy a ticket; the Casón del Buen Retiro and the Salón de Reinos. Curiously enough, these latter two are outside the park, a park which, instead of growing, has been shrinking, sold off cheap in order to build Madrid and which, in 1868, became the property of Madrid when the City Council took it over from the Royal Heritage.

So as not to leave anything in place except the Lake and the two palaces, the zoo was moved to the Casa de Campo in 1972. Trusting my now somewhat distant memories, I swear that I once saw in the Retiro polar bears in summer, a couple of lions, a hyena that didn't laugh, a family of monkeys and some cages with birds in them. For a brief instant my eye also caught the last wafer seller and the street photographer with all his gear, a period camera of the field type and tripod.

There is in fact something that the current Casa de Campo shares with the current Retiro: from the Lake one can also see a Madrid whose tallest buildings stick out as though in a jigsaw-puzzle, cut out into pieces, and on and around the Lake there are also boats for the Sunday revellers and stalls selling "horchata". However, the tower blocks that can be seen from the Retiro are doubtless more elegant than those of Batán, Campamento or Aluche, which were faraway districts in the nineteen-sixties and where the Underground arrived above ground. Taking the Suburbano meant having to buy an extra ticket.

On the other hand, everything in the Casa de Campo seems less developed, less thought-out, as if Madrid were still hesitating on the edge, although this may be a half-truth or a half-lie. Those who go there have a different, less "townee" look about them. They look like

backpackers or provincial civil servants on their day off and, intending to breathe cleaner air, the joggers are top-class sportsmen who come to train.

Both the Casa de Campo and El Pardo were hunting grounds for Philip II and, in 1749, they were unified and walled off by Ferdinand VI. El Pardo had already fulfilled this purpose under Henry III who had a palace built there. Always, despite having palaces, houses, restricted areas, lakes and even a lion pit in the case of the Casa de Campo, they have both been a mixture of holm-oak woods and rabbit warrens. The keepers used to shoot to hit the poachers or, in more recent times, slap heavy fines on couples who didn't behave with due decency.

El Pardo still has that air of a royal forest and country enclosure which it shares at a distance with Aranjuez, La Granja or Riofrío, and which sets it apart from a Casa de Campo that has never quite lost its original air of a suburban villa next to the Alcázar. It would be impossible, for example, to imagine El Pardo with installations such as the Fair Ground on the Avenida de Portugal, the fulfilment of our best agrarian dreams of being seen in the city which, in 1947, boasted of being modern and imperial rolled into one.

Franco was unable to impose upon El Pardo his military-camp style for a personal guard that I recall as being Moorish and parading on horseback through Madrid, or his style of a martinet born of a military coup, although the military houses are still there casting a shadow over the river itself. On the other hand, nobody knows what happened to Franco's Moors.

Unlike the others, the Parque del Oeste is a modern yet not exactly a state-of-the-art park. It was created in 1899 by Cecilio Rodríguez, the city's Chief Gardener at the time, on land in the Moncloa district crossed by the San Bernardo stream. It belongs to a naturalist style very much in the English vein, and was opened by the city's Mayor, Alberto Aguilar, in 1906.

The Parque del Oeste runs alongside the Paseo del Pintor Rosales where there are street bars and drinks stalls now somewhat abandoned, unfortunately, because they have finally lost the battle against the opposite side of the street with its pub, restaurant and ice-cream parlour terraces, all of which have things going on for swanks and the fashion-conscious. Inside the park there are statues of South Americans –Artigas, Bolívar, San Martín, Hidalgo– which, added to those of the Spanish

kings in the Retiro and the Plaza de Oriente, are quite edifying if we put our mind to it. All of them bear a plaque.

The cable car, which didn't come into service until 1969, links the Paseo de Rosales and the Casa de Campo by an aerial route, as the cabins travel 130 feet above ground level. The project was conceived in 1935 for the Madrid World Fair of 1941, which failed to take place of course.

Of all the parks in Madrid, the Parque del Oeste was the one that received the worst battering during the Civil War. When the time came to repair the damage, the unexploded bombs caused casualties among the gardeners. At the top of the park there are still bunkers and the odd wall with shell marks on it, but the children playing ball or the university students who hang around there haven't the foggiest idea about that Madrid. In order not to talk about the dead, the wounded, the mutilated and the prisoners, it's better to go and count the petals on a hundred flowers. The rose garden in the Parque del Oeste is the mother and most lavish of all Madrid's rose gardens, though it's not the oldest. Cecilio Rodríguez created the one in the Retiro in 1915, in the Marquis of Salamanca's former hothouse alongside the Paseo de Coches. This second one, with an extension of around two hectares –which is certainly a flower grower's delight– was inaugurated in 1957 and is called the Ramón Ortiz International Rose Garden; it wasn't for nothing that the gentleman in question started the annual rose contest.

Madrid has other parks and gardens on a smaller scale, something like little corner shops as opposed to the supermarket. The Campo del Moro, opened to the public in 1978, and the Sabatini Gardens designed in 1932 with their somewhat grave, Escorial-like air, are attached to the Alcázar whose orchard they were before becoming a park, and the Royal Stables, respectively. The Alameda de Osuna, popularly known as the Capricho, was a piece of land used for recreational purposes in the eighteenth century, a Retiro park in miniature, with no kings but with nobility from all over. Goya painted the Whims and the San Isidro Meadow for the library and study of its palace. The Arganzuela Park, covering almost 8 hectares was opened in 1969 on former pasture land next to Legazpi and was redone during the nineties. It strikes me as an artificial park, a miniature version of the

Juan Carlos I Park, and leaves me cold. Maybe that's why they've put a hothouse there. In the summer of 2002 the Mayor opened a theme garden devoted to the dahlia, which competes with the violet and the spikenard to be Madrid's most emblematic flower.

THE GRAN VÍA

Constructing the Gran Vía threatened to save Madrid from itself. The idea was to clean up the city from the edge of its most central part starting from the Calle de San Miguel and Alphonse XIII, proudly perched on carpeted scaffolding in front of the cream of Madrid, started the ball rolling on April 4th 1910 by twice plunging a gold pickaxe into the masonry of the "priest's house". This was the residence of the priest of St. Joseph's church, no less, and stood on the left of the church, which, in turn, was what remained of the San Hermenegildo Convent, part of whose site was used to build the Apollo Theatre, now the Bilbao-Vizcaya-Argentaria Bank, the all-powerful Bilbao, Vizcaya and Argentaria.

St. Joseph's church should be visited on a day when there is a beggar on the steps, together with the façade of the Hospice on Calle Fuencarral; the church of Montserrat on San Bernardo, and the façade of the Conde Duque to get a good taste of Madrid Baroque.

The Gran Vía was the "fin de siècle" beginning of a dream of "zarzuela" and façades with lots of plaster, concrete and cement. There was a bit of both: the "zarzuela", with music by Chueca and Valverde, dates from 1886 when the project was approved although twenty long years were to pass before it got underway and, as far as the plaster and cement are concerned, one needs only to look up in the right direction.

Lots of housing blocks were demolished in order to make the Gran Vía and, apart from the Calle de San Miguel where the pickaxes started to swing, memories still remain of the names of other streets that are no longer there: Carbón, Eguiluz, Federico Balart, Hilario Peñasco, Leones, Parada, Peralta, San Cipriano and Santa Margarita; parts of others such as Ceres, Jacometrezo or Parada, Altamira, Desengaño and Moriana, or the Perro alleyway, the latter a narrow passage slightly over two yards wide.

The building work was to last for twenty-one years, removing and shifting streets, knocking down a total of 319 houses and occupying 43 sites. The churches of St. Joseph and Saint Francis of Borja survived, though the latter was burnt down in 1931, as did the Caballero de Gracia Oratory, which resulted in the layout not being completely straight

The first section, between Alcalá and the Red de San Luis, was called Conde de Peñalver because it was he, during his third term as Mayor between 1907 and 1909, who undertook the irksome preliminary work for the project, which did not enjoy everyone's blessing as this popular improvement to the Spanish capital also had its detractors.

The Gran Vía was made in 1910 down Alcalá and not up the Red de San Luis which marked a direction, from outside to in and the Gran Vía was apparently destined to go straight into old Madrid, and not go out of it like the Calle de Alcalá or the Castellana.

So, Mayor Nicolás Peñalver Zamora had "his" Gran Vía, and later the section of the work undertaken between 1917 and 1922 from Red de San Luis to Callao was dedicated to Pi y Margall, who presided over the 1st Republic, while Eduardo Dato, the President assassinated in 1921, was commemorated in the section opened from Callao to Plaza de España between 1925 and 1929. Thus, the names of Nicolás de Peñalver, Francisco Pi y Margall and Eduardo Dato were originally given to Gran Vía 1, Gran Vía 2 and Gran Vía 3. So it comes as no surprise that the street should on paper retain something of the urban mystery of a false trinity, yet remain as one. The Gran Vía, indeed, has always been the Gran Vía and the names of Avenida de la Unión Soviética, Avenida de la CNT and Avenida de México that were given to its three sections during the Civil War, or that of Avenida de José Antonio between 1941 and 1980, were never granted popular approval. As for Peñalver and Eduardo Dato, both of them have their streets elsewhere in Madrid, so it would only be fair for the President of the 1st Republic to have one as well.

The Gran Vía's ambition was to be original and cosmopolitan, though it failed to get beyond a petulant, depersonalised level, somewhat Catalanish, with its overwhite buildings.

It has been said to be Parisian at its bottom end, but it has a false colonial air where all the mediocre varieties

of architectural pretence gather together: neo-Plateresque, neo-Baroque, the regionalist style. In the next two sections, the busiest of the three, it's said to look more like New York although it lacks grandiosity, sumptuousness, the ability to surprise and even enormousness, being merely domestic.

In order to judge the extent to which all this is true, we would have to do without the flickering games of the sun and the neon lights every evening, and even so the Gran Vía, rather than high-rise blocks, the different crowns of its buildings and its no end of shops, is the heartbeat of those going about their banking business, of shoppers, cinemagoers or theatregoers, or of those who cross this Madrid from end to end to carry a packet whose content it would be indiscreet to look at.

Behind its two pavements which, despite the traffic-lights, don't really form a unified whole, there lies hidden a Madrid that has been sliced into two halves, a Madrid which the city seems to have covered over, put into other streets and even granted the relief of some narrow alleyway, some little square, the cramped narrowness and the fatigue of the hills. In these streets the environment has changed, they're what remains on each side.

The Gran Vía is the Estrella insurance building; the Espasa-Calpe book shop; the Telephone Company; the ghost of the SEPU department store with its mournful face telling us it's about to close and say goodbye; the Press Palace, the Fénix building, Los Sótanos; Chicote's bar, and lots of banks, cinemas and even hamburger joints, record shops and God knows what else.

We used to go there all dressed up in our Sunday best to see the cinema first nights at the Avenida, the Coliseum or the Palacio de la Música, in the days before multiplex cinemas were everywhere, and Madrid certainly did have its cinemas. I remember the América, the Lusarreta and the Pizarro in Embajadores, and the Montecarlo down towards Legazpi. But these cinemas, and the modest local ones with their newsreels, sunflower seeds and double showings are the cinemas that have been shut out by entrepreneurial competition and monopolies. I take it as a personal insult.

To some extent the Plaza de Callao which, having been opened in 1866 was there before the Gran Vía, is the "Puerta del Sol" of this modern but now worn Madrid, while the Plaza de España with its two

skyscrapers is its "Plaza Mayor", and then the Calle de la Princesa, though not bearing the name of Gran Vía, is actually the fourth section of this Madrid which thus reaches as far as Moncloa. Yet, when all is said and done, all comparisons are odious. The Gran Vía is a modern Madrid that still has cinema posters covering all the front of a building, café terraces for tourists and bootblacks. Let's leave it there.

THE RASTRO

The Rastro is a picture of Madrid, a black-and-white photo if you like, constructed on what in fact are twenty-nine streets and three squares. At least this is how María Isabel Gea works it out in her *Encyclopaedic Dictionary of Madrid*.

The Rastro starts in the Plaza de Cascorro, formerly called Nicolás de Salmerón to whom we are doubtless more indebted than to Eloy Gonzalo, the hero of Cascorro, a foundling and son of Madrid who went to war in Cuba. It then continues along both sides of the Ribera de Curtidores, formerly called Calle de las Tenerías, and ends in the Ronda de Toledo, forming a natural prolongation in the Américas which is the poor appendix to the Rastro and which lay between the Ronda de Toledo and the Paseo de las Acacias at the bottom of the Ribera de Curtidores. This was where the genuine Americas Bazaar was until 1979.

The Rastro forms a triangle between San Millán, the even-number pavement of Embajadores and the odd-number pavement of the Ronda de Toledo, and was an inspiration for Goya who painted the *Blind Man* cartoons, *The Pottery Seller* and *Children with a Kite*; for Arniches, with his farce *The Rastro in the Morning*; for Ramón Gómez de la Serna who devoted an entire book to it, and others such as Gutiérrez Solana, Azorín or Cela who grant it a page.

As far as its origin is concerned, everyone agrees that the Rastro used to be Madrid's public slaughterhouse, hence such evocative street names as Tanners (Curtidores), Ram (Carnero) or Ox Drivers (Cabestreros). However, a point to be borne in mind is that people also used to say "The Court Rastro" to refer to an area of a league in circumference where the jurisdiction of mayors and constables ended, in other words a kind of détente -

up to here and then you can't get me. This is how it is told, though in different words, in *Old Madrid* by Mesonero Romanos, the great nineteenth-century chronicler of Madrid for whom the Rastro was nothing but a world of dingy cellars and remnant sellers' stalls.

If it were like that and only like that, which doesn't seem to be the case, then it would be pretty much a place with little or no public order, a Madrid outside of Madrid where ruffians, bullies and louts would be up to their shady business, clustered around card tables and swigging from bottles of plonk or, if it came to the crunch, drawing their knives. They were the crooks who would sneak into Puerta Cerrada and other narrow passages in order to relieve dandies and loafers of their belongings. However, it's better to join both half-truths to make one good one and conclude that here, where pigs were slaughtered or where cattle were skinned and tanned, the Court was far away and the city closed its doors and gates on a lowly, village-like district with a penchant for going downhill.

From Cascorro one descends to the Rastro whose main street, its major artery, is none other than the Ribera de Curtidores. On both sides of the street one gets lost in shops which, because they are so discreet and less trampled over, are perhaps the most genuine of what remains today, though everybody knows that bargain- and treasure hunters poke their noses everywhere to see if they can unearth a "bargueño", a Chinese vase with the mark of its dynasty, a Murillo painting, an iron bed at a throwaway price or a period copper brazier. They're searching for a miracle that will never come to pass. The Ribera de Curtidores abounded in scrap dealers, rag-and-bone shops, yards adapted for storing rubbish as well as the odd bazaar. It is not known in which point in history red meats, roasts and offal were replaced by second-hand suits, military leather equipment, pots and pans, forged metal items and furniture of all shapes and sizes, although this present-day business probably has its origins in the old-clothes and pine-wood furniture shops that used to exist in Estudios, Cuervo and San Dámaso streets, the "Rastro plug" which, when it was removed, left only the Calle de los Estudios standing, near the first sections of the others; the other plug had been pulled out previously down at the Ronda de Toledo through the Plaza Campillo del Mundo Nuevo.

The truth is that Madrid's abattoirs had been in this area, as far as we know since the fifteenth century when the first one was built in the Calle de Toledo, and the one on the Rastro hill which, half a century later would end up being used only for slaughtering pigs, dates from 1650. The trail of blood would run down the steps and thence along much of the Ribera de Curtidores, not all of it because the Hill, currently the Plaza General Vara del Rey, is in the middle of the Ribera not at its head. This, and not any other, is the Rastro we know as such.

The Ribera de Curtidores had some bazaars that were rather grubby, or else full of grime and cobwebs like the one in the Américas, also known as the Federal Bazaar; the Doctor's Bazaar likewise called the Grandiose Americas; or the Casiana Bazaar which was accidentally set on fire in 1943 by a rocket from the San Cayetano fair; mixtures of warehouses, scrap-yards and coach-houses, and which today are antique shops and auctioneers with no knowledge of the old yards and ancient patios, having been formed into neat and tidy galleries with their air of professional seriousness and shop-window attractions. The former Bayón Galleries which were at number 35; the Piquer Galleries at number 29, whose joint owner was Concha Piquer and which were opened in 1950 with their housing block and marked El Escorial style; the New Galleries, which opened two years later on the opposite side of the street at number 12; and the Ribera Galleries from 1964 which take up the three new-style floors of Curtidores number 15.

Between the former bazaars and the present-day galleries, one has the impression that the old-goods business has changed hands, that the rag-and bone merchants, scrap-metal dealers and other beauties have been picked up and taken away by the police so as to replace them by worthy shopkeepers who hand over a detailed receipt along with the purchase, sometimes even including VAT. Moreover, incontinent building sites are cropping up again and housing blocks are being announced on both sides, albeit timidly.

If the Rastro is no longer a backwater of the city on the way to the Ronda de Toledo –which once meant going away– and its bazaars have become something else, what remains alive then in this district of Arganzuela where Madrid threatens to fall downhill without stopping to breathe?

However, the Rastro is transformed on Sunday mornings; its shops and shopping galleries with doubtful futures try as best they can to get a look into the big market place that is the Ribera de Curtidores and its neighbouring streets. The pavements and roadway are suddenly filled with canvas awnings covering stalls, pavement sellers and the bawling of wares. There's even a modest Messiah who moves around the groups repeating "be good" in a low voice.

Here one can buy plants, handbags, stockings, socks, wind-cheaters - whether leather or something else, sunglasses, perfumes, fans, coins, notes, toys, leather goods, and some streets such as San Cayetano or Fray Ceferino González appear to have become specialised; the former in charmless, unsightly paintings of the kind that take up all the room, while in the latter bird-cages, bird-seed, the chirping of goldfinches and canaries and the odd hoarse parakeet lead us gently, if we close our eyes, through the hustle and bustle.

As the morning wears on all the Ribera de Curtidores gets blocked and congested. The surprising thing is not the three or four rows of bulging merchandise: we've seen the same thing in so many places! It's just like on the markets in the Madrid "sierra" or in cities such as Valencia, whose "rastro" cannot be said to be small.

In the crowd a baby's trolley bangs against our ankle, or a pickpocket runs off with a handbag and people feel their wallets just in case. On the even-number pavement the doors of the bars still have slates showing the prices of a portion of snails, tripe, sweetbread or "zarajos", but now in euros.

If, however, up and down the Ribera de Curtidores the Rastro is a cliché and offers little in the way of discoveries in spite of its variety and bustle; in the Plaza del General Vara del Rey where the slaughterhouse used to be, and in the Calle de Carlos Arniches where the dramatist did actually live, after walking only a few hundred paces we come across a world which takes us aback even though it has a certain symmetrical, twin-like similarity. This is the Rastro de Madrid, the real Sunday market where they sell old crockery, ornamental vases that deserved to be old, better than modern copies, and even books. Everything, on the square, its sloping street, the same neighbouring streets that lead to the choking Ribera de Curtidores without appearing to be aware of the fact.

At the end of Carlos Arniches we come out onto the Ronda de Toledo where they sell collections, and books as well, and where there are crowds of young children with their parents scratching the tiny picture-card envelopes.

The Rastro goes on right as far as the Glorieta de Embajadores itself although, on its final section along the odd-number pavement of the Ronda de Toledo, it has again become the clothes and sundry market we know so well. Now on the Glorieta de Embajadores a large fellow with a dirty beard is selling fruit.

MADRID'S PAINTER

Velázquez is the painter of Madrid, but not as people understand it because he didn't go in for documentary landscapes. His paintings don't give us a mirror image of Madrid; it's there but yet it isn't. The Velázquez skies are the deep, clear skies of the Guadarrama mountains, of that there can be no doubt, or conversely it could be said that no one has been able to render the Madrid sky as Velázquez did, and the backgrounds of his paintings are so often the same bluish-grey landscape surrounding El Pardo where the King would go hunting.

But Velázquez did not paint Madrid on the street because Madrid was not the Venice of Carpaccio, the Bellinis or Paris Bordone, a great scenario of water and architecture. Moreover, his work is devoid of the pomp of Flemish painting as practised by Rubens, whom he admired and acted as his guide during his second visit to Spain in 1628; and when, towards the middle of his life he acquired his particular personal style in which the air takes on a tactile presence among the figures, there is no doubt that dense layers of the Madrid atmosphere are there.

Diego Rodríguez de Silva y Velázquez was born in 1599 in the populous Seville, the son of Andalusian parents though descending from Portuguese stock on his father's side. At the age of ten he was a pupil of Herrera the Elder, but only for a few months as the two failed to get on well, and for six years he was an apprentice at Francisco Pacheco's studio from where he qualified to enter the Seville painters' guild, with a licence to carry on the trade. Soon afterwards he married Juana Pacheco, his master's daughter, and Francisca was born in 1619 and Ignacia in 1621. By that time Velázquez was a

painter of religious themes, and had acquired a certain renown with portraits and still lifes, but Seville had become too small for him.

He came to Madrid for the first time in April 1622, followed by his disciple Diego de Melgar. He went to see El Escorial and to look at the possibilities of remaining in the Court. Having been recommended by Pacheco, he made a good impression on mediocre characters such as the Alcázar brothers, Don Luis and Don Melchor, and on His Majesty's chamberlain, Don Juan Fonseca. He painted Góngora, but was as yet unable to paint Philip IV.

Back again in Madrid in the summer of the following year, this time with his father-in-law and his servant and disciple Juan de Pareja, his luck changed. He was now favoured by Don Gaspar de Guzmán y Pimentel, the future Conde-Duque de Olivares, whom he painted after his father-in-law had done twelve years previously in Seville. Then Velázquez painted the King and the Prince of Wales who was passing through the city. On 6th October he was appointed "chamber painter" and was joined by his whole family. His portrait of Philip IV on horseback was shown in the Calle Mayor opposite the steps of St. Philip's church; the first and perhaps only time he was acclaimed by the crowd.

Velázquez lived at the Alcázar from the age of twenty-four until his death at sixty-one, with the exception of his two journeys to Italy in 1629 and 1648 which together amounted to less than five years, and the odd smaller journey for example to accompany Philip IV to the Crown of Aragon in 1642 and to Fraga the following year or, in 1660, to prepare His Majesty's lodgings in Fuenterrabía in readiness for the wedding of María Teresa and Louis XV of France. This was the last time he left the Palace.

Possibly Velázquez was only to be seen infrequently on the streets of Madrid, in that Hapsburg Madrid between the Alcázar and the Puerta del Sol, strolling along the Calle Mayor, his "Gran Vía" and lingering in the Plaza Mayor, which was then sparkling new. From his studio in the Alcázar, the workshop of the chamber painters, he would amuse himself by observing the Manzanares, the Casa de Campo, the San Isidro Meadow and El Pardo with the Guadarrama mountains as a backdrop. One has the impression of "seeing" all this in *The Maids of Honour*, the work described by Lucas Jordán as «the theology of Painting».

The reality of his life as an artist is always complemented by the overriding fact that, at the Court of Philip IV, he was a palace servant who rose to positions such as "chamber aid" and "superintendent of Royal Works" in 1643; "senior chamber aid" and "supervisor and accountant of the works for the Palace eight-sided room" in 1647; or "Palace quartermaster" in 1652. He didn't get any higher, though the fact is that if his monthly salary amounted to twenty ducats in 1623, twenty-five years later the King himself had put his remuneration at seven hundred. In 1658 he was made a Knight of the Order of Santiago, which had been his great dream. Let's not forget that Diego Rodríguez de Silva y Velázquez had come to the Court to be a painter and to ennoble himself; two tasks in one.

Devoted to furnishing and decorating rooms; purchasing paintings for the King during his only two journeys to Italy –His Majesty refused to allow him to go on a third–; learning from the great Renaissance masters, and painting his own works, he avoided bickering, gossip and cliques as if he had no time for the squabbles of petty antechamber clerks and scandalmongers. When he arrived however he attracted despite himself the inevitable antipathies such as that of Vincenzo Carducho, the King's painter at the Court before him, and there's also a suspicion that he did not get on very well with Calderón, the most brilliant Palace writer of the time.

A gentleman with an ordered lifestyle, servant and painter of the King, he earned for himself the reputation of being impersonal, impassive, distant and fond of going unnoticed. This is also apparent in his paintings where his skill and genius are based upon an unyielding firmness and upon long hours spent before his easel searching for a solution to ensure that everything was right and nothing out of place. He sometimes painted and repainted the same work, for example the equestrian portrait of Philip IV which he did in 1628 and took up again in 1634 and 1640 until he was finally satisfied.

Velázquez's work is a work of high style and which, though not slow of execution, was not generous in quantity. Moreover, it was alien to the world of the city and its goings-on. If it did sometimes appear to relate to the people in the street in works such as *The Drunkards*, *Vulcan's Forge*, *The Spinners*, *Menippus* and *Aesop*, paintings which are always supported by some classical pretext; or *The Bust of a Man*, a small-format painting

done around 1560 and which is in a private collection in New York; the rest of his portraits, with the exception of his Venus, are of kings, princes or their retinues, that is the servants of their Houses; a few Cardinals or Pope Innocence X. To a large extent, his obvious novelty is none other than to have joined the “maniera grande” of the Italians to the Flemish day-to-day, snapshot style. That is why his is serious painting, where insignificant or silly things are also serious.

As we say, Velázquez painted the Madrid Court, a splendid Court that had fallen on hard times. He did so in a highly eloquent manner without stopping at anything, and so he dealt in the same way with both the high- and low-ranking, with the King and his jesters alike; and if some of his subjects were moon-struck, hydrocephalic, manikins or idiots, we don't think it was a whim on his part, but at His Majesty's orders. All his themes and models are circumscribed to the world of the Court, except for youthful works such as *The Drunkards* and a few more paintings. This was his trade, one of his occupations, and he went about it with cold yet sensitive objectiveness. His time in history was not that of Goya, the other great painter of Madrid who was more involved with the common people and more capriciously popular and human; neither did he have the freedom.

Diego Rodríguez de Silva y Velázquez lived in the Alcázar and died on Friday 6th August 1660 in the same surroundings, the Plaza de Oriente. Seven days later he was followed by his wife, Juana Pacheco. The master was buried at St. John's, which was the Palace's parish church. Joseph I later had it knocked down and his remains were lost. The City Council were searching for them a few years ago on the work site of what is now a car park.

Velázquez had a street dedicated to him between Plaza de Rames and Calle de Carlos III, but it was taken off him in 1870 in order to give him another one in what was then the most modern district in Madrid, the Barrio de Salamanca. In 1991 a statue of him was erected on the junction with Juan Bravo.

THE PLAZA MAYOR

The Plaza Mayor is a square with a true Madrid lineage. With its cobblestones laid over a surface with no

noticeable slopes and a certain capital stateliness, it competes with the Puerta del Sol itself and, if we are going to see which of the two squares is the more representative, the result is a tie although the Plaza Mayor we know today has more of a history of monarchic frills with kings mounted on frolicking trotters and Court fiestas, in the days when Madrid was the headquarters of the Hapsburg kingdoms. When, in 1590, Pedro Tamayo planned the first division of the city into six districts or “cuarteles”, he did so on a radial basis as from the Plaza Mayor which was thus the centre of Madrid, the kilometre zero point of a city to be taken notice of.

The Plaza Mayor has sometimes changed its name and if, prior to becoming the Plaza Mayor, it was simply the Plaza del Arrabal, the truth is that in the nineteenth century it was the Plaza de la Constitución, Plaza Real, Plaza de la República and Plaza de la República Federal. It reverted to being the Plaza Mayor in 1939.

To the same extent that the Puerta del Sol has tried to be open, popular, irregular and disordered, the Plaza Mayor since the seventeenth century has been an enclosure of almost bullring characteristics, with an architectural design to the greater glory of Charles III. It is also a pedestrian-only zone which has kept it somewhat isolated.

If we're going to look for whimsical features in each square, the Plaza Mayor strikes me as being more monarchic; the Puerta del Sol, republican; the Plaza de la Villa, simply municipal, while the Plaza de España has an intellectual touch, free of prejudice and even libertarian.

Whether we like it or not, the Plaza Mayor never loses its severe countenance, the coldness of its stone and the bearing of a big provincial square to be visited with a guide even though it's where nativity scenes, practical jokes, bangers and fir-trees with soil on their roots are sold at Christmas time; where the opening of fiestas is publicly announced from the Casa de la Panadería; where students go on their drunken sprees in spite of policemen, prohibitions and rucksacks being searched to prevent wine and coke from being smuggled in, and where the summers are a sea of awnings and café terraces where the tourists relax with their “sangría” while watching the sun move around.

Going to the Plaza Mayor has always sounded almost solemn to me; I find its arcades somewhat

claustrophobic and its narrow accesses are anything but free entrances and exits to come and go around Madrid as one pleases.

It is a square that is neither too crowded nor so quite as to invite one to feed the cats and pigeons. If you sit at the foot of one of its lamps you immediately get the feeling of being in the way, of being a hindrance for the tourist who really does need this resting place, or that you are stealing space from one of those painters who uses it for the collection box for the proceeds of his portraits and caricatures.

The Plaza Mayor was formerly a pond belonging to the Luján del Arrabal family, not Luján de la Villa, and which, having been drained during the time of Henry III or John II, was converted into an esplanade and then later into the Plaza del Arrabal. Hence it was, as its name suggests (an “arrabal” is an extramural suburb), outside of the walls at the Guadalajara Gate and buying and selling went on there freely without having to pay a toll.

Its northern side became filled with houses that overlooked the Guadalajara road, what is today the Calle Mayor, and at the beginning of the fifteenth century the western side, which gives onto Puerta Cerrada had completed its curve by closing in on land occupied by the Cava. Once its southern and eastern sides had been covered over further into the century, the Plaza had really become a square, albeit sparsely developed, and the vendors would complain about the “look out below” bawled by the inhabitants of the surrounding houses, and eventually asked Queen Isabella for permission to put awnings over their stalls and thus, in addition to having shelter from the rain, were able to protect themselves from the other waters that made their lives a misery.

Under the Catholic Kings the Plaza del Arrabal really did become the centre of modern Madrid, of the time of course! A market was held there on Tuesdays, which was in detriment to the Plaza del Salvador, now the Plaza de la Villa, and soon, before the end of the century, there would be fruit and vegetable stalls, fishmongers and butchers. Later the most important market in Madrid, la Casa del Arrabal, was built opposite what, in the final decade of the century, was to be the Casa de la Panadería where the King and Queen had rooms.

It was referred to as the Plaza Mayor as from 1532 and bullfights used to be held there, but it wasn't until

1590, during the last years of the reign of Philip II, that a start was really made on it. The Casa de la Panadería was begun and finished and, in 1591, the City Council ordered the owners of its arcades to replace the wooden pillars by stone pillars. But the Plaza Mayor was still a long way from acquiring a presence befitting the city's main square. It only achieved this when Philip III, after seeing the Plaza Mayor in Valladolid during the Court's transfer to that city, decided that Madrid needed something similar in the way of urban development and, in 1608, Francisco de Mora, then the city's chief architect, got to work by following on paper what had been begun by Herrera, the master of two long generations of architects.

However, it was his nephew, Juan Gómez de Mora, who between 1617 and 1619, undertook the task of creating a new Plaza Mayor. The work, instead of altering what already existed, consisted in levelling it out and knocking down the old walls, after which only the Casa de la Panadería and the more modest Casa de la Carnicería were left standing.

By working at full speed it was possible to build five-storey houses in a record time, sixty-eight in all, which stood out above the others in the city which had two or, at the most, three floors. There were no gardens, patios or orchards, and three thousand seven hundred people were squeezed into an almost perfect rectangular square which, with its 131 x 103 yards, cannot be said to be small. People could walk, and even ride on horseback, through its arcades. When solemn acts were to be performed, the Plaza Mayor could hold fifty thousand spectators and, on 30th June 1620, a price was established for renting the balconies and which for royal fiestas was as follows: twelve ducats for the first floors, eight for the second floors, six for the third floors and four for the fourth floors. It wasn't infrequent for tenants temporarily to lose the use of their homes when soirées were held in honour of the arrival of a prince, when an auto-da-fé took place or during the ordinary festivities of San Isidro, San Juan and Santa Ana when bulls were run.

The Plaza Mayor was opened on Friday 15th May 1620, in order to celebrate the beatification of San Isidro, six months after Gómez de Mora had put the finishing touches to it, and on that opening day a fireworks display caused four thousand ducats' worth of damage. The story is told by León Pinelo in his *Annals of Madrid*.

It seemed destined to be set on fire and the blazes of 1631, 1672 and 1790 were devastating. In the first of these, on 7th July 1631, thirteen people lost their lives and eight houses were saved, after which the lead on the roofs was replaced. The second fire, on 20th August 1672, caused twenty-four deaths, and only the first floor remained of the Casa de la Panadería which was rebuilt in seventeen months. The third, which began on 16th August 1790, lasted for ten days and a third of the Plaza was reduced to ashes. The reconstruction work, undertaken successively by Villanueva, López Aguado and Custodio Moreno, was not finished until 1854.

In the Plaza Mayor there was a procession for the beatification of San Isidro and, two years later, another to celebrate his canonisation. On 2nd May banners were put up for the new King, Philip IV and, on 21 October, Philip III's wicked minister Rodrigo Calderón was beheaded. Between 1624 and 1680 there were four autos-da-fé and a decapitation when General Padilla and the Marquis de la Vega were beheaded for conspiracy.

The celebrations for the visit of the Prince of Wales, who came to be married and departed wifeless, went on in the Plaza Mayor for nearly half a year, as did the arrivals of Mariana of Austria and María Luisa of Orleans who came to be queens.

The change of dynasty brought with it a lessening in grandeur and, sometimes, in solemnity and the Plaza Mayor conserved only its market, which was removed in 1790 following the third fire, although proclamation, coronation and oath-taking festivities continued to take place there. On 7th July 1822, the Absolutists of the Royal Guard and the Constitutionals of the National Militia fought there, as elsewhere, and in 1833 Isabella II was proclaimed Queen there. It was she who had the equestrian statue of Philip III brought there. This statue, the work of Philip of Bourgogne, had been in the Casa de Campo a little lost among the crowd of other bronzes and stones.

Under Isabella II the Plaza Mayor recovered its former spirit and importance. Its last reconstruction, that undertaken by Villanueva, gave it the appearance now so familiar to us, with its uniform façades, four floors instead of five, and a neo-Classical air that doesn't clash with its Herrera-style past. In 1880, and again in 1914, restoration work was performed on the Casa de la Panadería and, between 1865 and 1935, the Plaza

Mayor has a bandstand and gardens in its centre. Since 1927 the stamp market has been held under its arcades. My father took me there a few times during Madrid's grey post-war years when I was a child not to be let loose.

On my latest visit to the Plaza Mayor, a September evening in which the women are wrapped in their first cardigans, it is still the domain of café terraces; the tourist office; a book-shop with no books but with collectors' coins and old notes in its window; souvenir shops stuck to each other like limpets; the Madrid Bazaar; a Toledo knife shop and perfume shop rolled into one; the hats and caps in La Favorita; the Grand Bazaar; the military gear shop and the woollens of El Gato Negro which take up a façade and a corner.

Its ten exits throw us out onto a Madrid that is different in each case. They remind me of Underground exists through which one comes out into unexpected landscapes of a Madrid with a somewhat crazy round of monuments, houses and skyscrapers. There's no doubt that all these streets, Girona, Botoneras, Toledo, Escalerilla de Piedra, Ciudad Rodrigo, 7 de Julio, Arco de Triunfo, Felipe III, La Sal and Zaragoza are different one from the other. If I have to give my preference to one of them then I shall choose the first, a short street formerly called Vidrieras, Portales de la Seda and Portal de Santa Cruz. So many names!

THE UNDERGROUND

The Madrid Underground is the cellar of a city whose sewers are not to be visited. In general, its subterranean atmosphere is linked to what you find above ground, though not always. Each section has its "typical" commuter but there are lots of intruders who break the mould. At every hour of the day or night, there's a multitude of different people ranging from the yawning early-morning workman to the fifteen-year-old lad who's out all Friday night boozing away at a "botellón", God knows where, although it's common knowledge that the traditional venues for the "botellón" are Alonso Martínez, Barceló and Dos de Mayo.

Ladies from Goya, Serrano or Arturo Soria are not keen Underground travellers. Those from Aluche, Marqués de Vadillo, Carpetana or Buenos Aires look for

a seat because theirs is a long journey. Buenos Aires is also one of our Underground stations.

The Madrid Underground opens at 6:00 am and doesn't close until 1:30 am when the last travellers wandering around the trains and the corridors are dropping dead with sleep, and there are always people who manage to catch the last train by the skin of their teeth, or who look round to see if they're being followed.

Sections and stations have been added to it since 1919 but, despite the half a million people who use it, it has a reputation of being unprofitable. This is perhaps the reason why the company, which had belonged to the State, was taken over in 1986 by the Madrid City Council and Regional Government, and since 1995 the Regional Transport Consortium has been feverishly building tunnels, stations and miles of track. At the beginning of the second decade of the twentieth century there was only one line with eight stations whereas in the year 2003, if my calculations are correct, there are 156 stations on twelve lines and a branch line along which the Underground "flies", this being one of its slogans. In addition, Metrosur has finally joined the network. In the Madrid Underground there are corridors where bars, newspaper stands with books and magazines, and small clothes and sweet shops have been set up. There's also television on some platforms and in some carriages, the most modern ones; surveillance cameras at the ticket-office control; automatic machines that give you your ticket; access turnstiles which some of those reluctant to pay vault over with a defiant bound; advertising on the walls; sculptures in some halls; some lines of a poem by José Hierro in Argüelles; a collection of Goya's pen-and-ink drawings on bullfighting themes in Goya station, and which have become worn with time; and the Retiro Exhibition Room in Retiro station, which seemed an interesting idea at first but it lacks a clear artistic policy and, in general, lies empty awaiting whatever might be brought in.

Smoking is banned in the whole of the Underground network, which is why they've finally removed all the ash bins that formed a functional pair with the waste-paper bins. However, except in the carriages themselves, smokers light up in full view of the Underground employees, some of whom smoke while others don't. It doesn't occur to anyone to give them a ticking off, it could be a dangerous thing to do.

In the Madrid Underground there are stations on bends; sudden breakdowns announced over the loudspeaker system although one can hardly ever understand more than «ladies and gentlemen, Madrid underground informs you»; 90 miles of tunnels; lots of corridors; security guards from different companies; beggars who rhyme off their spiel in professional manner, putting on a serious look and exhibiting photocopies and certificates of incurable diseases; vendors of paper hankies or pirated CDs, and itinerant musicians who play either with or without permission in the carriages. My favourite is one with a sad Hungarian face who goes around with a fiddle, but my wife gives half a euro to a trio who remind me of Los Panchos.

Here there are lines that nobody has travelled from beginning to end, and stations one goes through two or four times a day for eighty-odd years, which is the average life expectancy for a mere mortal in this city.

There are no public toilets in the Madrid Underground; neither are there enough waste-paper bins or hostesses to guide us in the corridors. There is no contact between the employees and the most talkative travellers, or access for the physically-handicapped –“persons with reduced mobility”– except in the modern part, the smartest thing in Madrid, which takes you and your luggage all the way to the airport, and lines like Ciudad Universitaria-Congosto or Metropolitano-Pitis. If there's a cleaners' strike cockroaches crawl about the carriages and rats poke their snouts out of the tunnels. But the tunnels of today are not those of the Civil War in which Madrid took refuge from the bombings of those who rose up against the civilian population.

In the Underground each platform has a different light, and I remember the cheerless Palos de la Frontera, then called Palos de Moguer, where our blood pressure used to fall right down below minimum on the Legazpi-Argüelles line, and our hearts would drop as far down as the feet of Columbus' statue, which has changed place so many times. Of course when I began to roam up and down Madrid the lighting was based on bulbs and fluorescent lamps, not those cold lights that make everything unreal like a city of the future submerged below the water or raised thousand of feet in the sky.

When coming up to the surface one is surprised to come up against an unexpected corner of Madrid, so treacherous are the Underground entrances. One can

also catch a cold at the top of the stairs because of the sudden change in temperature. My father always used to say «cover your mouth with your scarf, lad», and with that he'd fulfilled his duty.

Underground travellers walk along the busiest corridors at a much faster pace than they do at street level, and the drivers sometimes close the carriage doors while there's still somebody's arm or leg outside. But it's never their fault: they sound the whistle and never press the button without looking, or so they say.

Here, the person sitting next to you might be a newspaper reader; a child who puts its feet just where it's the most annoying; a gent with a briefcase, a girl with a low-cut blouse and music sounding out of her ears; a traveller from Malaysia, though not often; or someone with whom you had a lawsuit ten years ago. But the Underground doesn't have the poetry of the farewells and reunions to which the railway lends itself so easily, with the exception of the AVE which is part of the latest and most up-to-date world.

END

You can't visit Madrid with a map. The best thing is to get lost and not ask anyone the way, because you'll finally extricate yourself from the mire, from the urban labyrinth, from the narrow streets in the centre which have an air of an unconfessable secret and a peculiar smell of stew that makes them akin to small towns embedded in the city, with the clothes hanging out to dry and which are the same or similar clothes every Tuesday.

In Madrid there are hotel foyers where one could live for ever; hospital windows with views of gardens or of all the city's fine meadows and poplar groves; little squares where time never goes by and no one bothers you, but on the other hand there are streets that it's better not to go back to, not even on an urgent errand.

If one has to leave, it would have been better not to have come, and one can't be born in Madrid and then one fine day leave the city to its fate of falling cornices and suffering poplars.

If you look at the city, the city looks at you. I'm certain that the child I once was is still on the balcony where my mother used to cradle me so that I could see the acacias, and that the boy who smoked his first cigarettes at the entrances to the cinemas that are no longer there still remains, albeit in a photo somehow preserved in the intimate memory of his city, as one of so many "madrileños".

Madrid was more Madrid when there were cows and dairies on the ground floors, rag-and-bone men, "horchata" stalls and neighbours who called you by your Christian name. But the hygiene of progress has saved us from cockroaches, from the usual power cuts and from polio.

Being a "madrileño" means having to die with a longing for Madrid, after cursing it during one's lifetime, and to know that the city is so big that there must be dozens of blokes dying at the same time as you.

Madrid is a city that is always inaugurating and flitting. Although the slogan says "a clean Madrid is capital", the dirty Madrid is our daily lesson. But Madrid is the city of the seven stars, and each "madrileño" has an atom of its cosmic dust.

MANUEL LACARTA:

Nació en Madrid. Cursó estudios de música en el Real Conservatorio y es Licenciado en Filosofía y Letras.

Ha publicado libros de poesía, *Reducto* (1977), *Encarcelado en el silencio* (1978), *Al sur del norte* (1982), *Estar sin estancia* (1983) y *34 posiciones para amar a Bambi* (1988), con el que obtuvo el premio Ámbito Literario de Poesía; narrativa infantil, *Cuentos de media página* (1983); y ensayo, *Madrid y sus literaturas. De la generación del 98 a la posguerra* (1986), *Felipe II. La idea de Europa* (1986), *Cervantes. Simbología de lo universal* (1988), *Diccionario del Quijote* (1994), *Diccionario del Siglo de Oro* (1996), *Felipe II. La intimidad del Rey prudente* (1997), *Carlos V* (1998), *Madrid y sus literaturas. Del modernismo y la generación del 98 a nuestros días* (2002) y *Felipe III* (2003).

Suyas son también ediciones de la poesía del Siglo de Oro, Quevedo y León Felipe, una edición del libro *Madrid*, de Azorín, y varias monografías de pintores contemporáneos. En 1979, realizó los poemas de *Presencia del toro* para la serie del mismo título, con el pintor Juan Montesinos, y, en 1994, los de *Obra de dos*, con José María Iglesias.

VENANCIO ARRIBAS:

Madrid, 1954. Inicia sus estudios sobre la técnica del grabado en la Escuela de Artes Aplicadas de Madrid, alternando sus clases con el trabajo en varios talleres de grabado, entre ellos el del Grupo 15, donde realiza sus primeros trabajos.

Sus obras se muestran en distintos Centros Culturales y durante los años 1979-1981 realiza para la editorial Ediciones de Arte y Bibliofilia una serie de aguafuertes y aguatinas ilustrando los textos de Gregorio Marañón para el libro *Toledo* y la colección de bibliofilia *Tiempo para la Alegría*.

Entre los años 82 a 86 realiza para la editorial Hannover EE.UU. la colección de grabados *Campos de Castilla*. Dos obras sobre el Monasterio del Escorial para una edición del Patrimonio Nacional. Ejecuta para el Museo Español de Arte Contemporáneo un grabado original, reproducción en aguafuerte, de la litografía de Pablo Ruiz Picasso *Paloma volando sobre el Arco Iris*. Dos grabados, *Cuesta de la Vega* y *Palacio*, edición Alcalde de Madrid, y obras para colecciones privadas de distintos editores.

Participa, entre otras ferias y exposiciones utilizando principalmente las técnicas de grabado, en la Feria del Arte Contemporáneo de Madrid en los años 84-89. "El Torreón del Marqués de Lozoya". Galería El Boulevard. Galería Rafael. Galería Grifé Escoda-Madrid. Feria Internacional de Frankfurt, Ediciones Europeas de Arte 1990-1992. Feria de Arte de Toronto. Art Expo New York, 1991. Galería Rawack, Santo Domingo. Art Fair Birmingham 1992. Palacio

Exposiciones y Congresos de Madrid, Feria de Arte 1992-93. Invitado a participar por la Societe D'Organization et de Conseils des Arts Plastiques en el Certamen de la FIATC, Centre Intenacional D'Art Contemporain de París, Feria de Arte de Estocolmo. Konstmassan Stoc-kholm Art Fair 1992. Fundación Gregorio Sánchez, Madrid. Galería Bronzzo, Sevilla. Palacio de Exposiciones y Congresos de Madrid, "La Multiplicidad en el Arte" 1993. Edición para la editorial Intaglio de la colección de bibliofilia *Mirar Madrid* trece grabados con textos de Carlos Fresneda. Sala Pablo Serrano, 1994. Madrid Feria de los Artistas 1995. Santander "Gráfica 96". Madrid Museo Municipal "Mirar Madrid", 1996. Ateneo de Valencia "Arte Grá-fico 96". Madrid Exposición AVE Pintura y Gráfica, 97. Madrid, sala Artegrafía individual 1997. Frankfurt Premiere Paper 1998. Madrid Palacio de Exposiciones "Estampa 98-99". Madrid Sala Albuquerque 1999. Art Fair Birmingham 1999. Art Expo New York 1999-2000. Sala Artegrafía, individual 2000. Fondazione Metropolitan. San Paolo Converso, Milán. F. Artistas 2000-2001. New York, EE.UU. Estampa 2001. Madrid. Galería Zaca -La Granja-Segovia 2002. Madrid, Atocha arte y grabado Gráfica 2003.

© 2003 Manuel Lacarta, texto
© 2003 Venancio Arribas, grabados
© 2003 Ediciones La Librería
Mayor, 80 - 28013 Madrid
Teléf: 91 541 71 70 - Fax: 91 548 93 93
info@edicioneslalibreria.com

Traducción:
Mecaservi

Diseño de portada y maquetación:
Equipo de Diseño de Ediciones La Librería

Fotomecánica:
Slocum

Impresión:
Gráficas Ómnia

Encuadernación:
Abedul

I.S.B.N.: 84-95889-64-1
Depósito Legal: M-45.037-2003

Impreso en España / *Printed in Spain*

Está prohibida la reproducción total o parcial del libro por cualquier medio: fotográfico, fotocopia, mecánico, reprográfico, óptico, magnético o electrónico sin la autorización expresa y por escrito de los propietarios del copyright. Ley de la Propiedad Intelectual (1/1996).



MANUEL LACARTA nos trae en este *Madrid* su particular visión de la ciudad de Madrid, donde lo presente y lo histórico se confunden.

Con una prosa literaria trepidante, ágil y llena de matices, que enlaza con la de los grandes maestros del género en sus libros madrileños, el autor nos pasea desde la Puerta del Sol y la Gran Vía a Recoletos y La Castellana, de la Plaza Mayor a El Rastro; o nos lleva por parques y jardines como El Retiro, el parque del Oeste o la Casa de Campo.

Pero *Madrid* no es un Madrid visto a vuelo de pájaro, sino con la constancia de un Madrid transitado, observado de cerca, a pie de calle; donde hay tanto de historia como de recuerdos propios, y es que, en *Madrid*, Manuel Lacarta nos regala lo mejor de su prosa y asistimos tal vez a su mejor momento poético.



VENANCIO ARRIBAS, madrileño que aún no ha traspasado la linde de los cincuenta, es sin ninguna duda un grabador excepcional. Su obra ha recorrido medio mundo, pero él ha permanecido en todo momento metódicamente fiel a sus emocionantes convivencias con Madrid. Los escenarios recogidos en sus grabados nos muestran una visión urbana fidedigna, pero también una fecunda revisión estética. Su concepto del realismo va más allá de todo realismo: profundiza en cada paisaje como desvelando ese conjunto de enigmas que, para entendernos, llamamos realidad.

Son lugares de Madrid concretos y reconocibles, pero hay algo en todos ellos que parece concebido para que volvamos a descubrir de otra forma los ingredientes de su personalidad. Los identificamos, por supuesto, pero también los redescubrimos. Y ahí reside fundamentalmente, la sabiduría expresiva del artista: la de dotar a la realidad de un nuevo valor estético, la de crear un mundo que, aun siendo una copia fiel de lo visible, también profundiza en lo invisible. Algo así como si lo objetivo estuviese revalorizado por lo subjetivo.

Madrid es un libro brillante donde, además, podemos ver con otra mirada esos lugares atrapados en el tiempo que cada día nos regala nuestra ciudad y que, en ocasiones, de tan cercanos resultan olvidados.

038-AAF-097



038-AAF-097